

ISABEL BOGDAN

¡CUIDADO CON EL PAVO REAL!



Nunca antes
unas jornadas de
team building dieron
para tanto

ISABEL BOGDAN

¡CUIDADO CON
EL PAVO REAL!



Nunca antes
unas jornadas de
team building dieron
para tanto

Grijalbo **narrativa**

ISABEL BOGDAN

¡Cuidado con
el pavo real!

Traducción de
Claudia Toda Castán

Grijalbo **narrativa**

SÍGUENOS EN

megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Jeannie y Hector Maclean

Uno de los pavos reales se había vuelto loco. O a lo mejor se le había estropeado la vista, pero el caso es que de repente empezó a considerar que cualquier cosa azul y brillante era su rival.

Por suerte, en el pequeño valle a los pies de las Highlands escocesas apenas había nada que fuera azul y brillante. Había praderas y pastos y árboles, todo muy verde, y había brezales. Y muchísimas ovejas. La única cosa azul brillante que aparecía por allí de vez en cuando eran los coches de los visitantes. Lord y lady McIntosh habían transformado en *cottages* para huéspedes los edificios auxiliares, los graneros y cualquier cosa perteneciente a su mansión que se prestara a ello, con el fin de que el viejo caserón contribuyera a recuperar al menos en parte el dineral que les costaba. Las zonas más antiguas de la casa señorial probablemente se remontaban al siglo XVII, y en los siglos siguientes el edificio había experimentado diversos añadidos y ampliaciones. No siempre había presupuesto para las continuas modernizaciones, y así seguía siendo hoy en día. La casa costaba dinero. Primero se desconchaba la fachada y había que arreglarla, luego estallaba una cañería, y después había que renovar el tejado. De casi toda la instalación eléctrica se ocupaba la propia lady McIntosh porque ya apenas quedaban electricistas que se manejaran con ciento diez voltios y que conocieran los viejos fusibles. Las facturas de la calefacción provocaban sudores al matrimonio, pero en absoluto se podía decir lo mismo de la temperatura de la casa. El suelo de la planta baja era de losas de piedra y no se templaba ni en los veranos más calurosos... y los veranos cálidos eran bien escasos. En invierno el frío era tremendo. Había una calefacción central que no merecía tal nombre, ya que la mayoría de las habitaciones permanecían directamente frías. Solo la cocina tenía siempre una temperatura agradable gracias a un fuego que ardía sin cesar en el gran fogón Aga de hierro fundido. Lord y lady McIntosh se sentaban todas las tardes del año frente a la chimenea de la biblioteca, donde leían, trabajaban o veían películas en DVD. En invierno, a veces se iban a la cama con gorros de lana. No les importaba, estaban acostumbrados. Cuando se quedaban helados, se metían en la bañera o en el *jacuzzi* exterior, instalado en un extremo de la gran explanada de césped.

A veces el lord decía en broma que podría intentar aislar la casa con billetes de banco. Era filólogo clásico y no entendía mucho de construcción. Lady McIntosh era ingeniera y entendía algo más, aunque trabajaba en una empresa de energía eólica. Los dos manejaban la aritmética básica: pobres no eran, para vivir les daba de sobra, pero no para meterse en una reforma a fondo de la vieja mansión.

Los *cottages* solo eran ligeramente más modernos, estaban algo mejor aislados y tenían suelos de moqueta y techos bajos, de modo que resultaban mucho más fáciles de calentar. Y, por supuesto, había mantas eléctricas en todas las camas. Se estaba muy a gusto en la antigua casa del guarda, situada a la entrada, a unos dos kilómetros de la casa señorial; también en la del jardinero, al otro lado del arroyo; en la lavandería, unos ochocientos metros valle arriba; en el antiguo establo, detrás del bosquecillo, y lo mismo en los otros *cottages* que se hallaban diseminados por el valle, junto a pistas de grava o al final de caminos sin asfaltar. Para visitar a los vecinos más cercanos había que ir en coche, y estar borracho al volver a casa no era demasiado problema porque no había ni tráfico ni controles de alcoholemia. Si uno acababa en la cuneta, siempre encontraba tractores de sobra dispuestos a sacar de allí el coche. Y contaban con lo que llamaban «pueblo», que consistía en un puñado de casas, una iglesia diminuta y una cabina de teléfono que nadie había utilizado en años.

El negocio de los *cottages* funcionaba muy bien, a la gente le encantaban la calma y la naturaleza. Apartarse de todo, sin cobertura de móvil ni televisión, y escuchar solo el murmullo del arroyo. Acudían sobre todo en verano; solían ser parejas de mediana edad que trabajaban mucho y que iban allí a pasear, o bien familias con niños. La vida transcurría más lentamente que en las ciudades y la población grande más cercana estaba a casi veinte kilómetros.

Un día, siguiendo un impulso, lord McIntosh adquirió cinco pavos reales, tres hembras y dos machos. Se había imaginado la bella estampa que formarían los machos exhibiéndose con sus abanicos desplegados por el extenso césped delante de la mansión. Las hembras, mucho menos agraciadas, se quedarían en un discreto segundo plano y servirían únicamente para darles a los machos una razón para competir entre ellos y lucir su plumaje. Pero eso solo había ocurrido en la imaginación del lord, a quien en general le gustaban mucho los animales aunque estaba lejos de ser un entendido. No había contado con que los pavos reales seguirían su tendencia natural a ampliar su espacio vital y, como resultado, apenas se los podría ver. Tampoco había contado con

que en realidad se los oiría mucho; sus chillidos resonaban por todo el valle y producían cierto efecto selvático. Pero al final los McIntosh se acostumbraron, los animales se cuidaban prácticamente solos y hacían su vida. Solo desplegaban sus abanicos en época de celo, en primavera; después perdían las largas plumas, que volvían a salirles la primavera siguiente, y así un año tras otro, lo que impresionaba a lady McIntosh. La naturaleza está llena de maravillas. Una vez al año las pavas incubaban los huevos en algún lugar del bosque y luego nacían los polluelos, la mayoría de los cuales no sobrevivían. Quizá cada año salían adelante uno o dos, de modo que en el tiempo transcurrido tenían ya por lo menos cuatro machos y seis hembras, aunque nadie sabía con exactitud cuántos eran. El lord los alimentaba solo de tanto en tanto, especialmente en invierno, cuando no encontraban mucho que comer. En ocasiones uno moría de frío en el bosque y el matrimonio no se explicaba la razón, puesto que los animales solían reunirse en invierno en el cobertizo situado detrás de la casa, donde les daban de comer y hacía menos frío. Los pavos reales se adaptaron a los dos perros, Albert y Victoria, o más bien al revés; en algún momento Albert comprendió dos cosas: que los pavos reales se defendían y que no eran juguetes. Por su parte, Victoria era tan diminuta y tan vieja que ni se le habría ocurrido tal cosa. Con el viejo ganso gruñón también llegaron a un acuerdo sobre ciertos usos y costumbres relativos al reparto de los cuencos de comida, y después de un tiempo todos los animales se llevaban bien y en general no se molestaban. Vivían pacíficamente unos con otros, lo que hacía las delicias de los huéspedes.

Hasta que uno de los pavos reales se volvió loco. O dejó de ver bien. Naturalmente, *a posteriori* fue imposible saber qué le había pasado y en qué momento había empezado todo. Sin embargo, cuando los señores Bakshi llegaron a finales de agosto nadie sospechaba nada. El matrimonio había alquilado por tres semanas uno de los *cottages*. Se instalaron en el antiguo lavadero, que les pareció precioso y adorable, y repetían a menudo lo a gusto que se sentían, lo encantador que era todo y la suerte que habían tenido de encontrar aquel sitio. En realidad la casita no era precisamente lujosa. No había ducha, sino solo una bañera mal aislada en la que el agua se enfriaba enseguida. El suelo de la cocina estaba tan inclinado que los primeros días el matrimonio se sentía como en un barco porque el suelo nunca acababa de estar donde uno se lo esperaba. Pero no tardaron mucho en acostumbrarse a que el fregadero nunca se vaciara del todo porque el desagüe no se hallaba en el lado

inclinado; la señora Bakshi también se habituó a que el aceite se quedara en un lado de la sartén, de hecho lo encontraba curioso. Incluso empezó a parecerles muy práctico que las uvas que se les caían acabaran rodando todas al mismo rincón.

Una vez al día, el señor Bakshi limpiaba con la manguera del jardín la caca de ganso de las losas de delante de la casa. Por alguna razón incomprensible, el lugar preferido del ganso era justo enfrente de su puerta, y todos los días el señor Bakshi se asombraba de la cantidad de excrementos que podía producir un único ganso. Lady Fiona McIntosh se sentía un poco incómoda por aquella preferencia del animal, pero el matrimonio le aseguró que no importaba. En realidad, explicó la anfitriona, los gansos no están hechos para la soledad, pero no querían estar siempre comprando gansos únicamente para que el suyo no estuviera solo. A lo mejor lo que buscaba era un poco de compañía.

Los Bakshi se pasaron las tres semanas sin hacer básicamente nada. Iban mucho de paseo: salían por la entrada principal pasando por delante de la casa del guarda, atravesaban el pueblo, recorrían una pradera en la que sorprendentemente había dos alpacas, cruzaban el puentecillo peatonal sobre el río y volvían por la otra orilla hasta el siguiente puente, desde el que regresaban a la casa. O bien iban por detrás de la casa hacia la izquierda, pendiente arriba, pasando por la capilla en ruinas, que estaba algo apartada del camino y oculta por espesos árboles, después atravesaban unos pastos con vacas y, describiendo un gran arco, llegaban a la entrada de la propiedad y desde allí volvían. Por el camino recogían moras o se detenían para disfrutar de las vistas del ondulado paisaje y, más lejos hacia el norte, de las Highlands. Abrían portillos y pisaban boñigas, saltaban vallas y aterrizaban en cacas de oveja; se limpiaban los zapatos y se lavaban las manos en el arroyo que atravesaba el valle. Se quedaban asombrados por las ingentes cantidades de conejos, observaban los pájaros, y una vez incluso vieron un ciervo majestuoso. Un día especialmente caluroso, lady McIntosh les mostró un lugar escondido bajo los árboles, al final de unos pastos, donde el arroyo se ensanchaba y formaba una piscina natural en la que se podían bañar. El agua estaba fría pero espléndida, y al nadar contra la corriente se quedaban siempre en el mismo sitio. Los Bakshi no dejaban de sonreír de puro placer, luego se secaron rápidamente y se volvieron a vestir.

Por lo demás, se dedicaron a leer y a contemplar al ganso y a los pavos reales que se exhibían por el césped. El señor Bakshi se empeñó en perseguirlos con sigilo para intentar fotografiarlos, lo cual resultó

pasmosamente difícil; mientras tanto, su esposa hacía una manta de ganchillo para su primer nieto, que nacería enseguida.

Estaban tan entusiasmados por todo, que la última noche, para despedirse, invitaron a los McIntosh al antiguo lavadero, donde les sirvieron un ave al curri espectacular. En realidad no era apropiado visitar a los huéspedes en su *cottage* ; sin embargo, desde la muerte del viejo lord unos años atrás, Hamish y Fiona McIntosh no eran tan estrictos con las normas.

Aun así, lo primero que quiso hacer el lord fue despachar las formalidades. La oficina de turismo escocesa llevaba un censo estadístico y todos los visitantes debían rellenar un cuestionario: cuánto tiempo se habían quedado en la región, cuántas veces la habían visitado, su edad, el tipo de alojamiento en que habían pernoctado, etcétera. Una encuesta interminable que, tal como les contó el lord a los Bakshi, a veces rellenaba su esposa para no molestar a los huéspedes. Él no tenía nada en contra, aunque en ocasiones lady Fiona se entusiasmaba un poco demasiado y se mostraba excesivamente creativa.

Bueno, pues démelo, dijo el señor Bakshi, quitándole el cuestionario de las manos. Su mujer afirmó que la gente tampoco iba a ser más fiel a la verdad que lady McIntosh, así que el lord no tenía por qué preocuparse. En casos así, ella misma solía marcar lo que le parecía más gracioso, o bien escribía cualquier tontería. Fiona se alegró de oír eso; las señoras se entendían.

El señor Bakshi leyó las preguntas en voz alta y le preguntó a su esposa por qué habían elegido aquel lugar y a qué se habían dedicado. Ella quiso mirar qué opciones se ofrecían. Esta, dijo, «observar la fauna salvaje», sonaba muy bien, para eso habían ido allí. Al fin y al cabo, una de las últimas noches vieron una lechuza. Sí, intervino el lord, solían dejarse ver a menudo. Y esta, prosiguió la señora Bakshi, «acción y aventura», esta también era estupenda, había que marcarla. De hecho, informó su marido, aquella misma mañana habían experimentado las dos cosas: mucha «acción y aventura» con «fauna salvaje», y todo sin salir de la casita.

Aquella mañana, les contaron, un ruido extraño los despertó muy temprano. La señora Bakshi pensó que podrían ser pájaros que alborotaban en el antepecho de la ventana y que a lo mejor, bueno, estaban «haciendo pajaritos» y golpeaban los cristales con las alas. Se levantó, apartó con cuidado la cortina y efectivamente encontró un herrerillo; pero no estaba fuera, sino dentro, y chocaba contra el cristal porque quería salir. El matrimonio se preguntó cómo habría entrado, ya que dejaban todas las ventanas cerradas

durante la noche, y no tanto por miedo a las aves como por miedo a los mosquitos. El lord comentó que a veces los pájaros se caían por la chimenea y lo dejaban todo perdido con el hollín que arrastraban. Los Bakshi contestaron que el herrerillo estaba muy limpio, pero en cualquier caso lo importante era que se hallaba dentro, en su dormitorio. La señora Bakshi subió la hoja de la ventana de guillotina y el pajarito se dio cuenta enseguida, salió hasta el antepecho y echó a volar hacia el bosque. Ella regresó a la cama dejando la ventana abierta para que entrara un poco de aire fresco.

No sería una historia muy emocionante si no fuera porque una hora después volvió a despertarlos el mismo ruido. Bicho estúpido, gruñó el señor Bakshi contra la almohada, mira que meterse otra vez aquí. Pero en esa ocasión era una golondrina que por desgracia se había quedado encerrada entre las dos hojas de la ventana, y solo con muchas dificultades se las ingeniaron para sacarla de allí; el animalito era presa del pánico y cada vez que movían las hojas se quedaba más atrapado. Al final consiguieron empujarla hacia la abertura con el mango de una cuchara de palo, el señor Bakshi pudo cogerla y depositarla en el antepecho y la golondrina salió volando hacia el cielo; por suerte no estaba herida. El matrimonio afirmó que en verdad era extraño que en la misma mañana dos pájaros se hubieran comportado de una forma tan rara, normalmente nunca se metían en las casas.

El lord explicó que desde hacía cierto tiempo vivían en las montañas dos águilas a las que a veces se podía ver volando muy alto en el cielo. Pero en alguna ocasión se acercaban al valle, y entonces los pájaros se volvían un poco locos. A lo mejor había pasado eso aquella mañana, pues que primero se metiera un herrerillo en la casa de forma misteriosa y más tarde una golondrina se quedara atrapada en la ventana... en fin, los pájaros no solían hacer cosas tan raras.

Y así transcurrió la conversación, charlando sobre pájaros mientras saboreaban la deliciosa ave al curri de la señora Bakshi. El matrimonio encontraba increíblemente fascinante y maravilloso estar tan cerca de la naturaleza, y los anfitriones se alegraron de que sus huéspedes se sintieran tan contentos.

Fue al final de aquella velada cuando el pavo real hizo su primera locura. Los Bakshi acompañaron a los McIntosh a la puerta, la abrieron y la luz de la casa cayó sobre su coche. Era azul metalizado, brillante por el efecto lumínico, y, por decirlo de forma delicada, no era precisamente un vehículo de lujo. Los

cuatro estaban aún en la puerta intercambiando cortesías cuando de repente, como caído del cielo, el pavo real se abalanzó contra el coche y lo atacó entre fuertes chillidos. Propinaba golpes con las alas y picotazos contra el capó, organizando un escándalo tremendo que sorprendió y asustó tanto a los anfitriones como a los huéspedes. Nadie quiere vérselas con un pavo real enfadado, y aquel estaba realmente furioso. Las damas se refugiaron en el *cottage* y los caballeros se hicieron pasar una manta que agitaron delante del animal profiriendo fuertes gritos. Al parecer aquello bastó para espantarlo, y huyó aleteando.

Los dos matrimonios se tomaron un whisky, para el susto. Y luego uno más. Y luego ninguno más, porque lady Fiona era toda una lady. Antes de que los McIntosh se fueran, apagaron todas las luces para evitar que el coche brillara de nuevo y que el pavo real se sintiera otra vez atraído.

Los desperfectos en el vehículo, como se reveló al día siguiente, eran considerables. En muy poco tiempo el animal la había hecho buena: el capó estaba abollado y en algunos sitios se había saltado la pintura. El señor Bakshi afirmó que no era tan grave, en el taller podrían repararlo, y, de todos modos, hacía ya años que su mujer le decía que tenía que comprarse un coche nuevo. Pero qué diantres, añadió, le tenía cariño a aquel trasto.

Pues claro, repuso el lord, y precisamente por eso arreglaría las cosas con su seguro, por supuesto correría con los gastos de la reparación; además, estaban invitados a pasar el año siguiente dos semanas sin coste alguno en el antiguo lavadero, si es que se atrevían a volver tras semejante asalto. Seguro que para entonces el pavo real ya se habría calmado. Qué extraño, ¿a lo mejor la cercanía del águila también lo había trastornado? Pero el lord no entendía por qué la había tomado con el coche, vaya usted a saber de qué jugarretas era capaz un pavo real así.

Las dos parejas se despidieron asegurando de todas las maneras posibles que no pasaba nada, que el seguro se ocuparía de todo, que llegarían a un acuerdo, que el señor Bakshi no debía olvidarse de enviar la factura y que todos se alegrarían mucho de volver a verse el año siguiente.

Ese episodio sucedió a mediados de septiembre. En octubre, el animal reventó una bolsa de basura azul y esparció su contenido por todo el césped; además, le robó un juguete azul al hijo de unos huéspedes y se lo llevó al bosque,

donde nunca lo encontraron, por lo que Hamish tuvo que consolar al pequeño regalándole uno más grande y de color rojo. El pavo real también destrozó con gran estrépito una bola decorativa de cerámica azul que Fiona había colocado junto al estanque y que se rompió en mil pedazos.

A principios de noviembre falleció Victoria, la pequeña damita perruna, y fue enterrada en el bosque. Albert y los McIntosh lloraban su muerte y tenían cosas más importantes en las que pensar que en el pavo real loco. Un día el depósito de agua de lluvia de plástico azul apareció agujereado, agrietado y con fugas, y otro día a un amigo del matrimonio le dio el tiempo justo de poner a salvo el coche en el garaje. Ryszard tuvo que proteger las fundas azules de los muelles de la cama elástica que había en una esquina del césped cubriéndolas con una lámina adhesiva verde. Se trataba de un joven polaco que estaba a cargo de todo lo que sucedía al aire libre. La propiedad tenía muchas hectáreas de extensión, ocupaba casi medio valle, y había que cuidar de todo aquel terreno. El joven se encargaba de las praderas, del bosque y de los pastos, reparaba las vallas, mantenía las líneas eléctricas que llegaban a los *cottages*, cavaba zanjas con la excavadora y utilizaba maquinaria pesada para apartar árboles caídos que luego convertía en leña para la chimenea. Además, cuidaba el césped de delante de la casa y se ocupaba de las tareas de bricolaje que lady McIntosh no podía llevar a cabo. Para el matrimonio era de gran ayuda y constituía un enorme alivio después de varias malas experiencias con sus predecesores. Ryszard se daba cuenta por sí mismo de lo que había que hacer, trabajaba mucho y a gusto y hablaba poco porque su inglés, a pesar de que llevaba varios años en Escocia, seguía sin ser especialmente bueno. Era reservado, pero siempre amable y fiable.

Estaba claro que no era el águila sino el color azul lo que encolerizaba al pavo real. Era aún joven y no había duda de que estaba llegando a la madurez sexual; le acababan de salir las plumas azules y la cola todavía no era muy larga, por lo que los McIntosh supusieron que se debería a la revolución hormonal propia de la adolescencia. La única cosa azul que no atacaba eran los otros pavos reales. También es verdad que eran los únicos que se defendían. La época de celo pasó sin que el animal se dejara notar en absoluto; nadie sabía decir si se había apareado con éxito, pero parecía que algo había salido mal. El matrimonio decidió esperar a ver si el problema se resolvía por sí solo durante el invierno, y consultarían con el veterinario en cuanto tuvieran ocasión. De momento no tenían tiempo para ocuparse de eso

porque se había anunciado una importante visita.

El departamento de inversiones de un banco de Londres había reservado el ala oeste de la mansión para un fin de semana largo a finales de noviembre. La directora del departamento llegaría con cuatro empleados, una cocinera y una psicóloga especialista en lo que denominaban «retiros creativos» y «actividades de *team building* ». Creatividad, gruñó Hamish, ¿para qué demonios tenían que ser creativos los banqueros?, ¿quizá para falsear las cuentas? Ya después de la primera conversación telefónica con la secretaria (que no formaba parte de la excursión) empezaron a sospechar que la jefa del departamento de inversiones podía ser una persona difícil. Pero traería dinero. Así que tenían mucho trabajo preparando el ala oeste, que sin duda había sido muy lujosa hacía cien años, pero de eso hacía ya cien años. Y hacía aproximadamente el mismo tiempo que nadie se había instalado allí con su propia cocinera.

Aileen hizo horas extras. Era la encargada y la asistente tanto de la mansión como de los *cottages*, lavaba la ropa de la familia y de los huéspedes, preparaba té y pastas cuando llegaban nuevos visitantes y tenía una visión muy clara de lo que era imprescindible y lo que era del todo irrelevante. Resumiendo, era ella quien mantenía el negocio en marcha. Algún día se convertiría en un ama de casa estupenda, pero, tras algunas relaciones catastróficas y breves, se alegraba de estar sola. Aún le quedaba tiempo para tener niños y no le preocupaba no encontrar al hombre adecuado para fundar una familia. Le bastaba con que fuera tranquilo, no bebiera demasiado y tuviera trabajo; sus expectativas no eran muy altas. Por supuesto, ella seguiría trabajando; se divertía mucho reinando sobre varios *cottages* con todo su equipamiento.

Aileen informó a lord McIntosh de que era indispensable poner un calentador nuevo en el ala oeste: el hilillo de agua tibia que salía de la vieja ducha no era presentable para nadie, y menos aún para unos huéspedes tan importantes. En general el lord aceptaba todo lo que la joven sugería porque estaba claro que era mucho más práctica que él, de modo que hizo instalar un nuevo calentador; uno que de verdad calentaba el agua, sin restricción de cantidad. Por desgracia, no se pudo hacer mucho por mejorar la presión, las viejas cañerías no daban para más. Pero un hilillo de agua bien caliente siempre era mejor que un hilillo de agua tibia.

Con el paso del tiempo se había acumulado cierta cantidad de trastos en el ala oeste. Era muy grande y solo se alquilaba muy de vez en cuando, por lo que los McIntosh habían ido almacenando allí todos los cachivaches con los que no sabían qué hacer. Cajas de libros y los viejos juguetes de sus hijos, ya adultos; unos cuantos muebles desvencijados que, o bien les daba pena tirar, o bien aún no habían tirado, vajilla, macetas, adornos navideños, alfombras desgastadas, cornamentas, cuadros y toda clase de trastos que se acumulan en las casas antiguas que pasan de generación en generación y de las que nadie se ha mudado jamás. Aileen clasificó por encima lo que había, tiró algún que otro mueble pequeño a la basura y por el momento metió el resto de las cosas en el

garaje. Era un sitio seco, estaba un poco apartado y todo quedaba oculto detrás de la puerta. Por supuesto, aquello no solucionaba el problema, solo lo trasladaba a otro lugar. Algunos objetos había que llevarlos a la tienda de beneficencia y la joven sabía que cada tarea de clasificación y orden motivaba al lord para deshacerse de más cosas. En ese sentido, lo que acababa de hacer era un paso en la dirección correcta. Y, sobre todo, el ala oeste volvía a estar en condiciones de alquilarse.

Aileen descolgó las cortinas de terciopelo granate y las llevó a la lavandería porque no cabían en la lavadora. Limpió a fondo las ventanas y la moqueta de todo el pabellón y revisó todos los cajones de las cómodas y los compartimentos de los armarios por si algún huésped se había olvidado algo o había alguna polilla muerta. Incluso limpió los cristales de los cuadros que contenían antiguos grabados. En algunas partes se habían instalado colonias de minúsculos insectos entre el papel y el cristal, la situación era especialmente mala en el grabado *El pesaje de los pájaros*. Lo descolgó y se lo llevó al cuarto de limpieza para ocuparse de él con calma. Estaba bien que llegara aquella gente tan importante, pensó, así había hecho por fin la limpieza a fondo que llevaba tiempo queriendo hacer. En realidad debería descolgar todos los cuadros y librarlos de los insectos, pero no tenía tanto tiempo. Al menos el más afectado había que arreglarlo, sobre todo porque estaba en un lugar muy visible, junto a la entrada. Se preguntó qué serían aquellos bichos que vivían en los marcos, de qué se alimentarían. ¿De ínfimos trocitos del papel que se desintegraba y que no se notaban a simple vista? ¿De polvo? Solo se veían unas manchitas minúsculas que seguramente eran sus excrementos. ¿Y de dónde salían?, ¿cómo se metían en los marcos? Apartó los bichitos con un pincel. El grabado representaba una escena en que los faisanes y los urogallos abatidos en una partida de caza eran pesados en una gran balanza.

Dos días antes de que llegaran los banqueros el cuadro colgaba de nuevo en su sitio. El cristal estaba visiblemente más limpio que el de los demás cuadros, que, por comparación, parecían mucho más sucios, pero Aileen no podía dedicarse en ese momento a desmontar los marcos y limpiar todos los cristales. Tampoco podía optar por quitar algunos cuadros porque detrás quedaban manchas más claras en el papel pintado.

Hizo las camas, dispuso gran cantidad de toallas de manos y, a punto de terminar, cuando quiso soplar y sacudir el polvo de un viejo ramo de flores secas, este se deshizo por completo. Los pétalos cubrieron el suelo y la joven tuvo que sacar otra vez a Henry. Henry era el aspirador, un aparato rojo,

pequeño y redondo que tenía pintada una cara sonriente. El tubo flexible se le enganchaba en la nariz, como una trompa. Cada *cottage* tenía su Henry, y Aileen siempre se alegraba de verlos. La verdad es que era alegre por naturaleza y siempre estaba de buen humor. Aquel día se sentía especialmente contenta; se había llevado una radio y cantaba a voz en cuello *Dancing Queen* mientras se marcaba un buen baile con Henry por la moqueta: «You can dance, you can jive, having the time of your...». Y se llevó un buen susto porque de repente vio a lady McIntosh de pie en la puerta con los brazos cruzados y mirándola divertida. Apagó a Henry y la radio y balbució que vaya susto le había dado y que cuánto rato llevaba allí. Lady Fiona sonrió, hizo «bah» y dijo que el empleado de la lavandería había entregado las cortinas, que si la podía ayudar a llevarlas allí.

Entre las dos consiguieron arrastrar metros y metros de grueso terciopelo al ala oeste, y empezaron a colgar las cortinas. Aileen se subió a la escalera plegable y la señora le pasaba la pesada tela; ambas estaban a la vez contentas y avergonzadas por lo bonitas que habían quedado y lo necesitadas que estaban de darles un buen lavado.

El cartero tocó la bocina frente a la mansión. Lady Fiona acudió y Aileen volvió a encender la radio. Podía pasar un rato hasta que la señora volviera y sola no podía colgar la siguiente cortina, pesaba demasiado. Inspeccionó otra vez el baño por si quedaba algo por hacer y probó la ducha nueva. No cantaba tan fuerte como antes por si no oía a lady McIntosh cuando regresara. El agua estaba bien caliente pero el hilillo que salía de la alcachofa era el mismo de siempre. Pero qué se le iba a hacer, decidió, en el fondo no era su problema. Si los banqueros no se las apañaban, mala suerte. A lo mejor un poco menos de lujo no les sentaba mal. Aileen no tenía en muy buena estima a los banqueros.

Las siguientes cortinas eran las del salón, así que llevó allí la escalera. En la radio sonaba *Come On Eileen*. ¡Su tema! Volvió a cantar a pleno pulmón, tomó como pareja de baile a la escalera y fue dando vueltas con ella hasta el salón, donde su anterior compañero, Henry, les había tendido una trampa. A lo mejor estaba celoso. Uno de los lados de la escalera se enredó en el tubo flexible, Aileen tropezó y ambas cayeron sobre el aspirador. La joven oyó crujir su brazo derecho, el dolor fue insoportable. Se quedó allí tirada completamente aturdida hasta que lady Fiona volvió y la liberó del amasijo conformado por el sonriente Henry, su cable, el tubo y la escalera; también apagó la «maldita radio de mierda» —tales fueron las palabras de Aileen— y

llamó una ambulancia. No hacía falta ser médico para darse cuenta de que el brazo estaba roto.

Pasó un tiempo hasta que la ambulancia recorrió los veinticuatro kilómetros que separaban el hospital del valle. Con ayuda de lady Fiona, Aileen había conseguido llegar hasta un sillón; tenía el brazo apoyado en un cojín colocado sobre el reposabrazos y le dolía tanto que se le saltaban las lágrimas. Fiona le administró un analgésico y le ofreció un whisky, pero la joven lo rechazó; no bebía nada, nunca, y eso lo sabía bien la señora. Seguramente tendrían que operarla y no era buena idea llegar borracha al hospital. Lady McIntosh le prometió ocuparse de su perra Britney hasta que saliera del hospital. Y sí, también pasaría por su casita, que estaba algunos kilómetros valle arriba, para comprobar que todo estaba bien, regar las plantas y recoger el correo. Los padres de la joven se habían mudado a la ciudad después de que al padre le retiraran el carnet por conducir ebrio en repetidas ocasiones. En la ciudad podía utilizar el transporte público y su esposa no tenía que llevarlo a todas partes. Desde entonces Aileen vivía sola en la casa. Por aquel entonces trabajaba en un restaurante a medio camino del pueblo más cercano y no tenía sentido que se fuera con sus padres. Antes al contrario, estaba muy contenta de vivir sola, ya era lo bastante mayor. Le encantaban el valle y la casa, así que se libró de los trastos viejos, pintó las habitaciones de colores claros y convirtió aquel *cottage* oscuro y abarrotado en un hogar luminoso y agradable. Sentía lástima de su padre por su alcoholismo, y de su madre por tolerarlo y por hacer tan poco para combatirlo como él mismo. Pero no podía sacarlos de aquella situación, y solo los veía de vez en cuando.

Por otro lado, estaba diciendo lady Fiona, seguro que por un brazo roto no te dejan mucho tiempo en el hospital, le pondrían una escayola y la mandarían a casa. Debía llamar cuando quisiera que fuese a recogerla. Seguro que Ryszard se encargaría sin problemas de los *cottages* mientras ella estaba enyesada.

Pues claro que el chico lo haría bien, respondió a la objeción de Aileen. Sí, también la limpieza. Pero en su fuero interno no estaba tan convencida de ello, porque en realidad tenía tan claro como la propia joven que nadie limpiaba tan bien como ella, pero intentó tranquilizarla todo lo que pudo. Aileen estaba un poco enamorada de Ryszard, era grande y fuerte y trabajador y amable y le encantaba la naturaleza. Pero en cuanto a la limpieza, no confiaba mucho en él. Jamás habría confesado lo primero, pero lo segundo se lo dijo a la señora con

toda franqueza. Esta admitió que tampoco estaba muy convencida de las habilidades domésticas del joven, lo suyo eran más bien las labores toscas. En cualquier caso, encontrarían una solución y Aileen no debía preocuparse de nada más que de reposar para que se le curara el brazo. Si hacía falta, ella misma bailarían con Henry por los *cottages* . Aileen no se atrevió a sonreír por si lady McIntosh se ofendía, así que se concentró en recitarle con todo detalle lo que aún quedaba por hacer, en qué casita había un hervidor de agua estropeado, en qué cajones había que reponer la cubertería y dónde quedaban camas por hacer. Por suerte, en aquella estación del año no siempre estaban ocupadas todas las casitas, de manera que alguna se podía quedar un par de días sin limpiar. Dedicarse al trabajo, al menos mentalmente, la distrajo, y cuando llegaron los apuestos sanitarios casi se sentía con ánimos de flirtear. Si no fuera por el dolor...

A partir de ese momento también lady Fiona McIntosh hizo horas extras. Aileen no se había roto el brazo en el mejor momento precisamente, en el ala oeste quedaban todavía tareas pendientes y la joven tenía mucha más práctica que ella.

En el hospital le pusieron una escayola enorme y después la mandaron a casa, donde no podía ni abrir la puerta porque para eso le hacía falta una mano para girar la llave y la otra para accionar la manilla. Así que lady Fiona decidió sin vacilar que se quedaría en la mansión. Sin el brazo derecho la chica estaba perdida. Por lo tanto, en lugar de que Aileen se ocupara del ala oeste y lady McIntosh diseñara el plan de un nuevo parque eólico, a esta última le tocó ocuparse de Aileen, del ala oeste y de su propia casa, además de diseñar el plan del parque eólico. Aunque solo su trabajo ya habría requerido toda su atención. Por otro lado, normalmente comenzaba los preparativos navideños en esa época, era una mujer muy organizada para esas cuestiones, pero parecía que aquel año lo iba a tener que postergar. Cuando sus hijos llegaran a casa poco antes de Navidad tendrían que echar una mano. Pero estaban acostumbrados, allí todo el mundo tenía que arrimar el hombro.

Había preparado para Aileen una de las habitaciones de sus hijos y juntas llevaron su ropa y otras cosas que necesitaba. Después fueron al ala oeste y la joven le explicó en detalle lo que quedaba por hacer. Se disculpó mil veces por lo del brazo e insistió en lo incómodo que le resultaba darle órdenes, en lugar de ser al revés. Lady Fiona contestó que dudaba mucho que se hubiera roto el brazo queriendo, así que debía dejar de disculparse; además, tampoco era como si ella no hubiera limpiado nunca en la vida, todo estaba controlado. Naturalmente, Aileen sabía que a la señora no se le caían los anillos por hacer trabajos manuales, pues antes de su llegada se las apañaba muy bien sola: además de dedicarse a su profesión, limpiaba y alquilaba los *cottages*, gestionaba la propiedad y encima había tenido hijos, aunque entonces solo trabajaba a media jornada. Que después hubiera retomado la jornada completa como ingeniera jefe a Aileen le infundía un gran respeto. Ella era veinticinco años más joven que Fiona, pero en multitud de aspectos era notablemente más conservadora. Durante muchos años había dado por sentado que la profesión

de lady McIntosh consistía exclusivamente en eso, en ser una lady, pero por aquel entonces aún no trabajaba para ella y solo la conocía superficialmente, como suele conocerse la gente que vive en el mismo valle.

Y en esas estaban cuando llegó el jueves. La directora del departamento de inversiones del banco londinense y su setter irlandés llegaron en un deportivo último modelo color azul metalizado, mientras el resto del grupo viajaba de negro discreto. En cuanto la jefa puso el pie fuera de su vehículo azul pisó una caca de ganso. Por supuesto, calzaba elegantes zapatos urbanitas y, por supuesto, aquello no le hizo ninguna gracia sino que la alteró muchísimo. Los viajes largos en coche no la relajaban especialmente y, por otra parte, entre sus cualidades no se contaba la de ser una persona relajada. Como es obvio, se esforzó por contenerse, pero en verdad le parecía que, si los dueños sabían que iban a recibir huéspedes, lo menos que podían hacer era preocuparse de que no hubiera caca de ganso en el aparcamiento. Mientras intentaba limpiarse en la hierba apareció el propio ganso y se lanzó hacia ella graznando a voz en cuello y con la cabeza erguida. Aquel saludo no solía caer simpático. Nunca le había hecho nada a nadie, pero su conducta agresiva asustaba mucho a la gente. Desde luego era mucho mejor perro guardián que Albert, que si bien recibía a los desconocidos ladrando, al mismo tiempo meneaba amigablemente la cola. La directora del departamento de inversiones jamás habría admitido que el animal le daba miedo, pero aquel asalto no fue nada beneficioso para sus nervios y más bien reforzó su temor a las aves de gran tamaño. De manera que se llevó un buen sobresalto, acompañado de un subidón de adrenalina y repentinos sudores. Un ganso estaba intentando agredirla, tenía los zapatos sucios de caca y hacía un frío de mil demonios. Pues sí que empezaba bien la cosa.

Los McIntosh espantaron al animal de forma rutinaria y no les pareció que sus regalitos fueran algo reseñable ni trágico, para eso estaban en el campo. La gente iba allí precisamente por eso. Quizá no en concreto por la caca de ganso, pero vaya. En cambio les preocupaba mucho más el coche azul de aquella señora, aunque no podían decírselo: estaba claro que no le apetecía nada hablar de aves, por mucho que intentara parecer amable. Así que se limitaron a saludar con cordialidad a los banqueros y a sacar la manguera y papel de cocina para que la directora pudiera solucionar el percance de su zapato. Para ello, la mujer se apartó algunos pasos y casi tropezó con un

animal muerto, lo que le causó otro sobresalto.

En realidad no era un animal muerto sino un mono de peluche que había sufrido los continuos accesos de amor de Albert y Victoria. Desde la muerte de Victoria unas semanas atrás, Albert aliviaba su pena con aquel mono, pero claro, eso la jefa del departamento de inversiones no podía saberlo. Tampoco sabía qué le daba más asco, si la caca de ganso o el mono muerto. El setter se fijó en el peluche con mucho más entusiasmo que su dueña, que al instante le prohibió jugar con él. Pero no le hizo ni caso. Se llamaba Mervyn, como el expresidente del Banco de Inglaterra; podía ser una coincidencia, pero hizo que los McIntosh abrigaran la esperanza de que aquella señora tuviera algún sentido del humor. Los empleados, la psicóloga y la cocinera estaban allí plantados, sintiendo un poco de compasión y vergüenza e intentando hablar de otras cosas.

Los anfitriones preguntaron con mucha educación si les había resultado fácil encontrar el camino y si el viaje había sido agradable, y mientras lady McIntosh encabezaba el grupo y les enseñaba el interior (y Albert le enseñaba el exterior a Mervyn), el lord se excusó un momento para ir a buscar a Ryszard. Hacía varias semanas que no se producía ningún incidente con el pavo real. A lo mejor la locura se le había pasado, pero también podía ser que no hubiera rondado por allí nada de color azul. Era mejor no arriesgarse. Por desgracia, no se le podía pedir a la banquera que metiera el coche en el garaje porque lo ocupaban todas las cajas, trastos y muebles que habían sacado del ala oeste.

Como no había cobertura, Hamish no podía llamar al joven; menos mal que antes de que llegaran los huéspedes habían comentado las tareas del día. Ryszard iba a desatascar un desagüe en uno de los *cottages* y después se pondría a trabajar en el bosque, donde había que arreglar los destrozos de la última tormenta. El lord se metió en el coche esperando encontrar al chico en la casita, pero solo encontró el desagüe arreglado y a la joven familia que pernoctaba allí rebotando de agradecimiento por la rápida y amable solución de su problema. Ofrecieron té a su visita y era evidente que les apetecía charlar un rato con él, pero Hamish se despidió educadamente porque tenía que dar con Ryszard. La situación se podía poner difícil, ojalá no hubiera desaparecido ya en las profundidades del bosque. Lord McIntosh desconocía qué tareas había que hacer en el bosque ni dónde exactamente, y solo tenía una idea vaga de por qué zona podía estar el joven; además, no conducía el todoterreno sino su coche normal, de modo que no podía salir de la carretera.

Seguro que los banqueros se estarían preguntando por qué el señor de la casa se había marchado de repente en vez de recibirlos con calma y enseñarles el lugar. Pero existía el auténtico peligro de que el pavo real se lanzara sin titubear contra el coche de la jefa del departamento de inversiones, y la buena mujer no estaba precisamente feliz con el ganso y sus deposiciones. Todo aquello lo tenía muy nervioso. Por fortuna, Ryszard se había cruzado en el camino con un granjero del valle y se había parado a hablar con él, así que Hamish lo encontró en la carretera que llevaba al bosque. Le pidió al joven que apartara al pavo real lo más lejos posible de la casa, con comida o con lo que fuera; no quería verlo por allí en los próximos días, la gran señora había llegado en un coche azul.

Ryszard prometió que se ocuparía del asunto.

El grupo de londinenses se acomodaba en el ala oeste. La habitación individual, anunció la jefa, sería para ella; los demás tendrían que compartir las habitaciones dobles.

Los hombres se cuidaron mucho de no dejar sus maletas en el dormitorio con la cama de matrimonio. Bastante malo era compartir habitación como para encima dormir con un compañero de trabajo, eso bajo ningún concepto. La cocinera y la psicóloga se miraron, la primera puso los ojos en blanco y la segunda se encogió de hombros. Esta no contaba con tener que compartir no solo habitación, sino también cama con una desconocida que le sacaba unos treinta años; pero, en fin, si tenía que ser así, que así fuera. La verdad es que la cocinera le pareció simpática y la cama era grande. Y había otras cuestiones de aquel fin de semana que le preocupaban mucho más.

Jim y Andrew ocupaban un dormitorio con dos camas y fueron los primeros en descubrir las mantas eléctricas, Jim con indiferencia y Andrew con secreto regocijo, aunque se mostrara también indiferente. Jim no pasaba frío, provenía de una familia humilde y en su infancia no sobraba el calor, precisamente. Además era una persona feliz que se tomaba la vida tal como venía, y con esa actitud había llegado muy bien a la sesentena. Andrew era justo lo contrario, enseguida se sentía inseguro si las cosas no salían como había planeado; por otro lado, era profundamente escéptico en lo referente a aquel fin de semana. No le hacía ninguna gracia la cama hundida, pero se alegró de la manta eléctrica porque en verdad hacía mucho frío. Aun así, esto último se lo calló, como era su estilo. Andrew nunca hablaba de sus conflictos internos. Jim no los tenía.

En la habitación de al lado, David y Bernard tenían una litera, lo que no agradaba nada a Bernard. No quería dormir ni arriba ni abajo porque no sabía si prefería desplomarse sobre David, y con toda seguridad matarlo, o arriesgarse a dormir abajo y ser él quien muriera aplastado por su compañero. Fuera como fuese, le daban miedo las literas, pero decidió dormir arriba porque abajo sentía claustrofobia. Desde su separación le resultaba muy difícil dormir solo, y con un colega iba a ser más difícil todavía. Ningún problema, afirmó magnánimamente, él podía dormir arriba sin inconveniente.

A David le daba igual siempre que hubiera una manta eléctrica en la cama y Bernard no se diera cuenta de que la utilizaba. Seguro que se reiría de él, pero es que tenía frío de verdad.

Bernard seguía refunfuñando: nadie le había dicho que tendrían que compartir habitación y encima con una litera, lo que faltaba. Ya no tenían edad para eso, aparte de que hacía un frío horroroso. David no dijo mucho, como siempre. Sacó las zapatillas de la maleta y su compañero le preguntó en tono crítico si es que pensaba cambiarse; acababan de llegar y parecía que ya quería ponerse la ropa de estar por casa. Creía, continuó, que habían ido allí a trabajar, y por lo tanto correspondía llevar la ropa de trabajo habitual. Y, en fin, se había imaginado un hotel en condiciones, con un poco más de confort.

En la habitación de al lado se desarrolló una escena parecida cuando Jim se quitó la americana para ponerse un grueso jersey de punto y Andrew pensó que aquello era poco profesional. Sin embargo no dijo nada y se limitó a comentar el paisaje y las vistas que había desde la ventana. Envidiaba a Jim por su naturalidad en cosas así, pero él se sentía mejor yendo correctamente vestido, especialmente en aquella situación algo tensa que, por otra parte, en absoluto la había causado su compañero.

En ambas habitaciones los hombres se dieron cuenta, entre juramentos no muy elegantes aunque dichos en voz baja, de que los radiadores apenas estaban calientes, y también de que, a pesar de los calefactores de aire adicionales, hacía un frío infernal que a buen seguro no iba a remitir. En realidad no era una sorpresa porque, como la dueña se había apresurado a explicarles, normalmente ese pabellón de la casa no se utilizaba y por lo tanto no se solía poner la calefacción.

Liz, la jefa del departamento de inversiones, informó a las habitaciones masculinas de que uno de los dos aseos sería para las señoras; en concreto el de la ducha con el calentador nuevo, que la anfitriona había destacado expresamente. El que tenía una bañera en la que no era posible ducharse sería para los señores. Así que les tocaba bañarse. Además, tendrían que acordar turnos porque el termo de aquel aseo solo tenía capacidad para una bañera y después necesitaba varias horas para volver a calentar agua suficiente, eso también lo había explicado la dueña. Andrew preguntó por qué no habían ido a un hotel normal en el que cada uno tuviera su habitación con un colchón en condiciones y su propio cuarto de baño. Porque en ese caso, le bufó la directora del departamento de inversiones, se habría pasado el día pegado a su smartphone en lugar de concentrarse en el *team building*. Por eso ella le

había pedido expresamente a su secretaria que buscara un lugar desconectado de la civilización. Andrew palideció. Nadie le había dicho que no había cobertura de móvil. Y, sinceramente, incluso la propia Liz pensaba que quizá se habían pasado de rústicos.

Andrew ayudó a Helen, la cocinera, a llevar dentro las cosas. Había preparado cajas y cajas de provisiones porque nadie le había sabido decir a qué distancia estaba el supermercado más próximo. También Jim fue a la cocina, con la esperanza de encontrar algo de comer; se hizo con una manzana y fue a ayudar a Rachel, la psicóloga, a meter en el salón todo el material que había traído para hacer las presentaciones.

A su llegada a la mansión, Rachel no había aparcado el coche en el lateral de la casa con todos los demás porque no quedaba sitio; lo había dejado detrás, junto a un pequeño cobertizo. Cuando salió a buscar el material se encontró allí a los pavos reales que al principio se paseaban por la explanada de césped; seguramente se habían escondido porque delante había demasiada gente. La psicóloga fue sacando del coche el maletín, la pizarra de corcho, el rotafolio y todo lo demás, y lo iba dejando en la puerta principal, donde Jim lo recogía y lo llevaba al salón. Así no ensuciaban mucho el ala oeste. Cada vez que el hombre aparecía en la puerta estaba comiendo algo distinto, ya fuera una manzana, una chocolatina o una tostada.

También David salió a ayudar, pero se quedó charlando con lady McIntosh, que estaba en la puerta contemplando cómo Albert y Mervyn jugaban en el césped. Al menos eso parecía. En realidad vigilaba que el pavo real no atacara el coche de la directora, ya que Ryszard no se lo había llevado aún. Aprovechando que no la miraban, había echado pienso en el cubo del cobertizo para que de momento las aves se quedaran detrás de la casa.

El único que no colaboró fue Bernard. Le parecía exagerado aquello de ayudar a las damas. Los cachivaches para las presentaciones eran cosa de la psicóloga y los cachivaches para cocinar, cosa de la cocinera. Él era banquero, no mozo de cuerda. Se quedó en la habitación, deshizo la maleta, colgó las camisas en el revoltijo de perchas y colocó cuidadosamente lo demás en los estantes. En la mitad de ellos. Seguro que también David querría sacar sus cosas y ocupar la otra mitad del armario. Aquello era humillante. La ropa interior la dejó en la maleta; tener que ponerla junto a la de su compañero de trabajo le parecía realmente demasiado.

Rachel volvió al coche y al sacar una caja llena de papeles de colores se le

cayó un pliego de papel de seda azul. Como tenía las manos ocupadas, lo dejó en el suelo y siguió su camino. Cuando regresó, se encontró con que uno de los pavos reales se había abalanzado sobre el papel y lo estaba haciendo trizas. Se quedó de una pieza, el animal estaba totalmente fuera de sus casillas. Entonces se acordó de que había leído el caso de un pavo real que le chillaba a su reflejo porque lo tomaba por un rival. Seguramente los pavos reales eran un poco tontitos, a saber qué le había dado a este con el papel. En un abrir y cerrar de ojos no quedaban más que trocitos que flotaban en todas direcciones. Sin acercarse mucho, Rachel intentó recoger algunos pedazos grandes; luego sacó del coche lo que quedaba y lo cerró con llave mientras pensaba que allí, donde no iba nadie, lo más seguro es que no hacía ninguna falta. Jim le cogió de las manos aquellas cosas y las metió en la casa, y entonces ella ayudó a Andrew con las últimas cajas para dejarlas en la cocina. No contó nada del pavo real loco; la jefa estaba allí fuera también y Rachel pensó que, tras su encontronazo con el ganso nada más llegar, muy posiblemente no le apeteciera oír otra historia rara protagonizada por aves de corral. Por otro lado, el lord acababa de volver y se puso a contarles a ella y a David algo sobre la historia de la mansión y la edad de los árboles que bordeaban todo el césped.

Al poco de marcharse Rachel apareció Ryszard detrás de la casa y, atrayéndolos con el pienso, consiguió alejar de allí a los pavos reales. Ya no llegó a ver a la psicóloga y ni se fijó en los pedacitos de papel azul. Por supuesto, Rachel tampoco lo vio a él.

Andrew comenzó a hacer bromas sobre las montañas de alimentos que por lo visto hacían falta para unas pocas personas y unos pocos días; había cargado cantidades ingentes de fruta, verdura y bebida. Pero parecía que la cocinera era una profesional y sabía bien lo que hacía. Se había llevado sus ollas preferidas e incluso su propio juego de cuchillos en un maletín. El banquero tomó de manos de Rachel la última caja, que estaba llena de carne, y la llevó a la cocina; era un espacio enorme con una mesa antigua en la que cabían tranquilamente doce personas en amplias sillas.

Andrew y Rachel se sentaron a la mesa con unas bebidas; la cocinera lo guardó todo en la despensa, la nevera y los armarios y se puso manos a la obra para preparar la cena. Le parecía, y así lo expresó, que para trabajar bien (y para eso habían ido allí) había que comer bien. Por las noches prepararía una buena cena caliente de tres platos, mientras que a mediodía haría algo más ligero para que no se sintieran demasiado pesados después. Aquel día era ya tarde para celebrar una gran cena, de modo que anunció que no habría nada

especial, solo algo de asado frío, queso, galletas saladas y un par de ensaladas, con una sopa por delante. La había hecho el día anterior y estaba lista para servir. Lo de las ensaladas les pareció a los banqueros arduo y poco apetecible, pero fue porque aún no conocían a Helen.

Antes de nada, la cocinera preparó té para todos y sirvió *scones* y *crumpets* acompañados de mantequilla y mermelada. Todo hecho por ella, contestó respondiendo a la pregunta de Jim, menos la mantequilla. Los hombres se sirvieron ávidamente. También Rachel comió con apetito; solo la jefa murmuró algo sobre cuidar la línea. La psicóloga propuso celebrar la primera reunión de trabajo antes de la cena y la segunda, inmediatamente después. Así podrían definir los objetivos del viaje entre todos, además de establecer sus expectativas individuales sobre la cultura del feedback.

Jim encendió la chimenea del salón. Rachel sacó el material de su maletín, colocó la pizarra de corcho, el rotafolio y la pizarra blanca; dispuso rotuladores para colorear, rotuladores para la pizarra, tarjetas de colores, circulitos adhesivos, divertidas nubecitas y bocadillos, y, por supuesto, papel y lápiz. Colocó en círculo unas cuantas sillas y sillones y se alegró de haber conseguido su primer trabajo importante como *coach* de *team building*. En realidad, quien tenía que haberse encargado de ese grupo era su jefe, que había caído misteriosamente enfermo de repente. La psicóloga prefería no preguntarse hasta qué punto aquella enfermedad tenía que ver con el hecho de que conocía a la jefa del departamento de inversiones desde su época de estudiantes y en el fondo quería rechazar la propuesta. Sin embargo, como le explicó, no podía hacerlo «por razones históricas». Rachel había decidido tomárselo por el lado bueno y sacar lo mejor de aquella situación. No tenía por qué salir mal; aunque no contaba con mucha experiencia, estaba segura de que sabía lo que hacía. Los banqueros parecían un poco raros, pero ¿quién no lo era? Y la mansión de los McIntosh y el paisaje eran maravillosos, no se estaba en un lugar así todos los días. El único problema de Rachel era que las actividades de *team building* no están pensadas para hacerse con un superior presente, sino solo con personas que trabajan al mismo nivel. Pero de eso se iba a dar cuenta bien pronto.

Ryszard hizo lo que pudo. Se llevó a Albert, agarró un balde de pienso y, por precaución, dejó en la casa a Britney, la perra de Aileen, que a veces se ponía histérica. Albert era un mestizo de border collie, un auténtico perro pastor, y se encontraba en su elemento. Con el sonido del cubo por delante y los ladridos de Albert por detrás consiguieron llevar a los pavos reales un buen trecho bosque a través, hasta una zona despejada. Allí el joven esparció bien el pienso y deseó que los animales se entretuvieran un buen rato con él, sin regresar demasiado pronto a la casa. Si hacía aquello unas cuantas veces al día quizá podría mantener a los pavos reales alejados de la mansión y del coche azul. En realidad, los pavos reales solían pasar las noches en el bosque, durmiendo en las ramas de los árboles. Lo primero que haría por las mañanas sería esparcir pienso en aquel sitio. De todas maneras no creía que fuera a suceder nada, seguro que a aquel pavo real adolescente ya se le había pasado la revolución hormonal. En algún momento tenía que hacerse adulto y seguro que el año siguiente podría aparearse con normalidad en lugar de abalanzarse contra cualquier cosa de color azul. Al fin y al cabo, los pavos reales no son personas. Muchas personas, pensaba Ryszard, se pasan años bajo el influjo de las hormonas. Y él no se consideraba una excepción.

Mientras Helen preparaba la cena en la cocina, Rachel daba la bienvenida a los participantes a la primera sesión de trabajo y escribía tres preguntas en el rotafolio: «¿Qué es importante para mí?», «¿De qué estoy orgulloso?» y «¿Qué es lo que deseo?». Les pidió que primero las contestaran por escrito y que después presentaran sus respuestas al grupo. Pero no podían estar relacionadas con el trabajo ni con la familia.

Durante un momento reinó el silencio. Jim sacó un lápiz y comenzó a escribir. David palideció. Andrew murmuró: «No». Rachel lo miró sorprendida, y entonces Bernard dijo que aquello debía de ser una broma y que bajo ningún concepto pensaba contestar. La jefa, en tono imparcial, secundó a los dos hombres e hizo notar que aquello era demasiado personal: habían ido allí a hablar de trabajo, sus vidas privadas no venían a cuento. Poseía un don especial para expresarse con meridiana claridad.

Rachel consiguió ocultar su estupefacción y explicó que no pretendía incomodarlos, que el objetivo era conocer a los demás desde otra perspectiva, quizá desconocida hasta entonces. Pero, por supuesto, no quería que nadie se sintiera molesto. Por ello, si eran tan amables, en lugar de contestar las preguntas podían dibujar su banco, representándolo como un navío con sus diferentes cubiertas, el puente de mando, la sala de máquinas... y debían dibujarse a sí mismos en el lugar que les correspondiera.

Los banqueros pusieron los ojos en blanco, pero su educación no les permitió volver a rebelarse. Rachel sacó de su maletín pliegos aún más grandes y lápices de todos los colores, repartió el papel, dejó los lápices en el centro de la mesa y abandonó a los banqueros a su suerte. Ella se fue a la cocina y se derrumbó en una silla. Sin decir palabra, Helen le puso delante una taza de té. La joven no pudo agradecer más la presencia de la cocinera.

Cuando volvió al salón, todos habían terminado sus naves excepto Jim. Había dibujado una nave espacial y habría podido seguir trabajando en ella tres horas más; esa fue al menos la sensación que tuvo Rachel cuando el banquero explicó su dibujo. Era evidente que se había divertido diseñando la nave y pensando en todos los detalles, en las diferentes secciones, en la propulsión...

Citó la energía bistrómica y el motor de improbabilidad infinita presente en los libros de Douglas Adams, y en un giro audaz estableció una comparación con los flujos de capital de su banco y de la economía mundial. Rachel le preguntó en qué lugar de la nave se veía él, a lo que Jim sonrió y señaló la cocina. Era el cocinero, dijo. La Nave Espacial Banco podía funcionar sin él, su trabajo no era mantener la maquinaria en marcha, pero la labor del cocinero no carecía de importancia para todos los demás. Sus compañeros sonrieron y asintieron, incluida la jefa. En ese momento Rachel interrumpió aquella metáfora espacial porque enseguida intuyó que nadie iba a alcanzar el mismo nivel.

Andrew había dibujado un submarino y habló del riesgo continuo de hundirse y de los diferentes paneles de mandos de la nave, desde los que se podía evitar el hundimiento, controlar la presión al salir a la superficie o medir el contenido de oxígeno del aire. Tenía un talento sorprendente para el dibujo y parecía que realmente entendía los aspectos técnicos. En todos los paneles de mandos había colocado figuritas idénticas y afirmó que él estaba en uno de ellos, como el resto, y que en realidad daba igual a quién representaba cada una de esas figuras. Rachel se quedó impresionada por la creatividad de los dos banqueros.

El dibujo de David representaba un carguero, y comparó el dinero que manejaban con la carga transportada. Había olvidado dibujarse a sí mismo y así, de repente, no era capaz de decir en qué lugar se veía, no sabía lo bastante de barcos para eso. Bernard y la jefa habían pintado barcos de pasajeros y apenas se atrevieron a hablar de ellos por lo poco creativos que resultaban y porque no tenían nada que añadir a lo que ya habían dicho sus compañeros. Ambos habían colocado a la jefa en el puente de mando. Bernard se veía como timonel y eso hizo que los demás pusieran los ojos en blanco, un gesto que no le pasó desapercibido. En su fuero interno todos se alegraban de no haber tenido que situar en sus dibujos al resto del grupo.

Antes de la cena los banqueros quisieron salir a dar su primer paseo. Habían pasado mucho rato en los coches y luego sentados en el salón, y tenían ganas de aire fresco y de moverse un poco. Fuera no hacía más calor que dentro y además era casi de noche, pero podían abrigarse bien y caminar deprisa. Incluso Bernard y Andrew se quitaron las americanas y se pusieron jerséis gruesos debajo de los abrigos.

Liz fue la primera en ponerse los zapatos y el abrigo porque Mervyn tenía

mucha prisa por salir. Abrió la puerta y el perro se lanzó al exterior ladrando alegremente y asustando a una pava que se había despistado del grupo. El animal aleteó hasta el tejado, resbaló sobre las inclinadas tejas y se deslizó por ellas hasta casi caerle en la cabeza a la jefa, que en ese momento estaba saliendo por la puerta.

La mujer se llevó un susto de muerte porque no había visto a Mervyn espantar a la pava, así que pensó que se le venía la casa encima. El animal cayó al suelo batiendo las alas y Liz soltó un grito que no ayudó a tranquilizarla, de modo que aleteó de nuevo y por suerte desapareció entre las ramas de un árbol. La jefa no soportaba las aves grandes y, en su opinión, el encontronazo con el ganso ya era suficiente por un día. Los hombres no habían visto lo sucedido, solo oyeron el grito; ella no quería que notaran su agitación, pero la descarga de adrenalina le provocó unos sudores repentinos. Como si no padeciera suficientes en los últimos tiempos.

Como es lógico, los banqueros notaron que su jefa se había puesto tensa otra vez, pero en lo que a ellos se refería tenían la conciencia tranquila. Dejaron que se adelantara con Mervyn porque preferían conversar con Rachel, a quien David y Jim encontraban encantadora. A Andrew le caía bien también, aunque no era nada amigo de sus métodos. Bernard estaba de mal humor y un poco dolido porque los demás habían dibujado barcos mucho más creativos y elaborados que el suyo. La jefa iba por delante, furiosa, y tuvo que hacer un esfuerzo por tranquilizarse. Se obligó a caminar más despacio para evitar el sudor, pero entonces empezó a sentir frío. De repente, de entre los arbustos, salió el ganso con la cabeza levantada y se lanzó derechito hacia ella. Del susto, la mujer tropezó y casi se cayó sobre el mono muerto, con lo que le volvió a dar un subidón de adrenalina y otro ataque de sudor. Se abrió un poco la chaqueta. Sudaba y tiritaba de frío al mismo tiempo.

Un poco por detrás de la casa el grupo encontró un antiguo nevero bastante grande, excavado en el interior de un terraplén y que en la penumbra apenas se distinguía. La mayoría no había visto nunca nada así. Jim les contó lo que sabía sobre neveros artificiales, que era sorprendentemente mucho. Les explicó que existían desde la Edad del Bronce y que en invierno se almacenaba hielo en ellos. Con el paso de los siglos había mejorado el aislamiento utilizando madera, paja, ranuras de ventilación y diferentes zonas aisladas con cámaras de aire, de manera que al final se conseguía enfriar los alimentos durante todo el verano y disponer de hielo hasta el siguiente invierno incluso en regiones cálidas. David y Rachel se mostraron muy

impresionados de que algo así siguiera existiendo, aunque estaba claro que aquel nevero ya no se usaba y que tampoco se había construido en la Edad del Bronce (nadie se atrevió a preguntar cuándo había tenido lugar esa Edad). Aquel era un nevero más bien sencillo; hasta donde podían apreciar, no había paredes dobles ni cámaras de aire, solo un gran espacio excavado en el terraplén. Sin duda allí dentro hacía bastante fresco todo el año, pero era cuestionable que se pudiera almacenar hielo durante el verano. Bernard y la jefa se reafirmaron en su idea de que habían aterrizado en la Edad Media; les habría encantado dar media vuelta y regresar a la casa, pero por supuesto siguieron adelante. Liz estaba muerta de frío.

A unos cientos de metros se toparon con una cerca cuyo portillo no pudieron abrir por más que Jim y David unieron sus fuerzas. Bernard farfulló que esa cerca estaría allí para encerrar animales, seguramente en los pastos habría toros salvajes y quizá era buena idea darse la vuelta. Jim contestó que eso eran bobadas y le preguntó si no iba nunca al campo. Era invierno, en esa época del año no estarían fuera ni las vacas, como mucho habría alguna oveja. Pues las ovejas, replicó Bernard, podían ponerse muy agresivas. Jim lo tranquilizó diciéndole que lo único de lo que había que preocuparse en una pradera escocesa era de las madrigueras de conejo y las boñigas de vaca. Seguro que en aquel prado no había más que miles de conejos, aunque, claro, no podía asegurarle que no fueran conejos asesinos. Además, el portillo parecía tan hundido en la tierra que era imposible abrirlo, así que estaba claro que en los últimos tiempos no había pasado por allí ningún animal grande. Lo mejor sería subirse y saltar al otro lado. Y lo hizo sin pensárselo dos veces.

Los otros se quedaron desconcertados. Rachel fue la primera en armarse de valor y animarse a trepar. Cuando ya estaba en el otro lado, Jim le dio la mano y la ayudó a bajar. Al verla, los demás pensaron que quizá era factible, aunque ninguno quería hacer el ridículo. Andrew y David procedieron. La jefa y Bernard estaban visiblemente nerviosos y no tenían ningunas ganas de ponerse en evidencia. Por suerte había oscurecido. Liz se recompuso. No podía ser tan difícil, llevaba las botas de montaña que se había comprado expresamente para aquella excursión y que seguro que servían para trepar. Además, ¿para qué si no llevaba años haciendo pilates? Puso un pie en uno de los travesaños, pasó la otra pierna por encima del portillo y no supo cómo ni dónde poner el pie en el otro lado. Tener los dos pies metidos hacia dentro le parecía poco elegante incluso en la oscuridad, y además temía dislocarse la rodilla. Se resbaló y terminó golpeándose el muslo con la parte de arriba de la puerta.

Maldijo entre dientes. Jim le aconsejó que colocara el pie en la otra dirección y ella tuvo que reconocer que tenía razón, aunque no le hizo ninguna gracia. Afortunadamente, Andrew se había alejado un poco, al parecer buscando cobertura pues estaba pegado al móvil, como casi siempre. La luz azul le iluminaba la cara. También David se había apartado discretamente para admirar el paisaje al darse cuenta de la torpeza de su jefa. Menos mal, porque la situación era humillante. Pero en realidad al banquero no le importaba nada la manera en que su jefa pasara al otro lado, estaba disfrutando del paisaje en la oscuridad. Aunque de día los colores eran grises y marrones, le gustaban el vacío y la calma que reinaban allí y se imaginó lo bonito que estaría cuando florecieran las praderas y en verano los árboles se pusieran verdes. Oyó el chillido de un ave rapaz, en algún lugar baló una oveja y delante de él una oleada de conejos salió huyendo de Mervyn, que se había colado por debajo del portillo. Mirando al norte se veían las Highlands, y al sur se extendía la llanura con algunas casitas dispersas con luz en las ventanas. Solo se oían los sonidos del bosque. Y los de los demás, que se habían quedado callados.

Jim le tendió la mano a Liz, que se dejó ayudar a regañadientes. Su mano era áspera y fuerte y ella notó cómo cedían sus reticencias; casi le habría gustado agarrarse más tiempo, pero enseguida reprimió aquel pensamiento. Bernard fue el último en pasar y nadie se ofreció a ayudarlo porque sabían que no lo habría permitido. Jim y Liz se apartaron unos pasos y lo dejaron solo ante aquel reto, cosa que le pareció muy bien. Él era banquero, y los banqueros no eran monos. Al final resultó que desde el otro lado de la cerca sí era posible abrir el portillo, por lo que volvieron a la casa sin mayores contratiempos, aunque no de muy buen humor.

Liz quiso ducharse la primera. El viaje, el sudor causado por los terribles ataques de las aves y luego el frío del paseo... Pensó que una ducha le sentaría muy bien y, además, la dueña había mencionado expresamente que el calentador era nuevo; se moría de ganas de meterse debajo del agua caliente. En general el frío no le molestaba, lo prefería al calor y le encantaba el invierno, pero en ese momento estaba helada.

Sin embargo, en cuanto se metió en la ducha comprobó que, aunque el agua salía caliente, el chorro tenía tan poca presión que no llegaba a la mayor parte del cuerpo. Como se congelaba, se duchó a toda prisa y terminó mucho antes de lo que le habría gustado. ¡Si hubiera adjudicado a las señoras el baño con bañera...! Un buen baño caliente le sentaría de miedo y le habría dado ocasión

de estar un rato a solas. Cada uno a su manera, aquellos empleados suyos eran bien raros y no siempre fáciles de tratar. Se secó, se vistió con toda la ropa de abrigo que tenía y fue a la cocina a buscar una taza de té. Con ella en la mano, se dirigió al salón y se sentó delante de la chimenea, cuyo fuego había cuidado la cocinera, y poco a poco entró en calor. Menos daba una piedra. Nada estaba saliendo como había previsto. Su intención era aislar un poco a sus empleados para que no se pasaran el día en internet y pudieran concentrarse, pero tampoco hacía falta que fuera todo tan rústico, en eso Andrew tenía razón. Ni siquiera estaba segura de que el rollo psicológico de Rachel fuera a funcionar. El presidente de la junta directiva le había recomendado seriamente que organizara una actividad de *team building* porque el equipo del departamento de inversiones chirriaba. Ella se mostró dispuesta porque se acordó de un compañero de estudios que se dedicaba precisamente a eso, pero el tipo les había endilgado a aquella psicóloga, que sí, que era muy simpática, pero por favor...¡«expectativas individuales sobre la cultura del feedback»! No les hacían ninguna falta esas tonterías, todos eran adultos y hacía años que trabajaban juntos. Se lo había imaginado todo más profesional, más centrado en el trabajo. Y en lugar de eso tenían que pintar barquitos como en la guardería. A lo mejor era necesario que tuviera unas palabras con la joven...

La cena transcurrió en una atmósfera distendida. Lo que Helen había calificado de fruslería resultó ser todo un banquete. Había hecho muy bien los deberes y llevaba preparadas dos ensaladas de col, ambas distintas y caseras; además, mientras el grupo dibujaba barcos y salía de paseo, ella había preparado tres ensaladas diferentes pero igualmente sabrosas. También había calentado la sopa que llevaba lista y dispuesto en platos el queso, el asado y las galletas saladas, todo muy bien decorado. El grupo se quedó gratamente sorprendido por lo que ella consideraba «nada especial» y se animó de cara a los días siguientes. Por lo menos en cuanto a la comida. Jim y David, junto con Mervyn, habían alargado un poco el paseo, mientras que Andrew y Bernard se habían ido a sus habitaciones. La jefa se había duchado y Rachel había ayudado a Helen a poner la mesa. Pasar un momento más o menos a solas les había ido bien a los banqueros y, aunque aún se trataban con cierta distancia, al menos parecían algo más relajados. A Rachel le dio la impresión de que para nada se conocían, desde luego no como si llevaran años trabajando juntos.

Por eso era tan importante, pensó la psicóloga, que después de la cena

celebraran la sesión sobre el feedback, de manera que al día siguiente pudieran empezar a trabajar de verdad. Observó que algunos estaban bebiendo alcohol: Jim, cerveza; Andrew, sidra, y David, vino tinto, y también se fijó en que todos tomaban cosas distintas. La jefa bebía té y Bernard, un refresco de Irn-Bru. Ya que estaban en Escocia, explicó, era lo que había que beber, aunque en casa prefería la Coca-Cola porque el Irn-Bru era demasiado dulce. Los demás opinaron que, en efecto, aquel refresco era demasiado dulce para cualquier persona mayor de doce años; estaba claro que el gusto culinario de Bernard no era muy refinado. A Rachel le apetecía mucho tomarse un vino blanco pero no se atrevió, y menos aún a pedirlo. Además, quería mantener la cabeza despejada para la sesión de más tarde, de manera que continuó con su té.

Después de la cena Jim atizó el fuego, Andrew ayudó a Helen a recoger la mesa, David se quitó de en medio y Bernard fue a bañarse. Los hombres habían planificado los turnos de los baños para que diera tiempo a que el agua se calentara entre uno y otro. La sesión comenzó antes de que Bernard volviera, y es que el banquero se lo tomó con calma porque aquello del feedback le parecía totalmente prescindible. Sin que se lo pidieran, Helen preparó gin-tonics para todos y se ocupó de que Bernard también tuviera el suyo cuando salió del baño. La cocinera era una mujer muy lista.

Así, mientras presentaban sus expectativas individuales sobre la cultura del feedback bebían todos lo mismo, aunque picaran de bolsitas de patatas fritas diferentes. La única que no comía nada era la jefa, las hormonas le daban muchos quebraderos de cabeza. El alcohol y el calor de la chimenea surtieron efecto; los banqueros solo querían acabar lo antes posible y dijeron todo lo que se esperaba de ellos en esa situación: su feedback siempre se referiría a un asunto y no a una persona; siempre recordarían que el receptor de su feedback también era un ser humano; expresarían sus ideas con mensajes asertivos; no llevarían los conflictos al terreno personal, etcétera, etcétera. Andrew ponía los ojos en blanco y, en cuanto Rachel anunció que la sesión había terminado, se fue de inmediato a sacar al perro, según informó. En realidad, al volver del paseo había descubierto que detrás de la casa había un sitio desde el que podía acceder con el móvil al wifi de los McIntosh. En cuanto pudiera, tenía que preguntarles si les parecía bien que usara internet. Como la red estaba abierta, sin contraseña, dio por hecho que así sería. No pretendía estar mucho rato navegando, solo quería darle las buenas noches a

su esposa. No podía irse a dormir sin mandarle al menos un correo electrónico y sin comprobar si ella le había escrito. Era lo mínimo ya que no podían hablar por teléfono, como hacían siempre que uno de los dos estaba de viaje. Aquello era precioso, escribió, como un cuadro romántico, sin muchos lujos y con un frío terrible. No había cobertura, la comida era estupenda y la cocinera, una auténtica maravilla; el ambiente era más bien de trabajo. Habían tenido que dibujar barcos y Bernard lo ponía de los nervios. Le encantaría estar allí con los niños, a los que debía dar un beso de su parte, y él le deseaba buenas noches.

Su esposa también le había escrito. Había intentado llamarlo, pero estaba fuera de cobertura, o bien tenía el móvil apagado. Esperaba que hubiera llegado bien, que todo estuviera en orden y que al menos hubiera internet. Tenía ganas de que volviera. Su hija había ganado una medalla de bronce en salto de longitud en una competición y estaba muy orgullosa.

De vuelta a la casa, Andrew pisó una caca de ganso. Mervyn arrastraba el mono de peluche y tenía ganas de jugar. Andrew quería mucho al animal, pero la jefa tenía razón: aquel mono muerto era realmente asqueroso. Y él también habría sido más feliz sin la caca de ganso. Pero no sin darle las buenas noches a su esposa.

Cuando todos se fueron a la cama hubo poca conversación en las habitaciones. Bernard y David no estaban de acuerdo sobre la necesidad de deshacer la maleta; al segundo le parecía que no era necesario sacar la ropa dado que solo iban a pasar tres noches allí, mientras que el primero lo había colocado todo pulcramente en el armario. David leyó un rato y Bernard se durmió enseguida. Jim y Andrew charlaron sobre los neveros artificiales y Douglas Adams, evitando todo lo que tuviera que ver con el banco. También ellos no tardaron mucho en dormirse.

Por su parte, tanto Rachel como Helen creían haber encontrado una aliada la una en la otra. Las dos eran ajenas a aquel grupo y se alegraban de que fuese así. Intuían que la otra veía las cosas de manera similar, pero no lo comentaron porque aún no se conocían lo bastante. Iban a dormir en la misma cama, eso ya era intimidad suficiente para la primera noche. Sin embargo, durante el día habían cruzado algunas miradas, y sobre todo Rachel sentía un gran alivio por no estar sola con aquella extraña panda de banqueros.

Lord McIntosh era madrugador. Cuando salió de la casa muy temprano a la mañana siguiente lo distinguió enseguida: reconocía al instante el sonido del pico de pavo real contra la carrocería de un coche. Corrió hacia el vehículo de la jefa, espantó al animal ya con cierta pericia y examinó bien los daños. Unas cuantas abolladuras, arañazos y la pintura saltada en el guardabarros trasero izquierdo. Las cortinas del ala oeste estaban echadas, así que seguramente los huéspedes dormían aún y no se habían enterado de nada. Aquello no podía seguir así, todavía permanecerían allí unos días y no por raritos eran menos importantes. Hamish abrigaba la esperanza de que, si se corría la voz de que aquel grupo había quedado contento, aparecieran por allí otros banqueros dispuestos a gastar dinero. Así que debía encargarse de que quedaran satisfechos. Ni él ni Ryszard podían pasarse el día alejando al pavo real, y ahora ya era tarde para pedirle a la jefa que metiera el coche en el garaje (que primero habría que despejar) porque entonces tendría que explicarle el origen de los desperfectos, cosa que ni se planteaba. La impresión que le había causado la señora bastaba para descartar totalmente esa posibilidad. En vista de cómo se había puesto por un poquito de caca de ganso en el zapato, era mucho mejor que no supiera nada de aquello. Decidido, sacó a Albert y a Britney de la cocina y la escopeta del armario, agarró el cubo de pienso y se propuso llevar al pavo real loco hasta el bosque. No podía matarlo delante de la casa; despertaría a los huéspedes y tendría que dar muchas explicaciones. En cambio, si oían un disparo en el bosque, pensarían que era temporada de caza, los tiros no eran nada raro en aquella época del año. Por desgracia, el pavo real tenía la mirada clavada en el coche y el pienso no le parecía tan atractivo como el lord había esperado. Britney empezó a ladrar y a saltar como una loca porque no sabía qué pasaba, y Albert necesitó un tiempo para entender que tenía que llevarse al pavo real de allí; normalmente, siempre le estaban insistiendo en que dejara en paz a aquellos animales. El día anterior se los habían llevado todos al bosque, eso lo había comprendido, al fin y al cabo los rebaños eran su fuerte. Pero nunca se las veía con un solo animal y, además, un pavo real no era una oveja. Para cuando por fin entendió lo que se esperaba de él, Britney había ladrado tanto que

seguro que había despertado a algún banquero, el pavo real había chillado varias veces y el lord había intentado sin descanso explicarle al perro lo que quería mientras con el rabillo del ojo vigilaba las ventanas del ala oeste deseando que no se descorrieran las cortinas. Al final Albert hizo lo que se le pedía y Hamish encabezó la marcha con el balde en la mano.

Se internaron en el bosque, primero por el camino; después el lord lo abandonó y Albert tuvo dificultades para controlar al pavo real, que estaba muy nervioso por los ladridos y buscaba refugio en los árboles. En un momento dado se cansó del juego y se posó en la rama baja de un roble. Hamish le indicó al perro que ya estaba bien, que podía dejar de ladrar e irse a jugar, y el animal obedeció acompañado de Britney.

El lord se quedó junto al árbol y levantó la vista hacia el pavo real. Tenía que hacer lo que tenía que hacer. Pero no era agradable.

Cuando estuvo hecho, cayó en la cuenta de que no podía volver a la casa con el arma en una mano y el pavo real muerto en la otra. Había tardado un rato en conducir al animal al bosque y también había dudado un poco antes de dispararle, así que seguramente los banqueros estarían ya levantados y no les entusiasmaría la visión de un cadáver durante el desayuno; además, tampoco habría podido explicar lo sucedido sin mencionar los desperfectos del coche de la jefa. Por eso decidió dejar al animal allí, entre la maleza. Lo cubrió con hojarasca y algunas ramas para que nadie lo viera desde el camino, escondió el arma en un lugar cercano bajo un montón de piedras y regresó a la mansión. No iba precisamente silbando de alegría porque sentía lástima por aquel pavo real tan bonito, pero uno tenía que saber cuándo actuar. Prefería no arriesgarse a que los visitara una venerable anciana con el pelo teñido de azul y el pavo real le arrancara la cabeza, en eso no podía andarse con sentimentalismos. El pavo real era peligroso, no había otra elección. Y, la verdad, tampoco le tenía especial cariño al animal; en el fondo un pavo real no era un perro.

Mervyn sí que era un perro. Antes de desayunar, el grupo dio un corto paseo matutino. El animal necesitaba salir y Helen no tenía listo el desayuno porque la jefa había estado en el baño mucho rato. Entre los hombres era el turno de Andrew para bañarse, pero solo pudo hacerlo después de desayunar porque antes los demás habían ocupado el aseo. Por su parte, los otros tres habían tenido que ahorrar agua y lavarse como hacen los gatos. No acostumbraban a hacer cola para entrar en el baño, ni a encontrar en el lavabo pasta de dientes de sus predecesores. Además, todos tenían hambre, por lo cual estaban de mal humor. Tampoco a la jefa le había ido demasiado bien. Prescindió de la ducha porque se habría muerto de frío y solo se lavó un poco, aunque aquello no la libró de quedarse helada. Y eso que se había llevado un calefactor de aire para templar en lo posible el baño, pero el resultado no fue nada satisfactorio. Después de lavarse, se vistió de prisa y dedicó un buen rato a maquillarse y a peinarse. Por su parte, Bernard estaba de especial mal humor porque, aunque había dormido sorprendentemente bien, se había dado cuenta de que no resultaba nada fácil bajar de la litera superior, y tampoco se le escapó que David se aguantaba la risa ante sus intentos. Lo logró después de un rato, pero solo con gran estrépito y a punto estuvo de romperse la crisma. Sintió mucha vergüenza delante de su compañero, que era diez años más joven.

Mervyn era el único que de verdad estaba disfrutando del día y del paseo. Daba saltos y correteaba arriba y abajo, feliz de la vida, mientras los humanos callaban o solo se decían lo estrictamente necesario. El que mejor le caía al perro era el hombre de más edad, que siempre lo trataba con amabilidad; él y la mujer de la cocina, que de vez en cuando le daba alguna cosilla. Su ama, por el contrario, no se había mostrado nada entusiasmada con el peluche que acababa de llevarle y que olía al otro perro. En efecto, Liz seguía encontrando asqueroso a aquel mono y le ordenó que lo soltara. Mervyn no lo comprendía, pero obedeció y enseguida se puso contento de nuevo porque había lugares de sobra por husmear; por ejemplo, el antiguo nevero y la capilla medio en ruinas que los humanos no habían visto porque se encontraba tras un seto y bajo los árboles, y también porque se empeñaban en seguir siempre los caminos.

El perro se metió entre la maleza como suelen hacer los de su especie y,

siguiendo su olfato, se apartó un poco del grupo y encontró el pavo real muerto. Por un instante se quedó perplejo, pues no era consciente de que aquello fuera una partida de caza, no había oído disparos. Sin embargo, su nariz no lo había engañado, y un ave grande recién abatida había que llevársela a su ama, ese era el deber de un buen setter irlandés. El pavo real solo estaba un poquitín desmejorado y Mervyn se sentía orgulloso y contento; agitaba el rabo pensando en los elogios y en las caricias que recibiría.

Por eso no comprendió los gritos e insultos de su ama, que incluso le pegó, cosa que no hacía nunca. Tampoco entendió el desagradable nerviosismo que se apoderó de los humanos. Todos estaban fuera de sí, pero no de alegría, sino de ira hacia él. Metió el rabo entre las piernas y se agachó. ¡Pero si lo había hecho todo bien...!

El departamento de inversiones deliberó sobre lo que debía hacer. Jim se mostró partidario de contarles la verdad a los McIntosh, seguro que serían comprensivos, todos los británicos decentes eran comprensivos con los perros; además, seguro que siempre les podían comprar un pavo real nuevo, a lo mejor incluso lo cubría algún seguro. De ninguna manera harían eso, sentenció la jefa, desconocían qué relación tenía el matrimonio con aquellos animales, ¡parecía incluso que le tenían cariño hasta a aquel ganso matón! Si resultaba que querían al pavo real como a un perro, ¿en qué situación les ponía eso a Mervyn y a ella? No, la propuesta de Jim no era aceptable; había que deshacerse del animal.

¿Cómo que deshacerse?, preguntó David.

Pues esperaba que él pudiera hacerlo desaparecer, contestó la directora, que había soportado muchas veces que la llamaran maniática del control y ahora quería demostrar que no tenía ningún problema en delegar funciones. ¿Cómo que desaparecer?, se preguntó su empleado. No obstante, lo que dijo fue que él se ocuparía. Al fin y al cabo, no habían ido allí de vacaciones y la jefa seguía siendo la jefa. Por el momento ocultaron el pavo real bajo la hojarasca, aunque Liz opinó que eso no era suficiente; al final el perro de los McIntosh terminaría por encontrarlo y todo se descubriría. David tendría que pensar en algo para librarse definitivamente de él. Su tono no dejaba lugar a réplica. Con el ánimo bajo, todos volvieron a la casa. Mervyn, tristón, iba con el rabo entre las patas y no dejaba de preguntarse qué había hecho mal.

Lord Hamish McIntosh se encontraba en la cocina removiendo su té. Con lo bonito que era aquel pavo real... Pero qué se le iba a hacer, la época de celo había pasado hacía tiempo y la locura del animal parecía permanente. Constituía un riesgo para la seguridad; en realidad, habían tenido mucha suerte de que solo hubiera atacado cosas inanimadas. A nadie le gusta vérselas con un pavo real agresivo.

Como él, su mujer se entristecería al saber lo sucedido, pero lo tomaría con serenidad, para ese tipo de cosas era muy pragmática. En cambio, para Aileen sería un golpe. Le tenía cariño a cualquier animal; cuando limpiaba, incluso recogía las arañas y las sacaba de la casa en lugar de aspirarlas con Henry o aplastarlas, como haría cualquiera. También insistía en utilizar trampas que no mataran a los ratones y luego los soltaba en el campo. Por eso el lord decidió no contarle que se había deshecho de un pavo real. Con suerte, Aileen tendría tan poca idea como todos los demás de cuántos había en la propiedad. A Ryszard habría que decírselo porque así se podría dedicar a tareas más importantes que conducir una bandada de pavos reales al bosque tres veces al día. Eso sí, debía pedirle que no le dijera nada a Aileen y eso le disgustaba, no era amigo de los secretos. Pero la joven estaba empezando a recuperar el buen humor después del accidente; no quería apenarla contándole que había matado a un pavo real, ¿cómo iba a mirarla a la cara?

Por desgracia, fue precisamente Aileen la primera en entrar en la cocina. Y enseguida notó que algo iba mal. Sin embargo, cuando después de varios intentos no sacó nada en claro, dejó de insistir; su buena educación así se lo indicaba y, además, el lord era el lord, sin duda consideraba que no era asunto suyo. Ya resultaba bastante poco habitual que se sentara con él a desayunar en su cocina. Normalmente habría hecho ella el desayuno, pero ahora que estaba impedida, fue él quien se encargó de casi todo. Le preparó el té y, aunque ella pudo poner en marcha el tostador, él untó la mantequilla en las tostadas. Era un hombre muy amable, y sin duda estaba preocupado. En cuanto apareció su esposa, se despidió para irse a la universidad, donde enseñaba griego y latín. Antes quería pasar a ver a Ryszard para comentar las tareas del día. La chica sintió una punzada de celos, le encantaría ir a casa del joven para que fuera él

quien le untara las siguientes tostadas. El latín y el griego le parecían superfluos, no entendía para qué servían en el mundo moderno.

A Aileen le pareció que lady McIntosh estaba como siempre. Y, efectivamente, estaba como siempre porque aún no sabía que el lord había matado al pavo.

David tenía un problema. Sentía náuseas. Apenas desayunó; solo mordisqueó una tostada y se bebió el té mientras le daba vueltas al asunto. No quería tocar el cadáver del pavo real ni con las manos desnudas ni con sus caros guantes de piel de pecarí, y no tenía ni idea de cómo iba a librarse de él. Al fin y al cabo, no era un mirlo sino un bicho bien grande y seguramente la única opción sería llevarlo bosque adentro y enterrarlo... Pero con qué; muy probablemente el suelo estaría helado y demasiado duro para cavar, aparte de que no tenía una pala y con las manos iba a ser imposible... Y además, si alguien lo pillaba, ¿cómo se lo iba a explicar? y ¿cómo iba a mover el pavo real sin tocarlo? Se sentía muy desgraciado y después del desayuno se quedó en la cocina. Helen ya había notado que, aunque David era una persona retraída, aquella mañana estaba mucho más callado y pálido que la noche anterior. Algo le preocupaba, y a la cocinera le gustaba prodigar consuelo maternal con pasteles, galletas o buenos guisos.

Pero David no quería pasteles ni consuelos, lo que necesitaba era que por favor le pusiera un whisky, a pesar de lo temprano de la hora. Y Helen se lo sirvió. La mujer veía claramente que no tenía un problema con la bebida, sino que debía haber sucedido algo malo durante el paseo matutino. También el resto del grupo parecía más tenso que la noche anterior.

El hombre pidió otro whisky, y la cocinera enarcó una ceja. Tras el tercero, le confesó su problema: había un pavo real muerto en el bosque, se lo había cargado el setter irlandés de la jefa. Y ahora él debía hacerlo desaparecer. Y no tenía ni idea de cómo. Y si no lo hacía, la jefa no iba a estar nada contenta y ya se sabía lo que eso significaba, por decir las cosas claramente. Helen pensó que aquello era consecuencia del alcohol, si no el joven nunca habría sido tan franco. Un pavo real así no resultaba tan fácil de esconder, prosiguió el banquero, había que enterrarlo; quizá podría robar una pala del cobertizo de los McIntosh, pero no, aquello no podía ser. Si lo pillaban robando la pala... O enterrando el pavo real... ¿Cómo se lo iba a explicar al lord y a la lady? Él no era ladrón. Ni guardabosques. Ni enterrador. Él era banquero.

Y se tomó otro whisky.

La cocinera reflexionó durante un instante.

Y yo, dijo después en voz baja, yo soy cocinera.

Aileen se había dado cuenta de que había una tarea que podía hacer perfectamente a pesar de su brazo enyesado, y era sacar a los perros de paseo. Normalmente correteaban por ahí ellos solos, pero, tras la muerte de Victoria, se había acentuado la tendencia de Albert a alargar mucho sus excursiones. Como resultado, los McIntosh tenían que recorrer la carretera e ir por las casas dispersas de los vecinos preguntando si lo habían visto. En verano solían encontrarlo rondando las barbacoas, o bien uno de los vecinos lo recogía en algún sitio y lo llevaba a la mansión. En invierno era más complicado porque la gente acostumbraba a quedarse en casa. Por eso el matrimonio se alegró mucho de que Aileen diera largos paseos con él y con Britney, y se encargara de traerlo siempre de vuelta a casa. Parecía que Albert disfrutaba de la presencia de la perra, lo que no era extraño teniendo en cuenta que había pasado casi toda su vida con Victoria. Se notaba que no le gustaba estar solo, igual que le sucedía al ganso. Los McIntosh habían barajado varias veces la posibilidad de hacerse con otro perro, pero en todas ellas llegaban a la conclusión de que ya tenían bastantes animales y decidían no hacerlo, a pesar de que había buenas razones a favor de la idea: tenían sitio de sobra, los perros llevaban una vida estupenda y contemplar la soledad de Albert les partía el corazón. Ya bastante los entristecía ver al ganso, aunque por ese lado habían decidido mantenerse inflexibles. Años atrás renovaron toda la primera planta e instalaron una moqueta marrón clara porque por aquel entonces poseían un mestizo de collie de pelo largo de ese mismo color. La visión de sus pelos en el sofá era tan desagradable que Fiona eligió la moqueta más parecida al perro para que no se notaran tanto los pelos diseminados por todas partes. En cuanto pudieron, cambiaron también el sofá, a favor del cual dictaron una orden de alejamiento. Al perro le compraron un cesto con una mantita marrón clara.

Por desgracia, el animal murió de forma inesperada tan solo seis meses después. Desde entonces sus perros siempre eran de ese color y Fiona afirmaba categóricamente que jamás tendrían animales negros o blancos. Ya había elegido la moqueta a juego con el primer perro; a partir de ese día los siguientes debían hacer juego con la moqueta. El lord y Aileen dudaban de que

realmente lo pensara tan en serio. Si un día aparecía en la puerta un cachorro negro abandonado poniendo ojitos, Fiona lo recogería sin dudarle; no era una desalmada, sería incapaz de tratarlo como a una cosa. De hecho, era exactamente eso lo que sucedía, nunca habían tenido que buscar ni comprar un animal. Los perros acababan llegando a ellos porque necesitaban un hogar y allí había espacio. Ya era casualidad que tanto Albert como Victoria fueran del color adecuado.

Quien apareció en la puerta no fue un cachorrito negro abandonado sino el cartero. Saludó a Aileen, a Britney y a Albert, que en ese momento se marchaban, se interesó por el brazo escayolado y se ofreció a llevar a la joven al pueblo si le hacía falta; a mediodía podría regresar en el autobús escolar. Aileen rechazó amablemente el ofrecimiento y se envolvió en un chal mientras lady Fiona le ataba los zapatos y le subía la cremallera del abrigo. Le había costado acostumbrarse, pero ya no le resultaba tan embarazoso. Había recuperado enseguida el pragmatismo y el buen humor e incluso gastaba bromas sobre su propia torpeza. Llamó a los perros y se puso en camino.

El cartero entregó el correo a la señora de la casa. Había un sobre de los Bakshi. Hacía ya tiempo que el coche estaba reparado, aunque no sin cierto tira y afloja con el seguro. Para empezar, la compañía adujo que solo cubrían los daños causados por animales domésticos como perros, gatos o caballos, y que los pavos reales no lo eran. No resultó muy difícil argumentar que, si bien aquello era cierto, los pavos reales constituían una especie no endémica y, por lo tanto, no entraban en la categoría de aves silvestres. Entonces el perito del seguro puso en duda la veracidad de toda la historia, y los dos matrimonios tuvieron que hacer una declaración por escrito de lo sucedido.

En su carta, los Bakshi les contaban que por fin el seguro había pagado y que la historia causaba tal sensación entre sus conocidos que al final todo había merecido la pena. De manera que, por su parte, todo estaba en orden. Agradecían mucho que el contratiempo se hubiera resuelto tan amigablemente y repetían por enésima vez lo bien que lo habían pasado en el valle y lo mucho que les apetecía aceptar su invitación. De hecho, escribían, planeaban pasar el Fin de Año en Escocia, ¿los *cottages* serían lo bastante confortables? ¿Los alquilaban también en invierno? Anunciaban que en las siguientes semanas llamarían para concretar los detalles.

Lady McIntosh se alegró porque todos los años organizaban una gran fiesta en Hogmanay, el último día del año; asistían todos sus amigos y jugaban a cosas absurdas que terminaban con treinta adultos metidos debajo de la mesa

del comedor y pasándoselo en grande. Después de la medianoche había baile. Los Bakshi encajarían de maravilla, eran gente estupenda.

Fiona llamó por teléfono a su marido, que seguramente estaba ya en la universidad, para contárselo todo. Este se puso muy contento con la anunciada visita de los Bakshi, pero más aún de que su esposa lo llamara, pues él también tenía algo que comunicarle. Por desgracia, no eran noticias tan buenas. Lady McIntosh las encajó con entereza y, como el lord esperaba, estuvo de acuerdo en que era mejor que Aileen no supiera nada, ya estaba bastante fastidiada con la escayola. A Hamish le pareció muy tierno que su mujer no quisiera disgustar a la joven, pero no dijo nada. A Fiona también le pareció muy tierno que su marido no quisiera disgustar a la chica, pero tampoco dijo nada.

Entretanto, la muchacha llamaba con fuerza a la puerta del ala oeste. Cuando le abrieron, dijo que se llamaba Aileen y que habitualmente se encargaba de la limpieza y de los *cottages*, pero que se había roto el brazo y no podía hacer gran cosa salvo pasear. Iba a sacar a Albert y a Britney, y se preguntaba si querían que se llevara también a Mervyn. Se llamaba Mervyn, ¿verdad? ¿O era Justin?

Fue Jim quien abrió la puerta, y se quedó embobado. La chica no llevaba nada especial, un abrigo viejo y unos vaqueros; además, tenía un brazo escayolado hasta el hombro. Sin embargo, sus ojos brillaban de un modo especial y derrochaba encanto. El banquero no entendió su primera frase porque tenía un fuerte acento escocés, así que al principio no sabía quién era. Pero cuando se acostumbró a su forma de hablar, también su acento le pareció encantador. Estaba a punto de presentarse cuando Mervyn salió de la casa como una bala para saludar a los otros dos perros. Por fin Jim consiguió decir su nombre y añadir que se alegraba de conocerla. Enseguida llamó a su jefa y ordenó a Mervyn que volviera dentro, porque lo último que deseaban era que correteara por el bosque con los otros perros y acabara matando a otro animal. O que desenterrara el pavo real que ya pesaba sobre su conciencia. Ahora que lo pensaba, en realidad aquello no era propio de Mervyn, pero ¿cómo saber lo que se le pasaba por la cabeza? Una vez que había probado la sangre, a lo mejor arrastraba a los demás perros a cometer otras barbaridades, y hasta podían acabar atacando en manada a un rebaño de ovejas. Cosas así pasaban.

Lo mejor era que la jefa decidiera.

Esta se asomó a la puerta y afirmó que Mervyn ya había salido y que además no estaba segura de que obedeciera a Aileen. No quería arriesgarse a que se le escapara; el animal no conocía la zona y por lo tanto era mucho mejor que se quedara en la casa, pero muchas gracias por el ofrecimiento. Aileen la encontró muy antipática y sus reparos le parecieron absurdos. No pasaría nada, el setter permanecería junto a los otros perros, que sí conocían la zona, y no se iba a perder. Además, allí arriba no hacía falta preocuparse por si lo atropellaba un coche. A veces la gente de ciudad era la mar de rara, se notaba que aquella elegante bruja creía que su perro era muy estúpido. La buena educación de Aileen impidió que dijera lo que pensaba, de modo que se despidió (más cordialmente del atractivo señor maduro que de la bruja elegante) y se marchó con Britney y Albert. Mervyn no comprendió por qué se iban sin él, y gimió con verdadera lástima.

La cocinera era mucho más pragmática que el acobardado David. Lo primero que hizo fue sacar la basura. Conocía de sobra la ubicación de los contenedores, pero fue a buscar a lady McIntosh para preguntarle dónde debía echar los residuos y si los restos orgánicos se depositaban aparte. Logró trabar conversación con la anfitriona sobre el precioso paisaje y la naturaleza, y de ahí lo más lógico fue pasar a hablar de los animales, más concretamente de los pavos reales. Fiona nunca rechazaba un poco de charla ligera y además la cocinera le caía bien, así que respondió a sus preguntas. De ese modo Helen se enteró de que no sabían exactamente cuántos pavos reales poseían, cuántos polluelos habían nacido aquel año ni cuántos habían sobrevivido. Nunca estaban todos juntos, iban siempre de dos en dos o de tres en tres, y por eso el número que manejaban era solo aproximado. Quien podía saberlo, pensó Fiona, era Aileen; debido a su pasión por los animales, lo sabía todo de ellos y hasta era capaz de distinguir unos pavos de otros. Pero eso no se lo dijo a la cocinera. En su fuero interno le preocupaba que antes o después la joven se diera cuenta de que faltaba uno. A Helen se limitó a explicarle que los pavos reales perdían las plumas de la cola después de la época de celo y que al año siguiente les volvían a salir, cosa que la tenía asombrada. Como Hamish la había informado de lo sucedido con el coche de la jefa, por supuesto evitó mencionar que uno de ellos se había vuelto loco y atacaba cualquier objeto de color azul. En cuanto el grupo se hubiera marchado de la casa, Fiona inspeccionaría los desperfectos; seguro que en algún momento saldrían a dar un paseo y entonces podría acercarse al vehículo.

La cocinera se sintió aliviada al saber que nadie echaría de menos al pavo real. En realidad, estaba de acuerdo con Jim en que debían confesar a los anfitriones que Mervyn había matado a uno de sus pavos reales, cualquier otra opción se le antojaba inmoral. Pero nadie le había pedido su parecer y la jefa opinaba de otra manera, que había dejado bien clara. En el fondo existía la posibilidad de que la verdad no se descubriera... La segunda buena noticia era que los restos orgánicos no se depositaban en un contenedor especial, de modo que las pruebas del delito, como huesos o plumas, podrían ocultarlas debajo de los demás desperdicios.

Cuando tuvo ocasión, Helen le preguntó a la anfitriona dónde podía hacer la compra, si era preciso recorrer los casi doce kilómetros hasta el pueblo. Había traído consigo la mayor parte de lo que necesitaba, pero le irían bien unas verduras y otras provisiones.

La propiedad de los McIntosh contaba con una antigua granja que en su día surtía a la mansión y en la que Ryszard cultivaba muchas clases de fruta y verdura que vendía en una tiendecita, además de otros alimentos y enseres de primera necesidad, a los huéspedes y a los habitantes del valle. Lady Fiona le dijo a Helen que en aquel momento el joven estaba fuera trabajando, pero que le daría una llave de la tienda para que cogiera lo que necesitara; bastaba con que lo apuntara y, cuando tuviera un rato libre, Ryszard pasaría por el ala oeste para saldar las cuentas. La cocinera escuchó atentamente las indicaciones para llegar a la granja. Después volvió a la cocina y conminó al atemorizado e inequívocamente borracho David a que subiera al coche; primero, porque ella no tenía carnet y, segundo, porque alguien tenía que mostrarle dónde estaba el pavo real.

El banquero objetó débilmente que se había tomado tres (¿o eran cuatro?) whiskies y que no debía conducir, pero a Helen no le valió la excusa. Le recordó que la jefa le había ordenado específicamente a él que se deshiciera del pavo real, así que no podía decirle que había delegado el asunto en la cocinera. Además, continuó, estaban en medio de ninguna parte y todo, granja incluida, pertenecía a la finca privada de los McIntosh. No había que temer ni al tráfico ni a los controles de alcoholemia.

Y así, aquella cocinera llena de recursos y aquel banquero borracho se calzaron las botas de montaña y se fueron en coche bosque adentro. A hacer la compra, como explicaron al resto del grupo. Y a librarse del cadáver.

David no se lo creía del todo. Pensaba que aquella mujer debía de estar loca. ¿De veras quería llevar el animal a la casa y cocinarlo? ¿Y convertirlo a él en cómplice? No podía pretender en serio servirle a la jefa, tan déspota como histérica, el pavo real que su propio perro había matado. Además, ¿qué sabor tendría un pavo real? ¿Estaba segura Helen de que era comestible? ¿Acaso tenía idea de cómo prepararlo?

Le preguntó si estaba convencida de todo aquello.

Estaba encantada, respondió cantarina, hacía años que no cocinaba pavo real.

David quiso saber si de verdad había preparado aquel animal alguna vez.

Así era; durante un tiempo Helen trabajó en un restaurante de Londres conocido por sus platos peculiares y en ocasiones, muy de cuando en cuando, había pavo real en la carta. Y también cisne. A ella no le gustaba mucho el cisne, la carne tenía un retrogusto a pez, como a aceite de pescado, parecía una mezcla de pato y anchoas. Claro que se podía trabajar con ella, pero no era su favorita. El pavo real, en cambio... Su carne quedaba muy tierna si se guisaba el tiempo suficiente, se parecía un poco a la del faisán. Además, ¡se podía presentar de forma tan artística! En una gran bandeja, con un relleno de frutas secas bien sabroso y la cabeza colocada decorativamente. No había otra ocasión de contemplar en la mesa aquel precioso azul brillante. El banquero palideció. Helen continuó explicándole que en la Edad Media los cisnes y los pavos reales se servían en los banquetes con todas sus plumas. Se desollaban respetando el plumaje y se insertaba una estructura metálica por dentro de la piel para que pareciera que el animal estaba vivo en la mesa. Debajo de la estructura se colocaba el asado de pavo real o de cisne, o el gulash, o el plato que se hubiera preparado. Existía incluso una leyenda en la que un pavo real guisado cobraba vida y abandonaba la mesa volando, pero por desgracia no recordaba la historia completa.

En aquella época había que cocinar la carne durante horas hasta que se deshacía, pues las dentaduras dejaban mucho que desear, por no decir directamente que la gente no conservaba más que unos pocos dientes podridos y apenas podía masticar. Helen soltó una risita; David sintió náuseas.

A ella le habría encantado aprender a preparar perro y gato, dijo, pero por desgracia en Inglaterra eso estaba muy mal visto. ¡Aunque la gente sí que comía cocodrilo y avestruz! ¡Claro, como no los veían todos los días...! Esas actitudes la sacaban de quicio. ¿Por qué los británicos se negaban a comer perro y sin embargo no le hacían ascos al avestruz?

David inspiró profundamente. Sentía un gran cariño por su perro. Como buen británico, quería a los perros en general y aseguró que, en su opinión, no estaba bien comérselos, al fin y al cabo, uno no iba por ahí devorando personas; es decir, los perros no eran como los cerdos.

Cómo que no, replicó Helen, un perro no era más listo ni más limpio ni estaba más evolucionado que un cerdo. De todos modos, el argumento de la evolución era una tontería, porque el hecho de que, por ejemplo, los peces estuvieran menos evolucionados no daba derecho a nadie a maltratarlos. Tal como ella lo veía, el asunto no consistía en qué animales se podían comer y cuáles no, sino en cómo habían sido tratados durante su vida. A ella le

encantaban los caballos y aun así se los comía, en cambio no le gustaban nada los peces, pero creía que merecían una vida digna. David tuvo que reconocer que llevaba razón, aunque solo en el plano puramente teórico. En la práctica, no le apetecía nada comer caballo o pavo real. Y perro, mucho menos. Lo único que deseaba en aquel momento era meterse en la cama con la cabeza debajo de las mantas. Pero eso no lo dijo.

A pesar de aquella discrepancia, el banquero y la cocinera convinieron en que lo mejor era no contarle a la jefa que pensaban sacar a la mesa el pavo real cazado por Mervyn. El grupo debía creer que habían llevado el cuerpo al corazón del bosque, lo habían enterrado y después habían disimulado la tumba con piedras y hojarasca.

Helen lo tenía todo bien planeado, muy al contrario que David. Ella era muy consciente de que no conseguirían meter de tapadillo en la casa un pavo real entero con todas sus plumas. Pero como a los demás les habían contado que no solo iban a deshacerse del cuerpo, sino también a comprar provisiones, les parecería lógico que regresaran con un ave lista para cocinar. Eso significaba que tendría que desplumar y eviscerar al pavo real en el bosque, y con ese fin se había provisto de un taburete, un delantal y un cuchillo bien afilado. Helen se puso a la tarea, y David volvió a palidecer cuando vio cómo ella apoyaba el animal en su regazo. La cocinera le explicó que procedería a cortarle la yugular y a decapitarlo para que se desangrara. Esperaba que la sangre no se hubiera coagulado; el proceso en cuestión debía realizarse inmediatamente después de la muerte para que resultara perfecto. De hecho, lo ideal era llevarlo a cabo mientras el corazón aún latía y bombeaba la sangre. Pero bueno, haría lo que pudiera. Le sugirió a David que mientras tanto se diera un paseo y localizara un sitio donde enterrar las plumas y las entrañas. Ella necesitaba una media hora, tiempo suficiente, en su opinión, para desplumar y destripar el ave. Seguro que en ese rato él encontraría un lugar adecuado.

El banquero agradeció mucho aquella propuesta. En cuanto se apartó unos pasos, vomitó, justo en el momento en que la cocinera le cortaba la cabeza al pavo real y saltaba el primer chorro de sangre. Por suerte, David se había dado ya la vuelta y se ahorró aquella visión. Para cuando el animal estuvo desangrado, el banquero se había librado del desayuno y de los cuatro whiskies.

Helen pensó que hoy en día los jóvenes urbanitas no aguantaban nada, pero no expresó su crítica en voz alta. La verdad es que le caía bien el pobre

hombre. Le gritó que en el coche había una botella de agua, y David aprovechó para desaparecer de allí lo más rápido que pudo.

Cuando regresó al cabo de media hora, ya con mucho mejor aspecto, la mayor parte del trabajo estaba hecho. La previsor cocinera había introducido el ave, desplumada y sin vísceras, en una gran bolsa de plástico; no parecía un pavo real sino un trozo de carne, aunque aún le quedaban las plumas más finas. La mujer le explicó que las quemaría en el fogón de gas en cuanto el grupo saliera a pasear; esperaba poder camuflar el olor antes de que alguien empezara a sospechar. Había pensado en sofreír al mismo tiempo cebolla y ajo, con los que prepararía una sopa muy aromática. Las plumas grandes las había metido en otra bolsa de plástico junto con todas las vísceras menos el hígado, que había guardado en un tupperware para elaborar un buen paté.

¿Todo en orden?, le preguntó a David.

Sí, gracias, ya se sentía mejor, contestó él, y se disculpó.

Se quedaron un tiempo deliberando qué hacer con las plumas. Por suerte no era época de celo y el animal carecía de cola, pero aun así eran realmente voluminosas y además había muchas. Era normal encontrar plumas de pavo real diseminadas por toda la propiedad, siempre se les caían algunas; pero no tantas de una vez. Al final escondieron la mayor parte, junto con las vísceras, la cabeza y las patas (David volvió a palidecer) debajo de un montón de hojas. A Helen no le daba asco tocar las entrañas, y David se limitó a reunir palos y piedras para el túmulo bajo el que iban a enterrar los restos. No podía ni pensar en la cabeza y las patas sin que le dieran náuseas. Ambos esperaban que los despojos se pudrieran antes de que alguien los encontrara, aunque seguramente nadie iba a internarse tanto en el bosque con la intención de remover piedras y palos. Si acaso, algún perro. Helen quería llevarse algunas de las plumas más vistosas para regalárselas a su sobrina pequeña; a los demás les dirían que se las habían encontrado por el camino. La cocinera se lo estaba pasando en grande. David intentaba tomárselo con humor, pero no acababa de conseguirlo.

Después de aquella escena se dirigieron a la granja, a la tiendecita de Ryszard. Entraron con la llave y se aprovisionaron de tomates, cebollas, zanahorias, calabacines, col lombarda, coles de Bruselas y hierbas aromáticas frescas. La cocinera se quedó asombrada por la variedad de productos que ofrecía aquel

hombre con pinta de guerrero durante el noviembre en Escocia. La explicación era que, detrás de la granja, el muchacho no solo poseía un invernadero sino también un nevero excavado en un talud, con paredes de piedra natural, donde almacenaba patatas, zanahorias, manzanas y lo que fuera necesario. Se veía que le gustaba la verdura fresca tanto como a Helen. Ella y David pesaron lo que escogieron y lo apuntaron en un cuaderno que estaba allí a tal fin.

Durante el camino de vuelta, la cocinera se dedicó a fantasear con la preparación del pavo: lo asaría entero con un buen relleno de pasas, ciruelas pasas y orejones, y bien envuelto con panceta porque si no la carne quedaba muy seca. O a lo mejor podía elaborar un relleno con masa, hacía tiempo que tenía ganas de probarlo. El banquero se quedó muy impresionado, ya no tenía dudas de que Helen sabía perfectamente cómo preparar pavo real. Pero claro, continuó la cocinera, no podía presentar el animal entero porque se vería obligada a dar explicaciones. Era demasiado grande para hacerlo pasar por un faisán, como era su intención, pues el sabor de aquella ave era el más parecido al del pavo real. Por ese motivo había decidido preparar un curri: por un lado, porque la mezcla de especias disimularía el color de la carne y, por otro, porque su sabor era tan intenso que con un poco de suerte nadie notaría su gusto característico. Helen charlaba tan animadamente sobre los modos de preparación que David se fue relajando y al final hasta le entraron ganas de probar aquel curri. Incluso empezó a parecerle emocionante engañar a la jefa y ver cómo comía pavo real sin tener ni idea.

Poco se imaginaba David que Helen parloteaba sin parar no porque estuviera entusiasmada con sus planes, sino para ocultar su inseguridad. Mientras desplumaba al animal había descubierto algo sorprendente: que no lo había matado Mervyn. Fue algo que no la sorprendió pues, por lo que había visto, era el perro más amigable y obediente del mundo. O, por expresarlo de otro modo, le parecía un poquito corto de luces, como todos los setter irlandeses. La realidad era que el pavo real había muerto acribillado. Con perdigones. Y había ocurrido aquella misma mañana porque, cuando lo tocó, aún estaba caliente y flexible y se había desangrado sin dificultad. Lo más probable era que el perro lo hubiera encontrado muerto en el bosque y se lo hubiera llevado a su ama; Helen había oído comentar que era un perro de caza entrenado y que la jefa lo llevaba en sus partidas. Seguro que el pavo real aún olía a pólvora.

Su primer impulso fue decírselo primero al joven banquero y luego a la directora. Esta se sentiría aliviada al saber que su perro era inocente, y que la

jefa estuviera más tranquila era lo mejor para todo el grupo. Claro que, en ese caso, tendría que confesar cómo se había dado cuenta, y tendría que explicar por qué había desplumado el pavo real, ya que la perdigonada no podía verse sin levantar el plumaje. Otra opción era afirmar que se había fijado mientras David y ella lo enterraban... pero ¿y si la desconfiada jefa quería verlo con sus propios ojos para asegurarse? Se percataría enseguida de que el pavo real estaba casi desplumado y colegiría, con razón, que pretendían servírselo sin decirle nada. Aquella mujer no era tonta. Su furia no afectaría mucho a Helen porque la había contratado solo para aquel fin de semana (más allá de que disuadiera a posibles clientes), pero no le extrañaría que a David lo pusiera de patitas en la calle. No podía hacerle eso al pobre chico. Seguro que tenía familia, le calculaba unos treinta y cinco años, estaba en edad de tener niños pequeños. No quería meterlo en aquel lío. Con todo, su descubrimiento abría nuevos interrogantes y sin duda causaría más problemas. Alguien, que casi con toda seguridad no pertenecía al grupo, sabía que había un pavo real muerto en el bosque. ¿Quién lo había abatido y por qué? Y, sobre todo, ¿por qué lo había abandonado así?, ¿volvería para recogerlo? Si su intención era que se pudriera allí, no habría más dificultades. Pero entonces ¿para qué matarlo? Lo normal sería pretender comérselo, ¿no? Y si el culpable regresaba y solo encontraba unas cuantas plumas, ¿sospecharía que los banqueros londinenses se lo habían llevado? Helen lo dudaba. Seguramente el tirador tenía algo que ocultar y mantendría el pico cerrado. Podía tratarse de un cazador furtivo cuya partida se había visto interrumpida de repente.

Todo aquello se le pasaba a Helen por la cabeza mientras charlaba sin parar. Le iba contando a David que los filetes de pechuga de pavo real se podían preparar con limón y albahaca, acompañados de arroz jazmín, y que los muslos se podían hornear con manzana, clavo y canela para después añadirles cuscús. Al joven se le hacía la boca agua, y eso que aún no le había hablado del delicioso paté que pensaba elaborar con el hígado.

Luego la cocinera puso mucho interés en explicarle que los pavos reales pertenecían a la familia de los faisánidos y, por lo tanto, insistió, a los demás les dirían que era carne de faisán. Debían evitar a toda costa que alguien curioseara en la despensa. Aquel era un pavo real bastante pequeño, pero aun así era mucho más grande que un faisán. Tendrían que confiar en que el resto del grupo no conociera muy bien el tamaño de esas aves. David le recordó que la jefa era cazadora, así que lo sabría seguro. Helen contestó que esperaba que fuera fácil mantener a la directora alejada de la despensa, al fin y al cabo

había contratado a una cocinera precisamente para no pisar la cocina.

De todos modos, no hacía falta ser un experto para saber que un solo faisán no bastaría para alimentar a tantas personas. Tendrían que contar que habían comprado dos, aunque en realidad solo tuvieran un ave... Por todo ello lo mejor era hablar del asunto lo menos posible y procurar que nadie entrara en la despensa. Era una pena, suspiró Helen, que se quedaran allí tan poco tiempo, a la carne le iría muy bien que reposara unos días. Le habría encantado poder explicarles a todos la exquisitez que iban a comer, en lugar de servirles de tapadillo una carne tan noble y tener que hacerla pasar por un triste faisán. Aquello era una lástima. Pero no quedaba otro remedio.

Oficialmente, entonces, comerían faisán al curri. Si los colegas preguntaban algo les contarían que Helen había distraído a lady McIntosh con una conversación intrascendente mientras David tomaba prestada una pala del cobertizo; después habían enterrado al pavo real y habían devuelto la pala valiéndose del mismo ardid. Ojalá nadie preguntara, así no tendrían que mentir de un modo tan descarado y bastaría con limitarse a no decir nada. Pero, por si acaso, acordaron aquella versión oficial.

De modo extraoficial, sin embargo, cada vez encontraban más divertida aquella peripecia. Es cierto que no tenían mucho en común, pero ambos estaban entusiasmados con la idea de engañar a la jefa, y eso que David aún se sentía un poco flojo, no solo en el plano físico. Esperaban que, a su llegada, los demás estuvieran trabajando o concentrados en algún otro asunto.

Efectivamente, en el ala oeste la psicóloga estaba exponiendo a los demás (salvo a Andrew, que seguía en el baño) cuáles eran las tareas de ese día. Como les explicó, el objetivo del viaje era desarrollar distintas actividades que los ayudarían a ser conscientes de su papel dentro del grupo. Después reflexionarían juntos sobre lo que ese reparto de papeles significaba para su trabajo en el banco, qué cosas estaban bien, cuáles estaban menos bien y cómo se podía mejorar lo que estaba peor y optimizar lo que estaba mejor. La mayoría de las actividades previstas tendrían lugar al aire libre; algunas requerían esfuerzo físico y mancharse las manos. Ese día iban a construir una cabaña en el bosque, así que debían empezar por ponerse la ropa adecuada. Dijo aquello echando una mirada a Bernard, que seguía vestido de traje.

En cuanto Helen y David regresaron, la jefa les preguntó si habían hecho desaparecer el pavo real definitivamente. Muy definitivamente, contestó la cocinera. David asintió en silencio, sin más. Bernard y Jim estaban preparando provisiones, tarea en la que enseguida los sustituyó la cocinera. Rachel le contó a David el plan y después le preguntó a Helen si podían llevarse el almuerzo al bosque porque así tenían la opción de quedarse allí a mediodía; por la noche tomarían una cena en condiciones. A la cocinera le pareció de perlas, así podría ocuparse del pavo real con tranquilidad. Sin embargo, no le hizo ninguna gracia que los hombres se hubieran metido en la cocina; a partir de entonces tendría que impedirlo como fuera. Empaquetó sándwiches y fruta, tomates y pepinillos, aceitunas, algo de embutido, queso y chocolatinas. Eso bastaría para que los banqueros pasaran el día. La jefa se rio al ver la cantidad de comida perfectamente organizada en bolsas que había aparecido en la mesa como por arte de magia, y preguntó quién se iba a comer todo aquello. Helen soltó un bufido y señaló a Jim con la mirada.

A la cocinera todo eso de construir una cabaña le parecía psicología barata, además de una estupidez totalmente innecesaria. Incluso ella estaba en condiciones de decir qué papel desempeñaba en el grupo cada uno de los banqueros, para eso no hacía falta verlos jugar a las casitas en el bosque. Eran personas inteligentes, seguro que ellos solitos tenían muy claras sus funciones. Solo había que mirarlos. Jim estaba comiendo algo otra vez; sin duda

disfrutaría construyendo la cabaña sin que le importaran un pimiento los rollos psicológicos. Bernard tenía de nuevo el mal humor pintado en la cara. Andrew se mostraba escéptico y la jefa parecía llena de energía, pero también de desprecio ante la idea de construir una cabaña. La cocinera se había dado cuenta de que la directora disfrutaba mucho del aire libre a condición de no tener que mancharse. Se preguntó cómo saldría de caza; seguro que siempre la acompañaba alguien encargado del trabajo sucio.

Helen estaba segura de que esa tarea en la naturaleza les sentaría bien a los banqueros en muchos sentidos, y en secreto se alegraba de que tuvieran que ensuciarse. Aun así, pensaba que la presencia de la psicóloga y de la jefa desbarataría los efectos positivos de tal actividad. A los hombres les iba a resultar imposible comportarse con normalidad. Además, no creía que algo así debiera hacerse con unos empleados y su superiora, pero nadie le había pedido su opinión y eso era lo mejor para todos. En otras circunstancias habría participado encantada en la construcción de la cabaña, pero en esa ocasión concreta se alegraba muchísimo de quedarse sola para cocinar a sus anchas y poder concentrarse en quitarle al pavo real el plumón que le quedaba.

Pero por desgracia no pudo ser porque unos momentos antes, cuando Andrew salió del baño, se había negado en redondo a formar parte de aquella chorrada, como la denominó. Calificó la propuesta de la psicóloga de cutre pantomima psicológica y repitió que no pensaba prestarse a ella. Claro que estaba dispuesto a trabajar en grupo a nivel conceptual, debatiendo los procesos laborales y el reparto de tareas, y también a cuestionar su cargo con espíritu crítico, pero no iba a tolerar que su banco lo obligara a ponerse en evidencia... Todo ese juegucito infantil le parecía ridículo, no había nada que no pudiera tratarse de palabra. Si un día quería construir cabañas lo haría con sus hijos, pero desde luego no bajo la supervisión de una psicóloga y de su superiora. Fin de la cuestión. El banquero estaba menos sereno de lo que le habría gustado aparentar, Helen se dio cuenta de que por dentro le hervía la sangre.

Rachel, por el contrario, reaccionó con mucha más tranquilidad de lo que ella misma esperaba. Le pidió a Andrew que considerase si por el bien del grupo no sería más sensato que no se excluyera. No se trataba de ponerse en evidencia; su interés no era ridiculizarlos, ella solo quería ayudarlos a hacer visibles las estructuras subyacentes. Pero por supuesto era su decisión, no quería obligarlo a nada. Helen observó que sonaba algo nerviosa, aunque

claramente menos ofendida que el banquero.

La jefa, por su parte, estaba realmente furiosa y le habría gustado poder obligar a Andrew. No habían ido allí de vacaciones y, aunque también le parecían lamentables aquellos jueguecitos, era ella quien había organizado el *team building* y deseaba que saliera bien. Claro que preferiría estar tomándose un gin-tonic bien presentado en un bar elegante y vestida de Alexander McQueen, lo preferiría mil veces a tener que salir al bosque con una chaqueta encerada y botas forradas. Aquella ropa estaba bien para ir de caza, pero no para construir una cabaña con sus subordinados. Si era sincera, en su fuero interno sentía envidia de Andrew por negarse, pero ella no podía hacer lo mismo. ¡Lo que había que hacer en favor de un buen clima laboral!

David se mantuvo al margen. Ya tenía suficientes problemas con el secreto que compartía con Helen, así que procuró pasar inadvertido, como por otra parte solía hacer. Además, se sentía todavía un poco flojo por lo del whisky y no tenía ganas de rebelarse contra nada.

Bernard era un arrastrado. Estaba de mal humor y en absoluto entusiasmado con la idea de construir una cabaña en medio del bosque con el frío que hacía y, peor aún, con sus colegas, aunque siempre acataba lo que proponía la jefa. En cuanto a Jim, aquello le hacía gracia; pues sí, qué tenía de malo construir una cabaña, podía ser incluso divertido.

Tras contemplar la escena Helen pensó que le habría resultado facilísimo contarle a la psicóloga de qué pie cojeaba cada uno, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, Rachel no había nacido ayer, seguro que lo veía por sí misma. Y quién sabe, a lo mejor resultaba que construir cabañas permitía de verdad hacer descubrimientos inesperados, a veces los psicólogos la dejaban a una patitiesa. En cualquier caso, nada de eso la concernía; a ella la habían contratado para cocinar. Tenía que ocuparse de su trabajo y Rachel, del suyo.

Como consecuencia de aquello tenía a Andrew sentado en la cocina dándole conversación, cuando lo que ella necesitaba era acabar de desplumar con tranquilidad al pavo real, quemar el plumón y extraer los perdigones de la carne. En lugar de eso, se puso a colocar decorativamente en un jarrón las plumas que se suponía que había encontrado en el bosque. Al salir de la tienda de Ryszard había metido el animal en una caja, debajo de las verduras. David lo había transportado hasta la cocina y ella lo había colgado en la despensa. Al pavo. Hasta el momento nadie lo había visto, y esperaba que nadie llegara a descubrirlo. Por si acaso, le había echado por encima un trapo que lo tapaba

casi del todo.

Cuando acabó de colocar las plumas comenzó a fregar la vajilla del desayuno deseando que Andrew recordara de pronto alguna tarea importante. Pero estaba claro que el banquero disfrutaba haciendo novillos. Como si fuera lo más lógico del mundo, empezó tranquilamente a secar la vajilla. Y aunque Helen agradeció su gesto, no solucionaba para nada su problema.

Ya en el bosque, Liz, David, Jim y Bernard comenzaron a buscar un lugar adecuado para la cabaña. En realidad no tenían ni idea de qué entendían por «adecuado», simplemente esperaban que algún sitio les llamara la atención. David, muy consciente de dónde se ocultaban los restos del pavo real, se esforzaba por apartar a los demás de allí sin que resultara muy evidente. No estaba teniendo mucho éxito, pues para su gusto siempre se quedaban demasiado cerca. Por un momento se planteó revelarles la situación del túmulo para que no recogieran aquellos palos y piedras, seguramente lo último que querían era toparse de nuevo con el cadáver. Pero después decidió que era mejor que no supieran dónde estaba el animal (o lo que quedaba de él). A esas horas, la mayor parte del pavo real se hallaba, o bien en el fondo de la caja de verduras, donde esperaba que nadie salvo Helen lo viera, o bien colgado en la despensa, donde esperaba que su aspecto resultara ya irreconocible. Por otro lado, rezaba para que Mervyn no se dedicara a escarbar por ahí, aunque desde el incidente lo llevaban siempre atado con la correa.

Pasado un buen rato, encontraron una pila alta de leña y Jim propuso usarla como pared, con lo cual solo necesitarían levantar tres más. O incluso solo dos, porque podían dejar un lado abierto a modo de puerta. Según las normas que Rachel les había impuesto, solo podían usar materiales recogidos en el bosque y que provinieran de él, por lo tanto quedaban descartados tablones que estuvieran por ahí tirados, láminas de plástico y otros desperdicios. De todos modos, aquel era un bosque privado, así que no había basura que pudieran utilizar. No les había dicho nada de los montones de leña, por lo que no estaban prohibidos. Cuando terminaran, todo el grupo junto debía caber dentro de la cabaña. No había límite de tiempo, pero como eran personas ambiciosas y resueltas, confiaban en terminar en pocas horas. ¡Faltaría más!

Jim les contó que siempre había querido construir un muro de piedra como los que se ven en todas partes por el campo, muchos de los cuales tenían cientos de años de antigüedad. Ya de niño le fascinaba que las piedras se mantuvieran firmes unas sobre otras sin aglomerante, pegamento, mortero o cualquier otro aglutinante. Le parecía realmente increíble que, tan solo gracias al peso de los bloques, los muros resultaran tan estables como para aguantar

durante siglos a la intemperie. Se alegraba mucho, anunció, de tener la oportunidad de construir uno.

Liz se mostró escéptica y opinó que sería muy agotador acarrear las piedras grandes, y las pequeñas resultarían demasiado ligeras para construir un muro en condiciones. No tenían tanto tiempo ni tanta fuerza, al fin y al cabo eran todos trabajadores sedentarios que no estaban acostumbrados al esfuerzo físico. Sería mejor reunir suficiente ramaje; no hacía ninguna falta que las paredes fueran estables, impermeables y que aguantaran cientos de años, después de todo no iban a vivir allí. Ella proponía más bien clavar en el suelo unos cuantos troncos y entrelazarles ramas y tallos más finos para crear las paredes, seguro que con eso avanzarían más deprisa que ir cargados con piedras. Bernard le dio la razón y David asintió con la cabeza mientras se encogía de hombros. Entonces Jim sugirió que él podía empezar un muro en uno de los lados de la cabaña mientras los demás creaban una pared de ramas en el otro lado y, si veían que él no avanzaba, siempre podían terminar la parte alta del muro con ramaje. Es que de verdad tenía muchas ganas de probar lo de las piedras. Pues esa era una buena idea, terció David. Lo más importante para él era que reinaran la armonía y el acuerdo, ya había tenido suficientes complicaciones por aquel día.

Y qué pasaba con las herramientas, inquirió Jim, ¿podían usar herramientas? Porque si la jefa quería clavar troncos, o aunque fueran ramas más finas, no lo iban a poder hacer con las manos: el suelo estaba casi congelado y no era precisamente blando. Ni idea, contestaron los demás, habría que preguntarle a Rachel; pero ¿alguien sabía si podían preguntarle a Rachel? Por favor, intervino Bernard, todos eran adultos y no estaban en el colegio, claro que podían preguntarle a Rachel, y también utilizar herramientas; aquello era ridículo. Además, la psicóloga había desaparecido alegando que quería dejarlos trabajar sin su supervisión continua. En consecuencia, ellos solitos podían tomar la decisión de no consultarle nada. La jefa consideró que Bernard tenía razón, ya era suficiente que tuvieran que construir una cabaña. Por enésima vez se preguntó cómo demonios se había dejado convencer de la idea absurda de organizar aquel fin de semana.

El único problema, hizo notar David, era que carecían de herramientas, a menos que alguien llevara alguna encima. Por otra parte, quizá deberían preguntar a los McIntosh si les parecía bien que construyeran una cabaña en su bosque, podía ser que no les hiciera ninguna gracia. En caso afirmativo, podrían pedirles algunas herramientas como palas, azadas, quizá un hacha...

Bueno, bueno, repuso Jim, ¿ni que quisieran talar el bosque! De todas formas, si David iba a hablar con los McIntosh, ¿podía por favor pedirles una carretilla? Así no tendría que cargar las piedras de una en una.

David no había previsto que le tocara esa tarea, pero, como siempre, se resignó. Además, seguro que a los otros les parecía lo más lógico, dado que ya lo creían familiarizado con la pala de los McIntosh.

Cuando regresó (con una carretilla, una pala cuadrada, una azada y el permiso oficial para la construcción de cabañas que la encantadora Aileen le había concedido en ausencia de los McIntosh, que estaban trabajando) los demás ya habían reunido bastantes ramas y piedras. Jim estaba de su buen humor habitual, la jefa de su mal humor habitual y Bernard danzaba de acá para allá haciéndoles la pelota a los dos como un escarabajo de la madera alrededor de una trampa de feromonas. A veces incluso él se daba cuenta de que se esforzaba demasiado, pero qué le iba a hacer, la verdad es que sí se esforzaba, cosa que no se podía decir de todo el mundo. Él quería hacer carrera, y para eso tenía que esforzarse y procurar que la jefa se fijara en lo que hacía. En los últimos tiempos había notado que le latía un poco más fuerte el corazón cuando estaba cerca de Liz, y eso intensificaba su inseguridad.

Rachel y Mervyn continuaban desaparecidos. David se preguntaba cómo pensaba la psicóloga evaluar su trabajo en equipo si no andaba por allí, aunque ese no era su problema. Su problema era el pavo real muerto y el engaño a todos los demás, especialmente a la jefa. En aquel momento la construcción de la cabaña le importaba tan poco como las dinámicas de grupo y los repartos de roles y tareas. Lo único que deseaba era que los días pasaran de una vez para poder volver a casa con su marido. Por desgracia, el fin de semana solo acababa de empezar.

Jim cogió la carretilla y se alejó en busca de piedras. Construiría un muro perpendicular a la pila de leña, en el lado derecho. La responsabilidad de la otra pared, en el lado opuesto a la leña, la asumió la jefa, cosa que sorprendió tan poco a los demás como a ella misma. La verdad, consideraba que sus empleados eran unos pringados, por decirlo suavemente. La única excepción era Andrew, que por desgracia había decidido boicotear la actividad. Muy listo. Bernard, el pequeño pelota, haría lo que ella dijera, y David... bueno, resultaba difícil de decir, era un tipo majo y nada tonto, pero muy inseguro, y

en ese momento se lo veía tenso. Quizá era aún demasiado joven para ser alguien. Y Jim era Jim, siempre de un buen humor irritante; parecía que tomara drogas. ¿Cómo conseguía no perder nunca la calma? ¿Cómo podía un hombre cercano a la sesentena y con la cabeza bien amueblada entusiasmarse así por un muro? No era normal. Por no hablar del abrigo viejo y de los zapatos infames que llevaba. Seguramente se trataba de una ropa muy adecuada para la ocasión, pero ¡vaya pintas! Al fin y al cabo, aquello era un viaje de trabajo.

Liz reunió unos cuantos palos y ramitas, las ramas más grandes dejó que las cargara Bernard. Su servilismo la sacaba de quicio, pero si en aquel momento quería hacerse el niño bueno, adelante, a ella le hacía un favor. Lo envió a buscar otras ramas, más finas si era tan amable, para poder entrelazarlas con las gruesas que había clavado en el suelo con ayuda de la pala. Sin embargo, aquel trabajo resultó más difícil de lo esperado; Liz se arañó las manos, se enfadó y maldijo el *team building* y a la psicóloga de pacotilla, a la que ni siquiera había elegido. A quien ella había contratado era a su antiguo compañero de estudios porque creyó que era el mejor, dado que la obligaban a organizar una cosa así. Se trataba de un tipo sensato, por encima de cualquier sospecha de esoterismo. Pero había enfermado en el último momento y Liz esperaba por su bien que estuviera indispuerto de verdad, y que ella no descubriera, pasado el tiempo, que se había quitado de en medio porque no quería trabajar con su equipo. La colega a la que había enviado en su lugar era simpática pero claramente tenía unas ideas muy raras. ¡Construir una cabaña! ¡Pero si eran banqueros! ¡Los banqueros no son castores! A pesar de todo, hubo de admitir que aquella tarea reafirmaba el hecho de que trabajaba mejor con la cabeza que con las manos, y en ese sentido no se había equivocado al elegir su profesión. Incluso aunque en ese momento su equipo la estuviera sacando de quicio. Había otra cosa que debía reconocer, y era que el bosque olía mucho mejor que el banco. Y seguro que olía mucho mejor que el *cottage* frente al que habían pasado y cuya entrada estaba llena de caca de ganso.

David se atrevió a señalar que, si se limitaban a clavar ramas en el suelo para levantar la pared, no podrían colocar un techo; Liz reconoció que tenía razón. Jim admitió que habría sido más inteligente levantar el muro de piedra en paralelo a la pila de leña, y no perpendicularmente, pero ya era demasiado tarde. La jefa decidió con cierto nerviosismo que el tema del tejado lo solucionarían después y que por el momento intentarían construir las paredes lo más sólidas posible. A David no le pareció muy sensato, pero se calló. Necesitaban pilares fuertes en las esquinas para que al final pudieran colocar

encima una rama gruesa que soportara un tejado que se apoyaría también en la pila de leña.

Cuando Bernard regresó con las ramas que le habían encargado, opinó que si hacían las paredes solo con ramas clavadas en el suelo no podrían sostener un tejado. No comprendió por qué la jefa lo interrumpió de malos modos para preguntarle si eso era todo lo que traía. David le susurró discretamente que habían dejado el tejado para después.

Ninguno se percató de que Rachel había regresado con Mervyn y llevaba un rato escuchando su conversación. En cuanto Bernard la vio, le preguntó cómo iba a evaluar la dinámica de grupo sin estar presente. Rachel se quedó muy sorprendida, pero enseguida respondió que lo importante no era que ella los evaluara, sino que ellos mismos descubrieran cómo funcionaba el grupo; la mejor forma de ponerlo de manifiesto consistía en cambiar el contexto de trabajo, es decir, que el mismo equipo llevara a cabo una actividad completamente distinta a la habitual. El objetivo era, continuó, hacerlos conscientes de lo que sucedía entre ellos. En realidad ella no influía en eso directamente, su papel se limitaba a acompañar el proceso. La jefa puso los ojos en blanco ante aquella explicación pedagógica e intentó controlar otro ataque de sudor.

Nadie se habría fijado tampoco en Aileen, que paseaba por el camino, divertida con el espectáculo que ofrecían los urbanitas, de no haber sido porque Britney y Albert se lanzaron hacia Mervyn meneando el rabo alegremente. Ni los perros ni Aileen comprendieron por qué este último iba atado. La joven ya había comprobado lo obediente que era, y el día anterior estaba suelto; el miedo a que se escapara no tenía razón de ser, el animalito le daba pena. A los banqueros, por su parte, les entró pánico al pensar que Albert o Britney acabaran encontrando el pavo real muerto dondequiera que David y Helen lo hubieran escondido, y respiraron aliviados cuando la joven se alejó con los perros. Aileen no vio la necesidad de quedarse allí intercambiando formalidades con unos banqueros que trataban tan mal a su perro y que no le gustaban nada.

En la mansión, Helen por fin había conseguido que Andrew se marchara al salón. Primero le propuso que saliera a dar un paseo, pero el banquero no quería encontrarse con los demás mientras construían la cabaña. Tendría que acabar participando de la actividad, y si podía ser totalmente sincero, eso era lo último que deseaba. Helen fue lo bastante inteligente para no darle demasiado la razón ni contradecirlo en exceso. Por lo tanto, el paseo no era una opción. Tras una hora de charla intrascendente y después de haberse tomado un café con él, al final le dijo que debía empezar a preparar la cena de ese día y el faisán del día siguiente, de modo que tenía que pedirle que se marchara. Sin embargo, él se ofreció a echarle una mano.

Era muy amable por su parte querer ayudar, le contestó ella con hipocresía, pero la superficie de trabajo era más bien escasa y se molestarían todo el rato. Esperaba que no se lo tomara a mal, pero se las arreglaría mejor sola; tardaría más en explicarle lo que tenía que hacer que en hacerlo ella misma. Él podía ir a sentarse tranquilamente en el salón y trabajar con el ordenador, o quizá encender un buen fuego; los demás se alegrarían de encontrar la sala caldeada cuando volvieran helados del bosque. Y así Andrew desapareció por fin, pero no se dirigió directamente al salón; antes salió de la casa para visitar el sitio desde el que podía acceder a internet. Helen consiguió acabar de desplumar el pavo real más o menos en paz, aunque con el temor continuo de que el banquero reapareciera para pedirle cualquier cosa, té, azúcar o lo que fuera. Para su alivio, pasado un tiempo comprobó que había encendido la chimenea y se había quedado dormido en el sofá. Sentía debilidad por los hombres dormidos, y en realidad no tenía nada en contra de Andrew... Pero nadie más debía saber que aquella ave no era un faisán sino un pavo real y, más concretamente, el pavo real. Ya era bastante malo que lo supiera David. Los demás debían creer que lo habían enterrado en el bosque y que iban a comer faisán al curri.

Sin embargo, Helen volvió a caer en la cuenta de que, aparte de ellos dos, había alguien más que sabía lo del pavo real muerto en el bosque: la persona que le había disparado. Quizá pensaba dejar que se pudriera allí y no lo echaría de menos, de lo contrario se lo habría llevado tras matarlo. Pero

aquello no resultaba muy plausible, porque ¿para qué iba a cazar un pavo real si no era para comérselo? No podía ser que lo hubiera confundido con un faisán o un urogallo, seguro que algo lo había interrumpido mientras cazaba furtivamente y se había visto obligado a abandonar allí el animal. ¿Quién haría una cosa así? ¿Aquel Ryszard? Después de estar en su tienda daba la impresión de ser un gourmet capaz de apreciar un manjar extraordinario, pero Helen dudaba mucho que hubiera matado sin motivo a un pavo real de sus empleadores. Ella no lo conocía de nada, pero lady McIntosh hablaba de él con cariño y se le había llenado la boca alabándolos a él y a su pequeño comercio. No, decididamente aquello no encajaba con la imagen que se había hecho del joven. Tampoco parecía probable que el matrimonio hubiera matado a su propio pavo real para abandonarlo después en el bosque. Y Aileen, con su brazo roto, también estaba descartada. Nada parecía tener sentido. Alguien debía ser el culpable, quizá un habitante del valle. Y desde luego en aquel valle no vivía mucha gente.

Los peones de la cuadrilla de construcción tenían ya las mejillas coloradas, incluida Rachel, que se quedó observando al grupo y a los diez minutos volvió a desaparecer. Durante ese rato todos fueron sorprendentemente amables con los demás. La joven se llevó a Mervyn, atado con la correa, y David se alegró porque así el perro no podría encontrar los restos del pavo real.

Quien sí encontró algo fue Jim. Al levantar unas cuantas piedras para cargarlas en la carretilla y llevarlas al muro, apareció un arma. Por un momento se asustó mucho, porque no se encuentran armas de fuego todos los días, pero después se le encendió la bombilla. Aquella no era una escopeta moderna. Era casi histórica, parecía una pieza de museo, y aunque no lo fuera, desde luego era muy vieja y seguro que no funcionaba. Llegó a la conclusión de que debía de ser otro de los juegucitos de la psicóloga. Era un procedimiento clásico: primero se asigna una tarea y luego se introducen elementos perturbadores, tal como le había contado alguien. Por ejemplo, los participantes tienen que cocinar algo para lo que han hecho antes la compra, y después se les retira un ingrediente fundamental para observar cómo reacciona el equipo. Aquello le parecía no solo una estupidez sino además verdadero juego sucio, y podía imaginarse perfectamente que formara parte de la actividad de construir la cabaña. Seguro que Rachel había escondido el arma durante su primer paseo para que uno de ellos la encontrara y así ver cómo reaccionaba el grupo ante el hallazgo. Jim se preguntó cómo había conseguido llevarla hasta allí sin que se dieran cuenta. ¿Debajo del abrigo? Podía ser, la joven llevaba mucha ropa. Pero ¿por qué un arma? ¿De dónde la había sacado? Miró a su alrededor para ver si Rachel lo estaba observando, pero no había nadie, ni la joven ni ninguno de sus compañeros. Así las cosas, puesto que tenía tan pocas ganas de tonterías como los demás y lo único que quería era construir su muro en paz, volvió a esconder el arma donde la había encontrado y no dijo ni una palabra a nadie. Siguió con su tarea como si nada hubiera pasado. Que Rachel regresara luego al bosque y recogiera su antigualla. Por un momento barajó la posibilidad de seguirla para darle un buen susto, pero no quería arriesgarse a que a la pobre chica le diera un infarto. En realidad, solo estaba haciendo su trabajo y a él no le había hecho

nada malo. Además era muy simpática. Entonces Jim se dio cuenta de que tenía hambre, debía mirar qué quedaba en las provisiones. Él mismo se había zampado ya la mayor parte...

Rachel sospechaba que la construcción de la cabaña no iba a resultar tan beneficiosa para los banqueros como había imaginado. Para empezar, uno de ellos se había negado a participar, lo que ya de entrada estropeaba el ambiente. Asimismo, el grupo tenía un reparto de roles muy marcado que no había cambiado en nada durante la actividad. El asunto no acababa de funcionar; los banqueros demostraron ser bastante inútiles a la hora de levantar paredes y el ánimo general seguía sin ser bueno, a pesar de que no eran mala gente. Pero claro, precisamente por eso estaba ella allí. Por desgracia, parecía evidente que la fuente principal del malestar era la jefa, lo cual complicaba la situación porque no iba a resultar tan fácil decirle a la cara que el problema era ella. Y el tal Bernard tampoco se le antojaba mucho mejor, pero pensó que de él sí sería capaz de ocuparse.

Hasta aquel momento casi siempre había trabajado con su jefe y había aprendido mucho de él. Ese grupo suponía un verdadero reto, pero decidió tomarlo por el lado positivo. Deseaba que al final todos estuvieran contentos con ella y que la recomendaran. No obstante, para ser sincera, estaba algo nerviosa. Además tenía frío, había empezado a nevar y pronto oscurecería. Regresó con Mervyn a la cabaña y se encontró con que todos querían regresar a la casa.

Estaban cargando las palas y las azadas en la carretilla, a punto de ponerse en marcha, cuando apareció el lord acompañado de Britney y Albert para interesarse por el proyecto. Los perros habían paseado ya con Aileen, pero Hamish había oído hablar de la cabaña al volver de la universidad y no quería perderse la imagen de los banqueros en pleno trabajo físico. Por otra parte, también necesitaba asegurarse de que no habían encontrado el pavo real o la escopeta.

Se notaba que a la directora del departamento de inversiones le resultaba desagradable hablar de la construcción de la cabaña. Jim, por el contrario, le enseñó al lord su muro, muy orgulloso; quizá no resultaba especialmente imponente, dijo, pero sentía en cada hueso el trabajo que le había costado. El anfitrión asintió debidamente impresionado, lo felicitó y quiso saber si aquel era el primer muro que construía. Jim contestó que así era, antes solo había leído acerca del tema, sobre el principio del doble muro, en el que las dos

partes se apoyan una en la otra para conseguir una estabilidad sorprendente. También había leído que un buen operario era capaz de construir unos dos metros al día, pero claro, él no era operario y no lo había hecho nunca, por eso había decidido construir un muro simple, y ya solo encontrar las piedras adecuadas le había parecido bastante difícil. El lord aprovechó la ocasión para comentar que en los muros dobles era necesario insertar una piedra de unión cada tantos centímetros para garantizar una mayor estabilidad, pero las damas les hicieron señas para que se movieran antes de que pudieran sumergirse en la jerga especializada. Nevaba con más fuerza y, puesto que habían dejado de trabajar y estaban parados charlando, a todos les había entrado mucho frío y se morían por una taza de té bien caliente.

Hamish se quedó tranquilo. Cuando Aileen le contó que los banqueros habían salido al bosque se llevó un buen susto, aunque luego pensó que la finca era lo bastante grande para que no fueran a dar justamente con el pavo real ni con la escopeta. Si hubiesen encontrado una cosa u otra se lo habrían contado seguro, en lugar de teorizar sobre la construcción de muros de piedra seca. Además, observó que la cabaña se encontraba bastante alejada del sitio en el que había escondido el pavo real, aunque no tan lejos como le habría gustado. Aun así, parecía evidente que todo había salido bien. En cuanto a la cabaña, se dijo el lord, en fin... qué se podía esperar de unos urbanitas que encima eran oficinistas. Se tragó la burla que tenía en la punta de la lengua y todos juntos se pusieron en camino. En realidad, admitió para sus adentros, también él era un tipo sedentario y más bien torpe para las cuestiones prácticas. Y que aquel banquero se interesara por los muros de piedra le parecía encantador. Aunque a él personalmente le interesaban más los incunables.

El lord se detuvo en un claro desde el que había una vista grandiosa. En dirección norte se veía todo el valle y después las Highlands, que llevaban ya algunos días cubiertas de nieve. El paisaje era espectacular, Hamish nunca se cansaba de admirarlo. Sacó unos prismáticos que pasó al grupo y les preguntó si veían unos puntitos oscuros que bajaban por las faldas de los montes. Eran animales, corzos y ciervos, cientos o incluso miles de ellos. Que bajaran en semejante número, les explicó, quería decir que iban a tener nieve. Mucha nieve, venida de las montañas del norte. Normalmente aquello solía ocurrir en enero como muy pronto, no recordaba que los animales hubieran descendido nunca en noviembre; pero aquello era un indicador fiable de que habría grandes cantidades de nieve. Esperaba que no se lo tomaran a mal, de ninguna

manera quería librarse del grupo ni nada parecido, pero quizá deberían plantearse partir un poco antes, por ejemplo a la mañana siguiente, porque no podía garantizarles que el domingo consiguieran salir del valle. Nunca se sabía cuánto podía tardar en aparecer la quitanieves para limpiar la carretera. Ryszard se ocupaba de los pocos kilómetros de carretera privada que llevaba hasta el pueblo, pero para el resto había que esperar a las máquinas. Los informó de que su esposa estaba comprobando las provisiones porque era muy probable que se quedaran varios días aislados.

Helen preparó té para todos. Enseguida notó que reinaba la agitación entre los banqueros, a consecuencia de que el lord les había contado lo de la nieve. Su primer pensamiento cuando el anfitrión comentó que podían quedarse aislados fue que el pavo real reposaría un poco más, y eso le iría muy bien a la carne. Aunque, claro, tendría que conseguir esconderlo por más tiempo de los ojos de los demás, cosa que podía resultar difícil. Pero esa demora le vendría de maravilla a la carne, eso era lo importante. Otra cuestión era cómo de bien les sentaría a los banqueros pasar más tiempo juntos.

A la directora le habría encantado hacer la maleta en ese mismo instante y marcharse a casa. No era así como se había imaginado el *team building* cuando lo contrató; de hecho no se había imaginado nada, más allá de que le habría gustado que su amigo le hubiera dejado las cosas claras a la psicóloga. En realidad ella no tenía nada que ver con el equipo, era la jefa. Pero allí estaba, dibujando barquitos y construyendo cabañas mientras Mervyn mataba animales de desconocidos. No, nada estaba saliendo bien; se sentía extrañamente desanimada y solo quería regresar a casa. Pero como eso no podía ser y como tampoco se daba por vencida con facilidad, se convenció de que la situación no era tan mala y de que no había ninguna razón para marcharse. En su interior, sin embargo, recordó que el lunes se celebraría una reunión muy importante en el banco. Si se quedaban aislados tendrían un problema.

También David quería marcharse porque tenía mala conciencia y miedo a ser descubierto, pero secundó las palabras de la jefa. El lunes era el cumpleaños de su marido y hacía meses que había pedido el día libre. Habían planeado un viaje a Cambridge, donde se habían conocido; primero disfrutarían de una comida para dos y pasearían por la ciudad, y por la tarde quedarían con viejos amigos y luego irían al teatro. Llevaban semanas pensando en la escapada.

En la cabeza de Bernard surgió de pronto la fantasía de mandar a todo el mundo a casa y quedarse aislado con la jefa. Nadie lo esperaba y, por lo que él sabía, a ella tampoco. De modo que se mostró de acuerdo en que la nevada no sería tan grave.

Andrew quería volver con su mujer y sus hijos, pero no dijo nada y se esforzó por no poner los ojos en blanco.

A Jim todo le parecía bien; afirmó que la nieve no le daba ningún miedo y que aquel sitio le gustaba mucho, aunque tampoco se oponía a regresar. Pero esa ya no era una opción. Por ese motivo, Rachel y Helen no se pronunciaron a pesar de que ambas pensaban que el lord no los habría advertido sin un buen motivo.

Aunque se notaba tensión en el ambiente, todos mostraron buena voluntad. Se tranquilizaron unos a otros insistiendo en que se estaba creando un estado de alarma innecesario y en que no podía ser tan grave, estaban en noviembre y sus coches no eran precisamente unas carracas; además, la situación en las carreteras no solía ser tan mala. Nadie quería quedar como un cobardica. De manera que seguirían adelante con el fin de semana y se marcharían a casa el día previsto. Solo Andrew objetó que el lord llevaba mucho tiempo viviendo allí y que seguramente sabía bien lo que decía, a lo mejor era sensato prestarle atención. La migración de ciervos que habían presenciado era impresionante, continuó, y él no tenía ganas de quedarse allí más de lo necesario. Helen le dio la razón. En el acto, la jefa replicó que el tema estaba zanjado: habían organizado aquel fin de semana por muy buenas razones y se quedarían para terminarlo, así que ya podían irse olvidando de volver antes a casa. Tampoco hacía tanto frío, la nieve se derretiría enseguida. Liz se quedó algo sorprendida por su propia vehemencia. Muy posiblemente, a su enfado contribuía el hecho de que Andrew se hubiera negado a participar en la construcción de la cabaña y ahora tuviera razón otra vez. Era un tipo listo que no se dejaba doblegar, y eso le infundía respeto.

Para cenar había verduras de varias clases, tal como les explicó Helen a los banqueros: preparadas al wok con leche de coco al estilo chino, en ensalada tailandesa con salsa de cacahuete, y salteadas con miso japonés, que podían acompañarse, o bien de fideos finos de trigo sarraceno, o bien de arroz al vapor. Incluso había llevado palillos para todos. Las verduras estaban crujientes, los condimentos eran variados y perfectos y, exceptuando a Bernard, que se preparó un montón de tostadas, todos comieron con gran

apetito. El banquero estaba de un humor infernal; tras aquella jornada de trabajo en el bosque lo que le apetecía era un buen filete acompañado de hidratos de carbono, y no aquella mezcolanza de verduras. Era un banquero, no un conejo. Mientras negaba con la cabeza abrió una lata de Irn-Bru. Helen continuó comiendo con los demás sin inmutarse, no le parecía que fuera su deber recabar el beneplácito de todos para sus menús ni satisfacer deseos especiales. A su llegada a la mansión les había pedido que la informaran de si eran vegetarianos, veganos, o si padecían alguna intolerancia alimentaria. Consideraba que con eso había cumplido con su deber. El hecho de que nadie fuera vegetariano no significaba que tuvieran que comer carne todos los días. Si ninguno de los tres platos completamente distintos era del gusto del señorito, tendría que aguantarse con las tostadas.

La cocinera se interesó por la cabaña, sentía curiosidad por saber cómo había ido la experiencia. Jim había construido él solo un muro de piedra, o al menos lo había empezado. Se le veía contento, como siempre; estaba claro que se lo había pasado bien y, como él mismo afirmó, también había aprendido unas cuantas cosas sobre estabilidad. Los demás habían levantado una pared de ramas, pero antes de colocar el tejado habían vuelto a la casa porque empezó a nevar y caía la noche y todos tenían hambre y frío y, bueno, en realidad no tenían ni idea de cómo hacer el tejado. La jefa intervino para decir que ella era banquera, no arquitecta, que se le daban mejor los cálculos que el bricolaje y que Andrew tenía toda la razón: aquello eran juegucitos de párvulos. Aunque faltara el tejado, consideraba que ella había cumplido con su obligación. Rachel, sin embargo, no opinaba igual y anunció que esperarían a ver cómo evolucionaba el tiempo para decidir si terminaban de construir la cabaña. Liz no se esperaba la autoridad que de repente desprendía la joven, quien también se dio cuenta y se quedó sorprendidísima de sí misma.

A Helen le costaba imaginar que la jefa hubiera sido de gran ayuda. Más bien sospechaba que se habría limitado a dar órdenes y a corregir a todo el mundo sin colaborar en hacer nada práctico. Y no se equivocaba.

Andrew no podía creer que se hubieran empeñado en levantar paredes verticales para cubrirlas luego con un techo. Por qué demonios no habían hecho paredes inclinadas, preguntó, todo habría sido mucho más fácil. Si hubieran construido algo tipo tienda de campaña se habrían ahorrado el problema del tejado. Podrían haber buscado un árbol de grandes ramas bajas y haber usado una como viga central, en la que podrían haber apoyado las de las paredes. Liz bufó y dijo que eso era lo último que le faltaba: primero no

participaba y ahora venía dándoles lecciones. En realidad se avergonzaba de que la idea no se le hubiera ocurrido a ella porque, otra vez, Andrew tenía razón. Jim asumió toda la responsabilidad; como explicó, había insistido en hacer su muro, y un muro así solo podía ser vertical, de manera que a nadie se le había podido ocurrir lo de las paredes inclinadas.

Bernard refunfuñó que le habían salido callos en las manos, no estaba acostumbrado a arrastrar ramas gruesas por el bosque ni a cavar agujeros con la azada, al fin y al cabo no era un peón; luego preguntó a las señoras si por un casual tenían crema de manos. David guardó silencio todo el rato, se había encerrado en sí mismo. Helen no sabía decir si se debía al frío, a la cabaña o a la historia con el pavo real. O simplemente a que él era así.

La cocinera pensó que las mejillas coloradas y el aire fresco le sentaban al grupo de maravilla y que si no fuera porque todos, a excepción de Jim, estaban de bastante mal humor, se podría considerar que el día había supuesto un cambio muy saludable.

Rachel aprovechó la conversación para pedirles que, terminada la cena, se reunieran en el salón para evaluar la actividad, comentar el trabajo en equipo y los distintos roles que habían adoptado dentro del grupo. Durante la sesión se mencionó que Jim había ido básicamente a lo suyo y había hecho su labor bien y con entusiasmo. Era cierto que había trabajado solo, apartado de los otros, pero en aras del bien común. Después se comentó que David y Bernard se habían limitado a cumplir las órdenes de la directora, que había evitado cualquier esfuerzo físico. Nada de todo aquello era una novedad. Andrew murmuró que menuda sorpresa y cosechó una mirada fulminante de la jefa. Todos se esforzaron en formular aquellas obviedades con gran cautela y discreción.

David envidiaba a Jim por su independencia y por la tranquilidad de espíritu con que se tomaba los malos humos de la jefa. El joven se daba perfecta cuenta de que Liz respetaba a Jim precisamente por eso, pero él no era capaz de comportarse de la misma manera. Seguía obedeciendo sin rechistar, aunque sabía que eso no era bueno. No mencionó nada, por supuesto, sino que se limitó a seguir deseando ser tan íntegro como el veterano banquero. Liz enseguida se puso a la defensiva cuando argumentó que en absoluto se las había dado de jefa; el asunto consistía en que ella era la única mujer y a la hora de la verdad los hombres tenían más fuerza y más conexión con la naturaleza, que todo se reducía a un tema de capacidad femenina y

masculina: David y Bernard simplemente se habían comportado como los *gentlemen* bien educados que eran. Aun añadió que ella no estaba acostumbrada a trabajar en el bosque y que se podía haber hecho mucho daño, algunas ramas tenían espinas y, bueno, además de todo eso, estaba muerta de frío. Avergonzados, David y Rachel no respondieron nada, pero Bernard enseguida defendió a la jefa: no había que permitir que una dama hiciera un trabajo así, por eso se había mostrado encantado de cargar él con las ramas. Liz consiguió contenerse y no poner los ojos en blanco. Jim, por su parte, carraspeó y afirmó que, sinceramente, Liz había dejado muy claro quién era la jefa, como si los demás pudieran olvidarlo. No había sido solo una cuestión de capacidad física. La directora, a todas luces irritada, pidió que por favor volvieran a concentrarse en el nivel teórico del asunto, pues lo verdaderamente importante era su comportamiento en el banco, donde en efecto ella era la jefa; tenía entendido que el objetivo de construir la cabaña no consistía en absoluto en cambiar esa realidad. No pudo resistirse a añadir que para que se diera una situación de mangoneo hacían falta siempre dos personas, una que mangoneara y otra que se dejara mangonear. Bernard se apresuró a aclarar que no se había sentido mangoneado, mientras que Jim puntualizó que allí nadie había hablado de mangonear. David sacó en silencio sus propias conclusiones y Rachel comprendió —por desgracia, en sus propias carnes— por qué durante la carrera le habían insistido tanto en que las actividades de *team building* nunca debían realizarse en presencia de un superior, sino con personas de la misma categoría laboral. En realidad ella ya lo sabía, y otro que lo sabía de sobra era su jefe, cuya supuesta enfermedad cada vez se creía menos. Su jefe conocía personalmente a la directora y por eso le había endosado a ella aquel trabajo. Y ella había querido ponerse a prueba. ¡Qué ilusa! Ahora se daba cuenta. Pero no le quedaba otra opción que llegar hasta el final; iba a conseguirlo y a darle en las narices a su jefe. Así pues, antes de que la discusión empeorara, solicitó a los banqueros que resumieran en una frase lo que habían aprendido de sí mismos aquel día. Todos pusieron los ojos en blanco. Bernard enseguida pidió la palabra y dijo que había aprendido que no resultaba tan fácil salirse del rol aprendido, que en Escocia hacía un frío del demonio y que lo suyo no era el trabajo en el bosque. Liz se limitó a decir que aquellos juegucitos no eran para ella y continuó de morros. Andrew, que había guardado silencio, se sintió reafirmado en su decisión y se alegró de haberse quedado en la casa. Jim dijo que seguramente su descubrimiento no suponía nada nuevo, pero que aquel día

le había confirmado que uno debía escuchar su corazón y permanecer fiel a su pasión incluso trabajando en grupo, porque al final no solo era lo mejor para uno mismo, sino también para los demás. David se armó de valor y en un susurro afirmó haber aprendido que, metafóricamente hablando, quizá debía empezar a buscar su propio muro. Aquellas dos últimas intervenciones lograron que Rachel no se viniera abajo del todo, esperaba que al menos la jefa y Andrew tuvieran algo en lo que pensar. Por su parte, Bernard no solía reflexionar mucho y, si lo hacía, era para intentar conseguir el favor de la directora. Su único objetivo consistía en ascender y desde luego dudaba mucho que aquella psicóloga de pacotilla o el chamizo ruinoso que habían construido pudieran resultarle útiles. Pero negarse a participar, como había hecho Andrew, no era la solución. Y no solo por las posibilidades de ascender.

Después, uno tras otro, se ausentaron del salón. Ninguno de los hombres lo habría confesado jamás, pero primero fueron a encender las mantas eléctricas de sus camas y solo después pasaron por la cocina, de donde volvieron con sus bebidas de costumbre: Jim con cerveza, Andrew con sidra y David con vino tinto; la jefa siguió con el té y Bernard con el Irn-Bru, lo que le granjeó las bromas de los demás, que quisieron saber si no sentía ya las tripas pegajosas. Andrew fue el único que preguntó si a alguien le apetecía algo.

Jim echó un buen tronco a la chimenea y cogió su guitarra, que había llevado para hacer rabiar a la jefa. Efectivamente, esta se preguntó qué demonios pretendía cantar. ¿Canciones de amor al amor de la lumbre? ¿*Take me home, country roads*? No era para nada el lugar adecuado, aquello era un viaje de trabajo. Aguantar el *team building* tenía un pase, pero cantar en grupo resultaba ya demasiado.

Tan solo un cuarto de hora después había cambiado completamente de opinión. Jim entonó canciones de balleneros y naufragios, de amores imposibles y posibles, de asesinato y de suicidio y una, especialmente conmovedora, sobre un tallista de mascarones de proa con una pasión y un orgullo por su profesión como Liz no había sentido en los últimos tiempos. A veces deseaba sentir esa pasión por su trabajo aunque, en su campo, la objetividad y la cabeza fría eran fundamentales. «I will carve the music of the wind into the wood», «tallaré la música del viento en la madera». Aquello sonaba muy bonito, pero era poco aplicable a un banco. No obstante, quedó patente que Jim cultivaba muchas pasiones y eso no interfería en su actividad laboral. Antes al contrario, aquel día había hecho una contribución muy

notable con su muro y, ahora, encima resultaba que cantaba de maravilla...

Cuando Jim dejó la guitarra, todos se fueron a la cama en procesión. Bernard salió a pasear un rato. Hacía frío, seguía nevando y no pretendía ir a ningún sitio en concreto, solo quería un poco de aire libre. A veces necesitaba tomar el aire.

Entonces alguien emergió del bosque. En un movimiento reflejo, Bernard se pegó a la pared de la casa y se refugió en las sombras, donde seguramente no podrían descubrirlo. Al principio solo vislumbró una silueta, pero, poco a poco, fue capaz de distinguir al lord. Llevaba una escopeta al hombro. Aquellos escoceses tenían costumbres realmente extrañas... ¿Qué estaría cazando de noche? ¿Los ciervos y los corzos venidos de las montañas? Lo dudaba. Por otra parte, el anfitrión no llevaba nada más que la escopeta, parecía evidente que no había abatido ninguna pieza. Entonces se le ocurrió la posibilidad de que hubiera zorros acechando a los pavos reales o al ganso. Más aún en temporada de nieve, cuando los conejos se ocultaban en sus madrigueras y apenas salían. Los zorros eran animales nocturnos, ¿no? ¿O hibernaban? No lo sabía, y en realidad le daba igual. Solo esperaba que dejara de nevar para poder irse a casa el domingo, tal como habían planeado. Seguro que el lord tenía una buena razón para salir del bosque en medio de la noche con un arma colgada al hombro. Para eso era su bosque.

Cuando el anfitrión entró en la casa, Andrew salió. ¿Qué se le había perdido allí fuera? Hacía mucho que no fumaba. Se acercó a él para preguntárselo y su colega contestó que quería mandarle un correo electrónico a su esposa. Mientras todos estaban construyendo la cabaña, explicó, él se había encontrado en la puerta con la asistenta de los McIntosh, quien le había confirmado que no había cobertura de móvil, pero le había dicho que podía usar el wifi abierto de la casa. La señal no llegaba al ala oeste, tendría que salir y situarse cerca del estudio de lady McIntosh.

Bernard no le preguntó por qué necesitaba escribir a su esposa. Seguramente quería desearle buenas noches o cualquier otra banalidad por el estilo. Unas semanas atrás había tenido ocasión de oír una conversación telefónica entre ellos. Aunque lo pillaba en un mal momento, Andrew se alegró de la llamada y charló de forma relajada, riéndose y siendo increíblemente amable. A Bernard le pareció que casi flirteaba con ella, y eso que llevaban juntos más de veinte años y tenían hijos adolescentes. El banquero puso los ojos en blanco, vaya par de tortolitos, después de tanto

tiempo aquello era ridículo. Aunque si hubiera pasado menos tiempo tampoco le habría parecido mejor.

Pero en realidad la escena le dio que pensar. Lo cierto era que Andrew no se había portado para nada como un tortolito, no era de esos tipos. Solo había hablado con su esposa amablemente, con sencillez y sin irritación alguna, y se había alegrado de que lo llamara aunque se trataba de algo cotidiano, de temas domésticos relacionados con sus hijos. En el trabajo estaba mucho más tenso y no era una persona efusiva en exceso. Pero con su mujer se le veía distinto, relajado y despreocupado. Al final Bernard tuvo que reconocer que hacía mucho que no hablaba con su novia con tanta cordialidad; antes al contrario, solía estar continuamente nervioso e irritado. Como ella con él. Él se sentía menospreciado y ella, ninguneada. Cuando se llamaban por teléfono siempre era con agobio y con reproches, ya fueran directos o indirectos, o como mínimo con la sensación de que estos aparecerían en cualquier momento. ¿La quería? Era difícil de decir. En realidad, no. Ya no.

Hacía poco que Bernard se había separado de su novia y se había ido de casa. Por supuesto, aquello se comentó en el banco, pero nadie se enteró de que el detonante había sido la llamada de Andrew y su esposa. ¿Cómo iban a saberlo? Nadie le había preguntado. Y, como es lógico, él tampoco lo había contado, no era de su incumbencia.

El banquero intuía que quizá debería estar agradecido a su compañero, pero en lugar de eso le guardaba rencor. Andrew tenía la culpa de que se hubiera separado de su novia, Andrew tenía la culpa de que se hubiera planteado qué podía esperar de una relación como si fuera un adolescente, Andrew tenía la culpa de que estuviera solo. Y, en fin, cómo era posible que aquel tipo tuviera una esposa tan estupenda y que, aun después de tantos años, la siguiera encontrando estupenda, y ella a él. Aquello no era normal.

Bernard se fue a su habitación y apenas habló con David, que estaba leyendo en la litera de abajo. Se encaramó de mal humor a la de arriba, casi sin acordarse ya del lord y de la escopeta. Sentía envidia y celos de Andrew y se alegró mucho de no compartir habitación con él.

En la cama de las dos señoras se habló aquella noche mucho más que la anterior.

Estuvo nevando toda la noche. Por la mañana, Liz descorrió las cortinas y se llevó un susto espantoso. En el alféizar, pegada al cristal, distinguió una sombra enorme y de color marrón grisáceo. Aquella sombra se llevó un susto tan grande como el suyo; sobresaltada, soltó un fuerte chillido y desapareció precipitándose al vacío. La jefa necesitó unos momentos antes de darse cuenta de que se trataba de una pava, y también para comprender que seguramente cerca del cristal hacía más calor que ahí fuera... aunque a ella le parecía que la habitación estaba congelada. Había escarcha en la ventana, por eso no había reconocido enseguida a la señora pava. La escarcha era preciosa, como una bella filigrana. Descorrió del todo las cortinas y la gruesa capa de nieve que entrevió más allá de la escarcha la mandó inmediatamente de vuelta a la cama.

Liz nunca había soportado los pájaros. Le daban asco, olían mal, revoloteaban por todas partes, portaban plagas y, sobre todo, eran imprevisibles y estúpidos. Nunca había soportado la estupidez. Ni la estupidez ni los pájaros. ¿Qué diantres les pasaba en ese lugar? Nada más llegar ocurrió lo del ganso y sus excrementos, y aquella bestia agresiva la atacaba cada vez que ponía los pies fuera de la casa. Por si eso no fuera bastante, también estaban los pavos reales: primero le cayó uno en la cabeza, después Mervyn mató a otro, y ahora se encontraba uno subido a la ventana... Aquello no era normal, la iban a volver paranoica. Bichos de mierda.

Al poco rato se recompuso. Aquello era ridículo, los animales no tenían la culpa. El ganso era simplemente así, ya lo habían visto varias veces: se acercaba graznando y con la cabeza erguida, pero en cuanto Jim le daba la réplica, remedándolo con gracia, desaparecía graznando bajito. No pasaba nada, aquel ganso tonto era solo eso, un ganso tonto. El caso de Mervyn era distinto; Liz se negaba a pensar que fuera estúpido y no se explicaba qué lo llevó a matar a aquel pavo real, pudo haber sido el instinto cazador. Nunca había hecho nada parecido, pero claro, vivían en la ciudad y jamás había visto un pavo real. Si lo pensaba bien, en realidad nunca había visto aves de ese tamaño, quizá era normal que se descontrolara un poco. En cuanto a la pava, la pobre estaba helada, no se lo podía tener en cuenta, hacía un frío espantoso

incluso dentro de la casa.

La nieve de fuera era una maravilla. Desde su ventana, Liz disfrutaba de una vista fantástica del valle. Aún nevaba y el sol no había salido del todo, por lo que a través de la escarcha solo veía los remolinos de copos ante las extensiones blancas. Pero cuando dejara de nevar y saliera el sol, aquel blanco refulgiría. ¿Tendrían los McIntosh esquís de fondo que pudieran prestarles? Sería mucho más divertido que seguir con la estúpida cabaña.

Aunque tal como estaban las cosas era evidente que no podrían continuar con la construcción. En cuanto cesara de nevar, Liz quería salir a toda costa y dar un buen paseo por la nieve. Adoraba la nieve. La tranquilizaba verlo todo cubierto por aquella capa blanca y limpia que hacía que el mundo pareciera nuevo.

Mervyn estaba junto a la cama meneando la cola. También quería salir; a decir verdad, siempre quería salir, especialmente nada más despertarse. En ese momento Liz notó que se había resfriado; le dolían la garganta y la cabeza y tenía la nariz tapada. Ojalá solo sea la alergia al polvo, pensó, pero sospechaba que se había acatarrado el día que llegaron, cuando salió a pasear sudando y luego se quedó helada en la ducha. Construir la cabaña tampoco había ayudado, lógicamente se acaloró durante el trabajo y luego se congeló mientras estaban parados charlando. Pero seguro que no era grave, Liz era fuerte y estaba convencida de que un corto paseo al aire libre la ayudaría a librarse del catarro. Se propuso no realizar esfuerzos para no sudar tanto, no alterarse y no dejar que Bernard la sacara de quicio. Si por ella fuera, preferiría pasar más tiempo con Andrew.

En la habitación de al lado, Bernard se despertó en la litera de arriba y notó que necesitaba ir al baño. Le habría gustado vestirse porque la idea de encontrarse a la jefa por el pasillo en pijama le parecía terrible. Y verla a ella en camisón sería aún peor. No, definitivamente nadie debería encontrarse a su jefa en camisón; aun así, necesitaba ir al baño con urgencia. Pero primero tenía que bajar de la cama, actividad que le había resultado bastante difícil el día anterior. Por suerte parecía que David seguía dormido. Bernard intentó bajar la escalerilla de cara, pero no se agarró bien, pisó en vacío, intentó sin éxito aferrarse a la litera y cayó gritando y con gran estrépito al suelo, que resultó estar sorprendentemente lejos. Cuando a duras penas logró incorporarse, se encontró a David sentado en la litera de abajo muy asustado y a la jefa en pijama frente a la puerta; oyó a la cocinera correr por el pasillo y a

Jim saltar de la cama en la habitación de al lado. Mervyn se le acercó e intentó lamerle la cara, pero consiguió evitarlo. La directora le preguntó si estaba bien y solo en ese momento Bernard se dio cuenta de que no estaba para nada bien, le dolía muchísimo la rodilla. Cuando intentó ponerse en pie se le saltaron las lágrimas. Qué vergüenza. Tirado en el suelo en pijama, delante de la jefa e incapaz de levantarse porque se había precipitado desde la litera... No se podía caer más bajo. Por un momento se preguntó si se habría reído si aquello le hubiera sucedido a otra persona, pero en su situación no lo encontraba nada divertido, sino doloroso y humillante. Mi rodilla, gimió, y consiguió alzarse hasta el borde de la cama de David, donde jamás se habría sentado voluntariamente. Desde luego no con David dentro. Sin que nadie se lo pidiera, Helen se agachó delante de él, le remangó la pernera del pijama y examinó la rodilla. Estira la pierna, bien, y ahora dóblala. Dijo aquello con tanta seguridad y familiaridad como si no se dedicara a otra cosa en la vida que a revisar rodillas masculinas magulladas. Una articulación quizá no muy distinta de algunos trozos de animal listos para cocinar... Bernard estiró y dobló la pierna todo lo que pudo; le dolía una barbaridad, pero parecía que era capaz de hacerlo, al menos un poco, sin que la rodilla crujiera ni chascara. Helen recomendó dejarla en reposo y aplicarle frío; por el momento no se podía hacer más ya que, según tenía entendido, el médico más cercano se encontraba a varios kilómetros de distancia, y ahí fuera había toneladas de nieve. El hombre palideció aún más. La jefa se retiró al baño. David se ofreció a ayudar a Bernard a vestirse y este se estremeció. No quería que David lo ayudara, pero comprendió que no se las arreglaría solo y que no podía pedírselo a la psicóloga. Y menos aún a la jefa. Pero, antes que nada, necesitaba ir urgentemente al baño.

Cuando Mervyn y su ama regresaron de su paseo matutino olía a café, a té e incluso a panecillos recién horneados, y Liz estaba indudablemente resfriada. Además, se le había estropeado un poco el humor. Disfrutó mucho el espectáculo de la nieve, pero la capa era muy gruesa y no llevaba el calzado adecuado. Lógicamente, allí nadie se encargaba de apartarla y se le había colado por la parte de arriba de las botas. Estaba claro que la nieve en el campo y la nieve en Londres eran dos cosas muy distintas. Por eso no había ido muy lejos, sino que se había limitado a dar una vuelta a la mansión. Fue entonces cuando descubrió los daños de su coche. Parecía como si hubiera golpeado algo con un lateral, pero no recordaba haber notado nada durante el

viaje. Enseguida vio unas cuantas abolladuras y pintura saltada en el guardabarros trasero izquierdo. No podía entender cómo había sucedido aquello sin que se diera cuenta. No había movido el coche desde que habían llegado, tenía que haber pasado por el camino. Pero entonces ¿por qué no se percató al sacar el equipaje? ¿Se les ocurría alguna explicación?, preguntó al grupo, mirando a los hombres con tal severidad que todos se sintieron como si los hubieran pillado *in fraganti*. Como si fueran culpables de vandalizar el coche de la jefa. Por supuesto no lo eran, aunque a más de uno le habría gustado hacer algo por el estilo. Todos menos Bernard y Helen salieron de la casa para ver los daños y permanecieron en círculo alrededor del vehículo, quietos y desconcertados. Nadie se explicaba qué podía haber sucedido.

A excepción de Rachel. Ella recordó inmediatamente el pavo real que se había lanzado sobre el papel de seda azul, y se preguntó si un animal así sería capaz de atacar también un coche, aunque fuera mucho más grande que él. Sin embargo, no expresó sus sospechas, le parecían demasiado disparatadas e intuyó que la jefa se reiría de ella. Pero a partir de entonces procuraría no quitarles ojo a los pavos reales, su abrigo era azul brillante y más le valdría andarse con cuidado. Por si acaso, no saldría sola con ese abrigo. Cuando volvía a la casa pisó el mono muerto, que estaba oculto bajo la nieve. Qué asco de cosa...

Hamish y Fiona McIntosh contemplaban al grupo a una distancia prudencial desde una de las ventanas de la planta superior, procurando no moverse para no captar su atención. Así que los banqueros ya habían descubierto el desaguisado ocasionado por el pavo real. ¿Les preguntarían a ellos si sabían algo del asunto? Probablemente no. Eso esperaban. Seguía nevando, las ruedas de los coches estaban ya hundidas hasta la mitad en la nieve y los banqueros se refugiaron en la casa. Si con el paso de las horas la nieve no se derretía, sería imposible que se marcharan al día siguiente. Y eso no parecía probable, como tampoco que cesara de nevar.

Bernard tuvo que desayunar sentado de lado, con la pierna en alto. Mientras observaba los torbellinos de copos farfulló que debían haber hecho caso al lord y haberse marchado a casa; al final iban a terminar aislados y congelados en aquella ruina medieval. ¿Acaso no tenía una manta eléctrica en la cama?, le preguntó Helen, que recibió una mirada asesina y se fue a prepararle una bolsa

de hielo. En la chimenea chisporroteaba el fuego y el olor de los panecillos caldeaba el ambiente, en realidad la jefa no veía motivos para quejarse más allá de su dolor de cabeza y del estropicio de su coche; aconsejó a Bernard que hiciera el favor de tomarse una buena taza de té y de ponerse un jersey grueso, al fin y al cabo no estaban en el banco. El resto del grupo se esforzó por facilitar el desayuno a los dos enfermos y por tratarlos con amabilidad.

Después del desayuno seguía nevando; de hecho, parecía que los copos caían con más intensidad y eran más grandes. Era impensable continuar con la cabaña, de modo que el día transcurrió entre el rotafolio y la pizarra de corcho, con pegatinas en forma de bocadillo y puntitos de colores adhesivos, *statements* espontáneos, tormentas de ideas, trabajo en parejas y momentos de crítica. Los banqueros utilizaron sus ordenadores portátiles para crear organigramas y diagramas de flujo, visualizaron procesos de trabajo, reflexionaron, discutieron y se pusieron de acuerdo. Durante una tormenta de ideas incluso hicieron un poco el tonto y se rieron, lo que para Rachel supuso un gran alivio.

Aquella forma de trabajar les pareció mejor que construir cabañas; resultaba cansado y algo enervante y al final tenían la cabeza como un bombo, pero mientras tomaban un té a primera hora de la tarde se dieron cuenta de que el día había sido productivo. Estaban trabajando con tal intensidad que le pidieron a Helen que sustituyera la comida por un té algo más temprano, lo que no fue ningún problema porque, como explicó la cocinera, para el almuerzo solo había preparado unos cuantos sándwiches y un par de ensaladas. Los sándwiches resultaron ser unos bocadillitos muy vistosos, algunos hechos con pan casero y otros con pan comprado, rellenos de quesos de diferentes tipos, carne, pescado y hummus preparado por la misma Helen. Estaban decorados con verduras frescas como tomate, pepino, berro y otras hierbas frescas, y eran un auténtico festín para la vista y el paladar. Los hombres los admiraron muchísimo. Se habían imaginado dos rebanadas de pan de molde con ensalada de huevo, como los sándwiches de supermercado, y con eso se habrían dado por contentos. No ocurrió lo mismo con la jefa, que frunció el ceño al oír que solo había unos cuantos sándwiches. Pero, por supuesto, Helen había conseguido convertirlos en un auténtico banquete. Además, se ocupó de ir llevando al salón todo tipo de bebidas, fruta o dulces caseros, sanos y deliciosos. Los trataba de maravilla, e incluso Bernard tuvo que admitir que no había queja posible.

Todos tenían la sensación de haber progresado, aunque no en términos de resultados como los que manejaban en el banco. En aquella ocasión no se trataba de que cuadraran las cuentas porque el asunto no iba de hacer cuentas, y precisamente por eso el día les había resultado tan fatigoso. Agotador resultó también Bernard, que siempre encontraba algo que objetar; se quejaba tan continuamente que hubo un momento en que Jim le dio un corte echando mano del humor y la ironía, y a partir de entonces Bernard se quedó callado y taciturno. A los demás les pareció de maravilla porque así trabajaron mucho más relajados. Liz no sabía cómo se sentía: alternaba su alegría por la nieve con el dolor de cabeza y la fiebre; luego se enfadaba por su coche estropeado y el mal humor de Bernard (total, por un golpe en la rodilla); después recordaba el asco que le habían provocado las aves, y más tarde reconocía su gran asombro por la inteligencia, creatividad y capacidad constructiva que acababa de descubrir en Andrew, Jim y David. Quizá la fiebre la estaba enterneciendo. Además, apenas podía respirar. Y aquel horrible dolor de cabeza...

David se propuso jugar al ajedrez aquella noche con Bernard porque seguramente su colega le ganaría y eso lo pondría de mejor humor. Sus sentimientos hacia él habían cambiado en esos dos días, su antipatía iba convirtiéndose en lástima. Debía de ser horrible estar siempre tan tenso y disgustado, vaya perspectiva tan espantosa, ¿qué clase de vida era esa? Al mismo tiempo, David se preguntó si sentir lástima no sería arrogante y despectivo por su parte, pero enseguida apartó ese pensamiento porque Bernard le daba pena de verdad. Lo de la rodilla era una faena, se veía que le dolía una barbaridad; estaba morada e hinchada a pesar de las bolsas de hielo que Helen preparaba sin descanso. Era lógico que tuviera el ánimo por los suelos y, para colmo, el intento de Jim de tomarlo por el lado divertido había surtido el efecto contrario. Bernard carecía de sentido del humor. David tomó una galleta y le alcanzó otra a su magullado compañero.

Había estado nevando durante todo el día, pero en aquel momento había parado e incluso aparecieron los últimos rayos del sol poniente. Antes del té Helen sacó a Mervyn sin correa, puesto que sabía de sobra que no había matado a ningún pavo real y que probablemente no lo haría. Bien es verdad que durante el paseo se lanzó tras un faisán, que por suerte consiguió refugiarse detrás de una valla. Mientras tomaban el té, la cocinera animó al grupo para que saliera a caminar un rato. Seguro que una pausa les sentaría

bien, y fuera estaba todo precioso. Lógicamente, Bernard se quedaba, tenía la pierna en alto y una bolsa de hielo en la rodilla, y también la jefa prefería quedarse con una manta calentita y una infusión de jengibre. Notaba que empeoraba casi a cada hora que pasaba. A lo largo del día había acabado con la mayor parte de sus provisiones de pañuelos de papel, le dolía mucho la cabeza y le había subido la fiebre. Solo deseaba meterse un rato en la cama. Helen le propuso tomar un baño caliente, ella podía prepararle una infusión de camomila, tomillo y salvia para que la mezclara en el agua y eso la ayudaría a frenar la gripe. A la directora le pareció una estupidez, lo que necesitaba era un medicamento efectivo de verdad, pero no se atrevió a contradecir a Helen. La farmacia no estaba precisamente a mano y, en realidad, encontró la perspectiva del baño bastante atractiva. Miró a los hombres y dijo que sí, que era una buena idea, y les preguntó si le prestaban la bañera. ¿O aquello trastocaba su planificación? Tres de ellos contestaron al instante que por supuesto podía utilizar su cuarto de baño, solo Bernard pensó para sus adentros que le estaría bien empleado que le dijeran que no, después de haberse apropiado tan despóticamente de la ducha el primer día. Pero murmuró que no le importaba, aunque su rodilla hinchada no lo inclinaba a ser generoso, ni siquiera con la jefa. Al mismo tiempo experimentó una cierta alegría debida al hecho de que ella no estuviera mucho mejor que él, como si eso creara una conexión entre los dos que de otro modo jamás se habría establecido.

Así, con un periódico antiguo bajo el brazo, Bernard se retiró cojeando al salón, donde seguían esparcidos el rotafolio, la pizarra de corcho y los resultados de todo el día de trabajo. Por su parte, la jefa llenaba la bañera. Rachel, Andrew, David y Jim le pusieron la correa a Mervyn y salieron a la nieve. Cuando pasaron por delante de la cama elástica, la joven opinó que era una pena que estuviera cubierta de nieve porque, después de esas horas de trabajo, tenía ganas de dar unos cuantos saltos. A David también le apetecía, pero nunca se habría atrevido a hacerlo. Se moriría de vergüenza si alguien lo viera. Jim no pensaba saltar, pero se ofreció a quitar la nieve. Lo malo era que no tenían las herramientas adecuadas, y ninguno de ellos quiso hacerlo con las manos desnudas.

Al volver a la mansión se encontraron al lord y a la lady en la puerta, que los informaron de que iba a nevar más durante la noche y de que no contaran con regresar al día siguiente. ¿Les quedaban suficientes provisiones o necesitaban

algo? Ellos tenían de sobra y Ryszard podía llevarles lo que les hiciera falta con el Land Rover, no debían preocuparse. Solo tenían que avisarlos si les faltaba cualquier cosa. Por supuesto, podían utilizar el teléfono de su cocina para avisar a sus familias y al banco de que se quedarían un día más. Como mínimo. Pero bueno, parecía que el lunes subiría la temperatura.

Los cuatro agradecieron el ofrecimiento, que sin duda pensaban aceptar, y les contaron a los McIntosh lo de la rodilla de Bernard y el catarro de la jefa. Los anfitriones los pertrecharon con una venda elástica, una pomada antiinflamatoria, varios acumuladores de frío, analgésicos y anticatarrales. Si era necesario, tratarían de llevar a Bernard al médico del pueblo en el Land Rover, aunque podía resultar un tanto aventurado. Si bien los cuatro por cuatro se las apañaban relativamente bien, llegar hasta el pueblo con aquel tiempo sería complicado porque por el camino había una pendiente orientada al norte que seguramente los banqueros preferirían no experimentar. Sin embargo, el grupo les aseguró que la rodilla no estaba tan mal; Bernard podía caminar aunque cojeara y seguro que se repondría enseguida. La cocinera se había ofrecido a aplicarle una cataplasma de hojas de col, pero él la había rechazado poniendo los ojos en blanco. Lo que no fue una sorpresa.

Por cierto, dijeron los McIntosh, para compensarlos de algún modo por haberse quedado aislados querían invitarlos a utilizar el *jacuzzi* que estaba en el extremo de la explanada de césped, detrás de los árboles. Los londinenses aún no lo habían descubierto y se alegraron mucho de poder usarlo. Lady Fiona indicó que tenían albornoces en abundancia y que se los prestarían gustosamente. Con la nieve no podrían dejar la ropa en ningún sitio, el *jacuzzi* no estaba cubierto ni nada parecido. Lo mejor era que salieran en albornoz y botas y que llevaran bolsas de plástico para guardarlos. Solo había que abrir la tapa, el agua estaba siempre caliente.

Helen se alegró mucho de saber que no podrían marcharse al día siguiente. En realidad ya contaba con ello y por eso no había cocinado el pavo real, que seguía colgado en la despensa. Así podría reposar al menos un día más, lo cual le sentaría de maravilla.

Liz seguía en la bañera, sumergida sin hacer nada en el agua caliente y agradable. Se había llevado lectura, pero al poco rato apartó el libro y se quedó contemplando por la ventana cómo oscurecía. El único ruido que se oía era el del termo, que ya preparaba la carga para la siguiente bañera. Por dos veces añadió agua caliente, el baño le estaba sentando muy bien. Cuando ya

era noche cerrada oyó que los demás regresaban, pero aún no quería salir, le apetecía pasar otro rato sumergida en el agua aunque ya tuviera los dedos arrugados. Y debía reconocer que gracias a las hierbas infusionadas respiraba mejor.

Helen tocó ligeramente a la puerta. Sí, sí, aseguró Liz gritando, todo estaba en orden, solo quería quedarse un poco más en la bañera. La cocinera gritó desde el otro lado que Andrew preguntaba si podía utilizar la ducha y la jefa contestó que claro que sí, por supuesto. La verdad es que ya no sabía por qué había repartido los baños de manera tan categórica a su llegada, con un grupo de personas adultas aquello resultaba un poco ridículo. En el fondo, un *team building* no era una excursión escolar.

Rachel y los otros habían pasado mucho tiempo fuera y se habían quedado helados, así que en todas las habitaciones funcionaban los calefactores a la máxima potencia. Helen encendió el hervidor para hacer más té, en el fogón hervía una sopa a fuego lento, Andrew se estaba duchando con el nuevo calentador, el termo del otro aseo preparaba la carga para la siguiente bañera y Jim estaba otra vez muerto de hambre. Fue a la cocina, Helen le tendió dos rebanadas de pan de molde y, cuando el hombre accionó la palanca del tostador, se oyó un fuerte estallido y todo quedó en tinieblas.

Jim se llevó un buen susto. Seguramente era culpa suya, dijo, y le preguntó a la cocinera, que estaba a su lado, si sabía dónde se encontraban los fusibles.

Helen se llevó un buen susto y contestó que había visto algo en la despensa, una puertecilla en la parte superior, pero aquello parecía una instalación antediluviana. Era imposible que funcionara, en algún sitio tenía que haber otro cuadro eléctrico.

Liz se llevó un buen susto y se quedó quieta en la bañera. Seguro que había saltado un fusible; los demás encontrarían el cuadro eléctrico y lo conectarían otra vez. Desde luego, ella no pensaba salir del agua en medio de la oscuridad, secarse, encontrar sus cosas y todo eso...

Andrew se llevó dos buenos sustos; uno al oír el estallido y quedarse a oscuras, y otro cuando el agua de la ducha empezó a salir helada. Salió del plato maldiciendo pero con mucho cuidado y, empapado y desnudo, buscó a tientas la toalla, que estaba en el suelo. Cuando se incorporó, se golpeó la nuca con la puerta del armarito de encima del lavabo, que se había abierto sin hacer ruido. Soltó un aullido, se secó, se vistió tiritando y notó que se le estaba formando un chichón.

Bernard se llevó un buen susto en el sofá del salón. Tenía un poco de miedo a la oscuridad, pero como la lumbre estaba encendida, había algo de luz. Le dolía la rodilla, se tapó con una manta y permaneció allí tumbado. Que hicieran el favor de ocuparse los otros, él iba a quedarse contemplando el fuego.

David se llevó un buen susto en su habitación. Esperó un poco a ver si alguien decía algo y luego gritó que enseguida encontraría el móvil, así tendrían algo de luz hasta que localizaran la linterna que el lord les había prestado por si querían salir de la casa de noche. También se oyó gritar a Helen, quien les informaba de que en un cajón de la cocina había velas y le preguntaba a Bernard si tenía cerillas en el salón.

David encontró el móvil e, iluminándose con él, se dirigió a la entrada de la casa, donde debía de estar la linterna. Fuera, la nieve reflejaba la poca luz que quedaba en el cielo y los ojos del banquero se fueron acostumbrando a la oscuridad, de manera que poco a poco empezó a ver algo.

Helen buscaba las velas en la cocina y Jim consiguió llegar a tientas hasta Bernard, que seguía tumbado en el sofá y le indicó que las cerillas estaban en la repisa de la chimenea, a la izquierda del todo. Oyeron a Andrew maldecir en el baño.

Rachel salió de su habitación, llegó al salón también iluminándose con el móvil y acompañó a Jim a la cocina. Allí encendieron unas cuantas velas y, justo cuando el hombre se disponía a entrar en la despensa para mirar los fusibles, apareció David con la linterna.

Helen quería evitar que Jim entrara en la despensa porque allí, además de los fusibles, estaba colgado el pavo real, que era indiscutiblemente más grande que un faisán. Jim no era tonto, enseguida le llamaría la atención un ave tan grande y sacaría sus propias conclusiones. La cocinera había tenido que esquivar una o dos preguntas sobre los siguientes menús aconsejándoles que debían dejarse sorprender, pero no recordaba si le había mencionado a Andrew que habría faisán. Y no sabía si este se lo habría contado a los demás. Por suerte, tampoco David era tonto y enseguida comprendió que nadie debía ver el pavo real salvo Helen y él, de manera que se metió en la despensa para revisar el cuadro eléctrico. En efecto, estaba muy alto y a la luz de la vela David no podía distinguirlo muy bien. Con todo, lo que alcanzó a ver le pareció viejísimo, no podían ser los fusibles en uso, tenía que haber otros más modernos. Al final Jim entró también para echar un vistazo, pero no se fijó en el pavo real, que por suerte estaba colgado en la pared opuesta a la caja de

luces, casi detrás de la puerta.

Jim y David recorrieron el ala oeste con ayuda de una vela y la linterna, pero no encontraron ningún cuadro eléctrico moderno y decidieron que lo mejor sería preguntarle al lord, podía ser que existiera un panel central. Entonces se les ocurrió que quizá también los anfitriones habían sufrido el apagón, aunque enseguida vieron luz en sus ventanas. Mientras tanto, Helen y Rachel pegaron varias velas a los platitos de las tazas de café y las distribuyeron por la cocina. La psicóloga le llevó una a Bernard; aunque el fuego de la chimenea iluminaba bastante el salón, pensó que apreciaría un gesto amable. Tuvo que regresar a la cocina a oscuras, a tientas por el pasillo, y estuvo a punto de tirar un cuadro al suelo. Después se dirigió a los cuartos de baño, dejó una vela delante de cada uno y gritó a los ocupantes que tuvieran cuidado al salir para no tropezar con ellas. Andrew, a medio vestir, soltó un gruñido a través de la puerta para dar las gracias, mientras que la jefa informó de que se quedaría en la bañera hasta que el problema se solucionara.

Cuando Liz quiso añadir de nuevo agua caliente se dio cuenta de que solo salía fría. Había gastado todo el contenido del termo, que sin electricidad ya no calentaría más. Si quería quedarse en la bañera, más le valía que arreglaran pronto la avería; no creía que tuviera mucho misterio.

Pero sí que lo tenía. Jim y David llamaron a la puerta trasera de los McIntosh, que daba acceso a la cocina. Fiona los hizo pasar deprisa y cerró la puerta tras ellos porque estaba nevando otra vez y los copos se colaban en la estancia. Los banqueros se apresuraron a explicar que no estaban allí de visita, sino que necesitaban la ayuda del lord. Habían saltado los fusibles del ala oeste y no encontraban el cuadro eléctrico, tenían que localizarlo urgentemente. Lady McIntosh suspiró para sus adentros, ¡menudos machistas eran aquellos urbanitas! El lord, les explicó ella amablemente, se dedicaba a la Filología Clásica, así que, por el bien de todos, era mejor que no se acercara a los fusibles. No mencionó el hecho de que ella era ingeniera. Que Hamish fuera capaz de ejecutar un pavo real no quería decir que poseyera ni el más mínimo conocimiento técnico. Aquello tampoco lo comentó. Los plomos, continuó, se encontraban en la despensa y, bueno, no eran tan viejos como la casa pero sí que estaban bastante anticuados. Eso significaba que no saltaban sino que, literalmente, se fundían. Además, aquellas piezas casi históricas resultaban

muy difíciles de conseguir y hacía poco que habían utilizado la última en otra parte de la casa. Por lo tanto, intentaría hacer un apaño con un alambre, pero no podía prometerles nada. Necesitaba una buena linterna, alambre, herramientas y el soldador; Aileen la ayudaría a reunirlo todo. Por suerte, la instalación eléctrica del edificio principal era independiente y no estaba conectada a la del ala oeste, por eso allí tenían luz en aquel momento. Y funcionaba a doscientos treinta voltios. El ala oeste seguía funcionando a ciento diez voltios, les comentó; tenían pendiente renovar todo el sistema, pero era una cuestión de dinero. La mayoría de los electricistas no tenían ni idea de cómo manejar los fusibles antiguos ni de cómo trabajar con ese voltaje. No mencionó que para llegar al cuadro eléctrico tendría que subirse a una escalera. Arreglar un plomo fundido con un trozo de alambre no le suponía ningún problema, pero tenía miedo a las alturas.

Por un momento lady McIntosh consideró trasladar al grupo a otro lugar, aunque al final decidió no hacerlo. Ninguna de las casitas era lo bastante grande para albergarlos a todos y habría tenido que alojarlos en varios *cottages* separados entre sí por varios kilómetros; además, no todos estaban limpios y preparados, y no contaba con la ayuda de Aileen. Por no mencionar que las casitas estaban sin caldear y que con tanta nieve no lograrían llegar hasta ellas en los coches. También podría pedir ayuda a Ryszard. Sin embargo, todas estas alternativas eran infinitamente más complicadas que intentar el apaño en el cuadro eléctrico. Los educados banqueros se disculparon por enésima vez, lamentaban muchísimo las molestias, seguramente habían encendido demasiados aparatos al mismo tiempo: varios calefactores, el calentador de agua, el termo, el horno, el hervidor y el tostador. Estaba claro que habían sobrecargado el sistema, y sentían mucho no haberse dado cuenta. ¿Podían ayudar? Aileen les indicó dónde encontrar algunas de las cosas; ella sabía dónde estaba todo, pero con el brazo escayolado tuvo que limitarse a dar órdenes, que los banqueros se esforzaron en cumplir con la mejor voluntad.

Mientras tanto, en el ala oeste Helen temía precisamente eso: que aquellos fusibles prehistóricos fueran en realidad los actuales y que quien entrara en la despensa para ocuparse de ellos descubriera el ave desplumada. Se quitó el delantal y, a la temblorosa luz de las velas que llegaba de la cocina, lo colgó junto al pavo real para cubrirlo todo lo posible. Deseó que nadie se fijara en él. Hasta ese momento el grupo había comido con gran apetito sin preocuparse en absoluto de mirar en la despensa. Todos se limitaban a devorar lo que se

sacaba a la mesa. A excepción de Bernard, naturalmente.

En la penumbra del baño la jefa empezó a notar que el agua se quedaba fría. Solo entonces se le ocurrió que tampoco el calefactor ni el toallero eléctrico funcionaban, por lo que el aire de la estancia se habría enfriado ya. Más le valía salir, secarse y vestirse lo antes posible. Y luego tomarse una buena taza de té.

Fuera, el resplandor de la luna se reflejaba en la nieve, por lo que en el baño entraba una leve claridad. Ya no nevaba tanto. Congelada, Liz salió de la bañera y tomó la toalla, se secó, encontró a tientes la ropa y se vistió rápidamente. Otra vez se moría de frío, enseguida se le volvió a tapar la nariz y aún le dolían la cabeza y la garganta. Se arrebujaría en la cama con una taza de té, pensó, pero inmediatamente cayó en la cuenta de que sin electricidad no podrían preparar té y de que la manta eléctrica no funcionaría. Ni el secador. Teniendo semejante resfriado, acostarse con el pelo mojado era una pésima idea. Lo más sensato sería envolverse en una toalla, echarse el edredón por los hombros y sentarse al calor de la chimenea. Con aquellos hombres. Sus subordinados. Con Bernard y su rodilla hinchada. Menudo papelón.

Por su parte, Andrew había acabado de vestirse y, al salir del baño, consiguió volcar la vela, que dejó manchas de cera en la moqueta. Se dirigió a la cocina para reunirse con los demás. También él estaba muerto de frío y también él cayó en la cuenta de que no podría tomar un reconfortante té caliente.

Justo cuando Jim, David y lady Fiona se disponían a salir hacia el ala oeste apareció Ryszard en su cuatro por cuatro, capaz de enfrentarse a la nieve. Llevaba a la mansión media docena de huevos y unas verduras que la señora de la casa le había encargado por teléfono. Asimismo, quería asegurarse de que todo estaba en orden. En comunidades tan pequeñas la gente se preocupaba por el prójimo. Les explicó que había tenido que quitar la nieve del tejado de su cobertizo para que no se hundiera, y Fiona le preguntó, muy seria, si había utilizado el equipo de seguridad adecuado para evitar caerse del tejado o hundirse con él; hay que reconocer que el joven no le contó exactamente la verdad, para que se quedara tranquila. Después ella sugirió que, si tenía un momento, quizá podría quitar la nieve del tejado del garaje, aunque, claro está, también podía ocuparse ella. Lo haría encantado, repuso

Ryszard, pero a lo mejor preferían que primero echara un vistazo a los plomos fundidos del ala oeste, de todos modos necesitaba ir allí para arreglar las cuentas del día anterior. Se trataba de un muchacho muy atento: sabía que lady Fiona era perfectamente capaz de arreglar el cuadro eléctrico soldando un trozo de alambre, pero que no le hacía ninguna gracia subirse a una escalera. De repente a Aileen también le entraron ganas de ir al ala oeste; adujo que quizá podía echar una mano, atender a los enfermos o cualquier otra cosa. En realidad, se moría por estar cerca de Ryszard. Además, quería asegurarse de que los banqueros no trataban mal al perro.

De ese modo, Ryszard, lady McIntosh, Aileen, David y Jim se pusieron en marcha hacia el ala oeste, pertrechados con una pequeña caja de herramientas y una buena provisión de linternas y quinqués. A su llegada, Rachel y Andrew los esperaban en la cocina a la luz de las velas, Bernard seguía tumbado en el sofá y, justo en ese momento, la jefa salía del baño con una toalla en la cabeza y preguntando si a alguien le quedaban pañuelos de papel. Tenía la voz muy tomada y, hasta donde podían ver en la oscuridad, parecía realmente enferma.

Ryszard entró en la despensa y Helen se apartó de allí deseando que se la tragara la tierra. No quería presenciar el momento en que el joven o la anfitriona descubrieran el pavo real. Por suerte, el cuartito estaba en penumbra. Ryszard colocó la escalera, le pidió a Jim que iluminara el cuadro eléctrico con una linterna, desenroscó el fusible fundido y se dirigió con él a la mesa de la cocina. El alivio de Helen fue solo temporal, porque el chico enseguida tendría que volver a entrar para enroscarlo.

Con la mano izquierda Aileen le pasaba al joven las herramientas ya que conocía qué lugar ocupaban en la caja, y mientras tanto Fiona le explicaba a Jim cómo funcionaba el sistema de ciento diez voltios y el de doscientos treinta, de qué modo estaban relacionados y cómo se compaginaban o, más bien, cómo no se compaginaban.

Los hombres quedaron impresionados por los conocimientos de lady Fiona, y Liz, por la insaciable curiosidad de Jim. Con todo, aquella gripe la tenía fastidiada de verdad. Le preguntó a Helen si quedaba jengibre y si, cuando volviera la luz, sería tan amable de llevarle otra infusión a la cama. Quedaba, pero no mucho, repuso la cocinera; si lo deseaba, podía hacerle un zumo de naranja, las vitaminas siempre sentaban bien. Lady McIntosh prometió mirar

en su botiquín, donde seguro que había algo para la gripe. Además, tenía mucho jengibre en casa, podían tomar todo el que hiciera falta. También quiso saber si necesitaban más pañuelos de papel. Aprovechó la ocasión para interesarse por la rodilla de Bernard y entonces Aileen, dándose unos golpecitos en la escayola, exclamó que la casa era un auténtico lazareto. No obstante, nadie estaba de humor para bromas. Y ya que hablaban del tema, intervino Andrew, quería saber si quedaba hielo porque se había dado un golpe tan fuerte en la cabeza que le estaba saliendo un chichón. Aileen se aguantó la risa y Helen le pidió que esperara un poco, en cuanto repararan la avería le prepararía una bolsa de hielo. Y otra para la rodilla de Bernard. Estaban todos muertos de frío, por lo que preferían pensar en una buena sopa caliente que en bolsas de hielo. La sopa, por cierto, se estaba enfriando en el fogón.

Liz se excusó con todas las formalidades posibles, les dio las buenas noches y se retiró a la cama. Allí se sentiría mejor, murmuró casi sin aire. Tenía la nariz despellejada de tanto sonarse y seguro que le saldría un herpes, siempre le pasaba igual. Le daba mucha rabia haber pillado semejante resfriado; su intención era trabajar con su equipo, no estar postrada en la cama y que tuvieran que cuidarla. Casi nunca se ponía enferma y aquel era un momento muy inoportuno para hacerlo. Era la jefa, ¿qué ejemplo daría si se quedaba acostada? Pero no había otra opción, compartir el sofá con Bernard era impensable. Tenía fiebre y sentía las rodillas flojas. Y estaba congelada. Se dirigió a su habitación con una vela, la colocó en el alféizar de la ventana, extendió la colcha encima de los dos edredones y se metió en la cama.

Mervyn estaba confuso y paseaba de acá para allá por la habitación. Notaba que algo no iba bien y se preguntaba por qué nadie encendía la luz y por qué su ama se acostaba sin haberle dado de cenar. Se situó frente a ella, la miró expectante y probó a menear la cola, pero lo único que obtuvo fue un susurro que le ordenaba que se tumbara. La obedeció sin entender por qué lo dejaba sin comer y por qué demonios tenía que dormirse en aquel momento. No tenía nada en contra de echar un sueñecito en cualquier momento del día, pero estaba claro que pasaba algo raro. Quizá después pudiera pedirle algo de comer a la mujer de la cocina, que le parecía una persona muy decente. Era la única que lo sacaba sin correa. Y, además, olía muy bien.

Una peste terrible invadió la cocina cuando Ryszard soldó un trozo de alambre al fusible. David quiso saber qué pasaría si la reparación salía bien, ¿volvería

a funcionar todo con normalidad o debían hacer algo especial? Jim iluminaba el cuadro eléctrico con la linterna. Tenía detrás el pavo real desplumado y listo para guisar, semioculto detrás del delantal de la cocinera. El joven respondió que a partir de entonces debían estar muy atentos porque el alambre que había soldado era mucho más grueso que el filamento del fusible original. Eso significaba que, en el peor de los casos, si el sistema se sobrecargaba, el alambre se pondría incandescente y luego ardería, que era precisamente lo que impedía el filamento normal al fundirse. Enroscó el fusible reparado y de repente se encendieron a la vez todas las luces, la radio de la cocina, los calefactores, los calentadores de agua y las mantas eléctricas. Entonces el grupo decidió apagar unos cuantos calefactores y concentrarse en la cocina y el salón, aunque este último estaba bastante caldeado gracias a la chimenea; también se comprometieron a pensar cuántos aparatos estaban conectados antes de encender uno más. No podían arriesgarse a provocar un incendio eléctrico. Por suerte estaban tan preocupados por todo aquello que nadie se había fijado en el pavo real. Andrew y Jim solo habían tenido ojos para el anticuado cuadro eléctrico y seguro que ni habían visto el bulto. Helen suspiró aliviada y procedió a preguntarle a Ryszard cuánto le debía por las verduras que había tomado de su tienda. Lo enredó en una conversación sobre agricultura interesándose por qué plantaba, y cuándo, y cómo, y qué productos compraba, y cómo se planificaba... y así se las arregló para cerrar la puerta de la despensa sin que nadie lo notara. Después preparó una bolsa de hielo para el chichón de Andrew. Al final todo había salido bien.

Aquella noche tomaron primero una sopa con la que entraron en calor y después un pastel de carne con muchas verduras, patatas y una salsa preparada con vino tinto, romero y tomillo. De postre había un *trifle* , y el bizcocho estaba tan bueno que Jim le pidió a su creadora que se casara con él. La jefa no se levantó de la cama. La sopa que Helen le llevó le sentó tan bien que dejó el plato limpio; exhausta, se quedó dormida inmediatamente después. Cuando la cocinera apareció con el pastel de carne se la encontró roncando de un modo nada delicado, así que la dejó dormir. Le parecía que los hombres estaban más relajados sin su superiora, aunque también podía deberse al efecto de la nieve o a la aventura del apagón.

Después de cenar David declaró que le apetecía aceptar la invitación de su anfitriona a utilizar el *jacuzzi* . ¿Alguien más se animaba? Rachel contestó que sí en un primer impulso, pero luego cayó en la cuenta de que allí nadie tendría bañador, por lo que habrían de bañarse desnudos. Así que bueno, se apresuró a añadir, solo si su presencia no incomodaba a David, claro... Pero este aseguró que no le molestaba en absoluto. Para sorpresa de todos, Andrew se les unió. Jim y Helen prefirieron quedarse, y Bernard, a quien le preguntaron únicamente por educación, puso los ojos en blanco. Volvió a recostarse en el sofá con una bolsa de hielo en la rodilla y clavó la vista en el fuego. Saboreaba una taza de té que le había llevado Jim y en el salón encontró algunos libros y revistas que lady McIntosh había dejado allí amablemente. El banquero tuvo que reconocer que se sentía muy cómodo y, además, notaba que la rodilla estaba mejorando. Ya podía moverse lo bastante para añadir algún tronco a la chimenea de vez en cuando.

Los McIntosh prestaron a David, a Andrew y a Rachel unos albornoces y unas toallas grandes. Vestidos solo con aquellas prendas y las botas de montaña iban cruzando el césped, completamente cubierto de nieve. Siguiendo órdenes, llevaban a Mervyn bien sujeto con la correa. Rachel pensó que, muy al contrario que el día de su llegada, el ánimo de los banqueros se había relajado mucho. Y eso a pesar de que debían quedarse un día más de lo previsto, de que a Bernard le dolía la rodilla, de que la jefa no padecía un simple resfriado

sino una auténtica gripe y de que allí no disfrutaban de sus lujos cotidianos sino que todo era mucho más modesto, casi precario. De vez en cuando todavía surgía alguna fricción, pero en general todos resultaban más amables, por momentos incluso divertidos y, sobre todo, estaban mucho menos tensos que al principio. En buena parte había que agradecerse a Jim y a Helen, cuyo inquebrantable buen humor parecía que se estaba contagiando al grupo de forma lenta pero segura.

De camino al *jacuzzi* la mala conciencia asaltó a David porque recordó que se había propuesto jugar al ajedrez con Bernard aquella noche. El hombre se había quedado solo en el sofá, aunque a lo mejor Jim pasaba algún rato con él. Eso si el veterano banquero no prefería a Helen, que sin duda constituía una compañía mucho más agradable. Desde que Bernard se separó de su novia su humor había mejorado algo, pero el dolor de rodilla lo había arruinado todo y era realmente difícil aguantarle. Al avanzar por la explanada se hundían tanto en la nieve que esta se les colaba por la parte alta de las botas. Estaba fría y húmeda y les hacía cosquillas; David soltó unas risitas, lo mismo que Rachel. Hasta Andrew parecía estar divirtiéndose. Apretaron el paso para no llegar completamente helados, con lo que se les coló más nieve en las botas y se rieron aún más. Tenían mucho frío, pero lo estaban pasando bien. Estuvieron de acuerdo en que Mervyn no iba a matar a otro pavo real ni ningún otro bicho, así que lo dejaron suelto. Si tenía que quedarse atado mientras ellos se bañaban, se congelaría; era más sensato que pudiera moverse con libertad. Se sintieron muy valientes por haber tomado esa decisión.

Para cuando descubrieron cómo se abría la tapa tenían tanto frío que ya no encontraban la situación tan divertida. A Andrew la idea de desnudarse delante de Rachel y de David le hacía cada vez menos gracia. El cielo se había despejado, la luna y la nieve emitían un suave resplandor y se veía sorprendentemente bien. David, por el contrario, no mostró ningún reparo: era deportista y estaba acostumbrado a quitarse la ropa delante de otra gente. Se desprendió del albornoz, lo metió en la bolsa de plástico junto con la toalla, colgó la bolsa en una rama y se sumergió en el agua caliente. Rachel lo siguió girándose discretamente para taparse un poco, y entonces Andrew se decidió y se metió en el agua con ellos. Se situaron cada uno en una esquina y en un primer momento guardaron silencio. Simplemente se quedaron boca arriba mirando las estrellas, escuchando los susurros que provenían de los arbustos, dejando que el agua calentara sus cuerpos y esforzándose por ignorar el penetrante olor a cloro. Qué maravilla, musitó alguno, y los otros dos le dieron

la razón en un murmullo. Cada cierto tiempo llamaban a Mervyn, que aparecía enseguida porque no andaba muy lejos y desde luego no tenía pinta de estar cazando pavos reales. David salió un momento del *jacuzzi* para sacar una petaca del bolsillo de su albornoz. Drambuie, anunció, ¿a quién le apetecía un trago? Era un licor escocés, una mezcla de whiskies con miel y hierbas aromáticas o algo así, no lo sabía exactamente. En cualquier caso siempre te sacaba una sonrisa, Rachel debía animarse a probarlo. La joven tomó un sorbo, el licor era a la vez dulce y fuerte. Andrew y David la miraron expectantes y entonces ella sonrió. Ahí está, dijo David encantado, y le pasó la petaca a Andrew. Este se quedó asombrado por el comportamiento de su colega, que acostumbraba a ser tímido y reservado y, de repente, se desnudaba con total naturalidad delante de él y de una desconocida y, además, les ofrecía alcohol en actitud jovial. David siempre le había caído bien precisamente por su timidez. Andrew era consciente de que en el banco también él solía mostrarse muy rígido. A veces deseaba ser más espontáneo, pero luego se decía que cada uno es como es, y no hay nada de malo en ello. En aquel momento, sin embargo, se sentía sorprendentemente cómodo para estar desnudo en un *jacuzzi* con un compañero de trabajo y una desconocida, además de con un gran chichón en la nuca. Se reclinó hacia atrás, devolvió la petaca y contempló el cielo estrellado. Mervyn husmeaba por la zona; se preguntaron si la nieve le permitiría oler algo y si no se le quedarían heladas las patas. Pero parecía que aquella capa blanca no le molestaba en absoluto.

Rachel fue la primera en achisparse un poco. Preguntó para qué servían los botones que había en la parte de delante y pulsó uno al azar. De pronto se encendieron unas luces en el fondo y los tres se sintieron mucho más desnudos que antes. La joven se apresuró a apagarlas y apretó otro botón, que puso en marcha las burbujas. Se oyó un fuerte borboteo y empezó a salir aire de agujeros ocultos en el fondo y en las paredes. Por un tiempo las burbujas los hicieron flotar y los mecieron en todas direcciones. De pronto les pareció que el espacio se reducía: la piel rozaba otra piel, los miembros se movían sin control, manos y brazos tocaban cuerpos ajenos, pies y piernas chocaban con otros pies y otras piernas. Ninguno sabía a quién había tocado dónde, o quién acababa de tocarle. En realidad no estaban seguros de si el *jacuzzi* les parecía demasiado pequeño o adecuadamente pequeño. Aunque jamás lo habrían admitido, aquel roce no les pareció en absoluto desagradable, sino que les habría gustado que durase más. Pero no pudo ser porque, aunque los tres anhelaban el contacto físico, cada uno pensaba que era el único, por lo que se

apresuraron a fingir que intentaban regresar a sus sitios.

El último novio de Rachel la había dejado hacía unos meses, pero ella se sentía bien, no tenía dificultades para vivir sola ni necesitaba un hombre a su lado para ser feliz. Sin embargo, en aquella circunstancia, en su papel de psicóloga ajena al grupo y sin la compañía de alguien en su misma situación, de pronto se sintió sola y deseó un poco de contacto físico. Le habría gustado acurrucarse con uno de aquellos hombres o incluso con los dos; cada uno a su manera, ambos le parecían muy atractivos. Pero no podía ser, tenía un papel que cumplir. Aun así, en medio de la oscuridad y la nieve parecía que los papeles se difuminaban... Pero no, no podía ser.

Andrew era feliz con su esposa, llevaban media vida juntos y la amaba. Aunque, claro, después de tanto tiempo las cosas ya no resultaban muy emocionantes, mientras que el roce con unos desconocidos sí que lo era. La psicóloga le resultaba muy guapa y David era un hombre, un hombre desnudo y homosexual. Andrew nunca se había acercado a un hombre sin ropa y nunca habría pensado que, lejos de incomodarle, lo encontraría agradable. Algo le hacía cosquillas en la parte baja del muslo, ¿otro muslo o un chorro de aire? No tenía forma de saberlo, notó que el corazón se le aceleraba. Por suerte, la semioscuridad impedía ver demasiado.

También David estaba contento con su marido, llevaban algo más de un año casados y nunca había sido tan feliz. Pero eso no tenía nada que ver con el hecho de que en aquel momento le apeteciera un poco de calor humano. Bajo el agua y en la oscuridad todo era distinto...

Ese instante en aquel *jacuzzi* era completamente ajeno a sus vidas. Solo importaban ellos, el agua caliente, las estrellas y la piel de los otros.

Rachel apagó las burbujas y los hombres sonrieron tímidamente. La joven les preguntó si no les parecía que el ruido era una lástima, con la tranquilidad que reinaba allí fuera, y ellos le dieron la razón. Después guardaron silencio recordando el contacto, que aún les cosquilleaba en la piel, y les habría encantado accionar los chorros para que todo empezara de nuevo. Suspiraron para sus adentros y se preguntaron si lo que notaban en las piernas era el recuerdo de las burbujas o si se trataba del roce de otra pierna, pero ninguno se atrevió a moverse para descubrirlo.

Andrew fue el primero en hablar. Sabía mucho de astronomía y en Londres jamás se veían las estrellas tan bien como allí. Les señaló las constelaciones con el brazo extendido, y para poder ver mejor la dirección que indicaba, David y Rachel se acercaron a él. Como el agua los había desplazado

ligeramente, acabaron tocándose de nuevo y permanecieron quietos un momento haciendo como que no pasaba nada o no se daban cuenta, pero al final se apartaron un poco y Andrew prefirió explicárselo con palabras. David conocía la Osa Mayor y Rachel, además, Casiopea, pero no sabían nada más. Se veía perfectamente la Vía Láctea, y Andrew les enseñó la Nebulosa de Andrómeda, Aldebarán, Orión y las Pléyades. Les contó detalles de las estrellas Cástor y Pólux y de las constelaciones de Lira y Pegaso, sabía a cuántos años luz se encontraban y qué astros se habían extinguido hacía mucho tiempo pero seguirían viéndose durante siglos porque su luz aún estaba viajando por el espacio. También les mostró Urano, y les explicó que siempre se observa mejor en la primera mitad de la noche. Y después se quedaron callados, tomaron otra ronda de Drambuie y llamaron a Mervyn, que llevaba un rato desaparecido. Se quedaron mirando al cielo sin saber muy bien qué sucedía bajo la superficie del agua. Sentían calor y todo estaba silencioso y tranquilo. En cierto momento notaron que tenían los dedos arrugados y salieron del *jacuzzi* . Se secaron deprisa y seguían sintiendo calor; se pusieron los albornoces y aún conservaban algo de calor; volvieron a llamar a Mervyn, que no había regresado; se calzaron las botas, que les congelaron los pies al estar empapadas de la nieve que se les había colado dentro; por último, cerraron la tapa. Para entonces el calor se había esfumado del todo. Corrieron torpemente por la explanada, con las botas desatadas hundiéndose en la nieve y sintiendo a la vez frío y calor. Desearon gritar de alegría y revolcarse por la nieve y, más aún, saltar en la cama elástica. Pero eran adultos y hacía frío y la cama elástica permanecía cubierta de una gruesa capa blanca. Y estaban medio desnudos. Volvieron a llamar a Mervyn procurando no gritar mucho porque sabían que debían haberlo dejado atado y no querían que nadie los oyera desde la casa. El perro apareció por un lugar inesperado y bromearon diciéndole que más le valía no haber matado a ningún otro animal. Para recorrer los últimos metros que los separaban de la mansión le pusieron la correa.

En el ala oeste, Jim había ido surtiendo a Bernard de bolsas de hielo y tazas de té y, al principio de la velada, incluso le preguntó si deseaba que le hiciera compañía. Este se lo agradeció y contestó que no era necesario, podía irse al *jacuzzi* con los otros si le apetecía (su colega no quería en absoluto), él se quedaría muy a gusto en el sofá con unas revistas. Con cierto alivio Jim volvió a la cocina y ayudó a Helen a retirar la mesa y a secar la vajilla. La cocinera intentó disuadirlo diciéndole, de forma poco convincente, que no hacía ninguna falta, pero en realidad se alegraba de su presencia. Enseguida entablaron una animada conversación que los llevó de los muros de piedra a los animales del bosque y de allí a la comida, y de allí a los dos convalecientes. Cuando la cocina estuvo recogida, la mujer preguntó si debía pasar un rato con Bernard, pero Jim la informó de que antes había declinado su ofrecimiento; después tomó la guitarra. Helen pasó un momento a ver a Liz, que estaba medio dormida, y aprovechó para preguntarle si le molestaba que Jim tocara un poco la guitarra. No, no, respondió la jefa, todo lo contrario, cantaba muy bien, le gustaba escucharle y desde luego no le iba a quitar el sueño. Helen enarcó una ceja sin querer. Bueno, contestó, en caso de que la música le resultara molesta solo tenía que decirlo. Después regresó a la cocina, donde demostró que poseía una voz excelente y que se sabía las antiguas canciones tradicionales, y si no, se las aprendía en cuanto Jim le ponía delante su cuaderno con las letras. Pasaron juntos las hojas y encontraron varios temas bonitos consecutivos, se entusiasmaron contándose qué artistas famosos los habían interpretado y se pusieron a cantar a dos voces. Al poco rato ya no les preocupaba molestar porque algunos versos y algunos estribillos estaban hechos para cantarlos a pleno pulmón, porque a veces hay que sacar las cosas de dentro y porque, por lo general, no se presentan muchas ocasiones de armar un poco de ruido. Otros temas, sin embargo, los cantaron bajito porque estaban pensados para interpretarlos así. Entonaron melodías sobre las colinas envueltas en bruma de la patria, sobre la nostalgia de Caledonia, sobre barcos y sobre el amor, siempre sobre el amor. La despedida de un marinero de su antiguo barco, que acababa de naufragar, los puso muy sentimentales. Después Jim cantó una canción sobre la época de

recogida de las moras y en aquella ocasión Helen no lo acompañó, se quedó luchando por contener las lágrimas mientras lo escuchaba en silencio. El hombre también guardó silencio al terminar. De qué conocía la canción, le preguntó ella en un susurro. Se la había enseñado un viejecito encantador en un pub en Norfolk, respondió, y Helen le dijo que aquel anciano se llamaba John Mathews, por lo menos ese era el nombre del compositor de la canción, y había sido un amigo de su marido. ¿Había sido?, se interesó Jim, y la cocinera le explicó que su marido había fallecido hacía dos años; inmediatamente después le preguntó si le apetecía beber algo, quedaba cerveza en la nevera.

Helen le pasó una cerveza a Jim, ella se sirvió una copa de vino y exprimió dos naranjas para llevarle un zumo a la jefa. Esta murmuró entre sueños que cantaban muy bien y aseguró que a la mañana siguiente se encontraría mejor. Helen le echó también un vistazo a Bernard y le llevó una lata de Irn-Bru y unas galletas saladas.

Al regresar a la cocina se encontró a Jim cantando un tema sobre un hombre con bombín que le lanzaba reproches a un lago: le decía que no debía ser redondo sino cuadrado y que no podía ser tan profundo o, si quería serlo, entonces tenía que irse a otro sitio. Era una canción muy graciosa y estuvo bien que así fuera, de lo contrario Helen no habría podido responder de sus actos. Y Jim tampoco.

Cuando los otros tres regresaron del *jacuzzi*, Jim estaba entonando los versos «so be easy and free when you're drinking with me! I'm a man you don't meet every day», «¡estate a gusto y no escatimes cuando salgamos juntos a beber! No soy un hombre que encuentres todos los días» mientras hacía un poco el tonto. Helen pensó que esas palabras eran muy ciertas, se trataba realmente de un hombre de los que no se encuentran todos los días, pero para nada era un chulito como el Jock Stewart de la canción. Los recién llegados se sorprendieron por lo que parecía una fiesta en la casa y fueron apresuradamente a vestirse. Mervyn por fin recibió algo de comer; después se dirigió a la habitación de su ama y se acostó junto a su cama bien contento. Había disfrutado de una velada muy interesante con encuentros inesperados.

La directora del departamento de inversiones pasó una mala noche porque se despertaba cada poco rato tosiendo o moqueando. Helen fue varias veces a su habitación, llevándole infusiones de jengibre y zumo de naranja recién exprimido. Liz se las tomaba, sudaba temblorosa y se volvía a dormir. A veces le llegaba el rumor de música y risas proveniente de la cocina, que percibía como a través de algodón.

En un momento de la noche Helen se sentó al borde de su cama y la ayudó a quitarse, entre escalofríos, el pijama sudado y a ponerse un camisón limpio que la jefa no había visto nunca. Pero no le importó. Tampoco le importó que la cocinera la viera cambiarse. Se tomó las medicinas que le dio, bebió lo que ella le indicó y no puso reparos a que metiera en la cama una bolsa de agua caliente. Después volvió a caer en la somnolencia. Sudaba, daba vueltas en la cama y tenía sueños confusos y angustiosos con plumas, excrementos y pájaros que le caían en la cabeza. Pájaros agresivos que atacaban todo lo que se cruzaba en su camino. Aves enormes y terribles.

Al rato volvió a despertarse totalmente desorientada y sin saber qué hora era. Le dolían la cabeza y las extremidades, tosía mucho, apenas podía respirar por la nariz y tenía la boca seca. Estaba agotada. Pero enseguida apareció Helen, que la ayudó a tomar un té, le proporcionó otro camisón limpio y le refrescó la cara con una toallita mojada. En condiciones normales, Liz detestaría encontrarse tan débil e indefensa, pero lo cierto era que se sentía bien dejándose cuidar por aquella mujer a la que apenas conocía, y sabiendo que al día siguiente todo iría mucho mejor.

Mervyn, susurró. Helen le dijo que le había dado de cenar y que había vuelto a salir de paseo con los otros. Era él quien había ido a despertarla al darse cuenta de que su ama se encontraba mal. Liz intentó ocultar su emoción, acarició la cabeza del perro, se dio la vuelta y enseguida volvió a dormirse. Mervyn se echó de nuevo junto a su ama y Helen regresó a su habitación. Rachel dormía profundamente en la cama de matrimonio. La cocinera se preguntó si el hecho de que los tres del *jacuzzi* se comportaran como un grupo de amigos íntimos, confiados y relajados, podía deberse tan solo a que se hubieran bañado juntos desnudos...

A primera hora de la mañana, Mervyn volvió a despertar a Helen y esta le llevó a Liz otro camisón limpio, cambió las sábanas, le administró las medicinas y algo de beber y comprobó que había empezado a mejorar. La jefa estaba agotada pero la fiebre remitía, no tenía los ojos tan vidriosos y todo indicaba que pronto se sentiría mucho mejor. Le recomendó que siguiera descansando. Gracias, murmuró la enferma, y al instante se le cerraron los párpados.

Mientras los demás desayunaban, Helen preparó unas tostadas y un poco de fruta para la jefa y se lo llevó a la habitación, donde la encontró profundamente dormida. Pensó que eso le sentaría bien, así que regresó a la cocina con la bandeja intacta justo en el momento en que Jim, muy contento y con un bote de mermelada de naranja en la mano, informaba a los demás desde la puerta de la despensa de que parecía que aquella noche cenarían ganso: había uno colgado allí dentro en el que no había reparado antes. En cuanto la vio entrar, preguntó a la aterrada cocinera cómo pensaba prepararlo. Al curri, murmuró ella, pretendía hacer un ganso al curri con las verduras que quedaban y un poco de fruta. Jim dijo que nunca había oído nada parecido, qué idea tan original, tenía muchas ganas de probarlo.

Helen confiaba en que su nerviosismo no se hubiera notado mucho. De ahora en adelante el pavo real era un ganso. Le lanzó una mirada de soslayo a David; él también intentaba que nadie notara su agitación. Por lo que al tamaño se refiere, estaba claro que un pavo real se parecía a un ganso, pero, como le había explicado repetidamente al joven banquero, en cuanto al sabor el faisán era más parecido. Solo esperaba no haberle dicho a nadie sin darse cuenta que comerían faisán, porque ya era del todo imposible dar marcha atrás: lo que había en la despensa era un ganso. Por suerte, nadie pareció interesarse por su procedencia. David se alegró de no encontrarse en la piel de Helen, pero no olvidaba que estaba tan implicado en el engaño como ella. La cocinera, por su parte, no podía alegrarse más de haber despojado al animal de la cabeza, las patas y las plumas.

En ese mismo momento, Andrew se esforzaba por recordar si no era un faisán lo que Helen y David habían comprado en la tienda de Ryszard. Creía que la mujer había mencionado ese animal, pero ya no estaba seguro. Por su parte, Helen tampoco lo estaba. ¿Se le había escapado algo sobre el faisán mientras estaba en la cocina con Andrew y los demás construían la cabaña? No lograba acordarse. Rápidamente le preguntó al banquero por el chichón;

quiso saber si había aumentado durante la noche y si tenía dolor de cabeza. Este contestó que se encontraba bien. Le resultaba violento hablar en público de sus dolencias, pero así también dejó de preocuparse por los gansos y los faisanes.

Menos mal que nadie les había preguntado qué habían hecho exactamente con el pavo real, pensó Helen. A la jefa le había bastado con oír que lo habían hecho desaparecer del todo, no quiso saber los detalles.

Cuando Liz se despertó a media mañana de un sueño profundo y reparador se sintió realmente mucho mejor. Debía de hacer un día de sol brillante y cielo azul porque por las rendijas de las cortinas se colaban rayos luminosos. Se puso un grueso jersey, se dirigió al baño y oyó que en el salón estaban otra vez inmersos en una sesión de trabajo aparentemente muy divertida por las risas que le llegaban. Se encontraba aún demasiado débil para sentirse culpable por no estar con su equipo, como era su deber. Se lavó la cara procurando no mirarse mucho en el espejo y regresó a la habitación.

A los cinco minutos apareció Helen con té, zumo recién exprimido y un cuenco de porridge caliente con nata, miel y fruta fresca. Liz sonrió. La cocinera descorrió las cortinas y anunció que hacía un día maravilloso, con el cielo azul y todo cubierto de nieve. Después le preguntó cómo estaba, tenía mucho mejor aspecto. La jefa le dio las gracias por haberla cuidado durante toda la noche, confirmó que se sentía mejor y le preguntó qué clase de prenda le había puesto, hacía siglos que no veía un camisón tan horroroso. Helen respondió que pertenecía a lady Fiona, que la noche anterior les había llevado medicinas, bolsas de agua caliente y aquellos camiones, y todavía preguntó si necesitaban algo más. Una señora realmente encantadora. A la cocinera le remordió la conciencia por servir al grupo el pavo real de los McIntosh, pero en el fondo no era la responsable, ella solo intentaba sacar algo positivo de aquella situación. Y tampoco Mervyn tenía la culpa, como todos creían. Quién era el culpable, quién había matado al pavo real y por qué, seguía siendo un misterio.

Algo más tarde, lady Fiona se presentó en el ala oeste para interesarse por el estado de la directora del departamento de inversiones. Liz la recibió en su habitación para agradecerle los camiones y las medicinas, y la anfitriona le ofreció un chándal que podía usar durante el día. Para su propia sorpresa, la

jefa lo aceptó. Aún se sentía enferma y estaba claro que aquella vestimenta sería mucho más cómoda que su rígida ropa de marca. Aquellos días habían resultado tan distintos de como los había imaginado que ya todo daba igual, se encontraban en estado de excepción. No iba a pasar nada porque la vieran en chándal. De hecho, incluso Bernard llevaba vaqueros y jersey, por no mencionar que Jim y David ni siquiera habían metido en la maleta los trajes que llevaban en el banco. Andrew, por su parte, había conseguido mantenerse impecablemente vestido, como siempre: elegante pero *casual*, profesional pero no desabrigado para aquella casa señorial congelada e imposible de caldear.

La segunda razón de la visita de la anfitriona era avisarles de que la quitanieves no subiría al valle aquel día. Eso significaba, como ya se temían, que el grupo no podría marcharse; era imposible que los coches atravesaran la nieve. Sin embargo, el lunes subirían las temperaturas y además podrían contar con la quitanieves. Ryszard se iba a ocupar en un rato de habilitar el camino que llevaba de la entrada de la mansión a la carretera, para que al día siguiente pudieran partir sin problemas. Por supuesto, el grupo tenía a su disposición el teléfono de la mansión para informar a sus familias y al banco de que se retrasarían un día.

Liz se sorprendió a sí misma pensando que no le importaría quedarse aislada más tiempo recibiendo los cuidados de Helen y lady McIntosh. Pero solo fue un momento. Claro que quería volver a casa y a su trabajo y recuperar el control de su vida. En su casa tenía calefacción central y una ducha en condiciones. Y una farmacia a la vuelta de la esquina. Aun así, estaba conmovida por lo bien que la había atendido lady Fiona. Aceptaban muy agradecidos el ofrecimiento del teléfono, respondió. Después añadió, mirando a Helen, que seguramente les quedarían provisiones suficientes para invitar a los anfitriones a cenar y así agradecerles su gran amabilidad. Se sentía en deuda con lady McIntosh. Helen asintió, claro está, pero en su fuero interno se asustó mucho porque aquello significaba servirle al matrimonio su propio pavo real. Fiona afirmó que no era necesario, de hecho le sabía mal que no pudieran volver el día previsto y que la jefa hubiera pillado aquel terrible resfriado; tenía la sensación de que les debía una disculpa. Liz contestó que pedir disculpas por el tiempo carecía de sentido. No obstante, reflexionó que los anfitriones debían plantearse muy en serio no alquilar en pleno invierno un ala del edificio que era imposible de calentar. Pero, por supuesto, no dijo nada. Para la hora de la cena esperaba estar lo bastante recuperada para

reunirse con los demás.

Casi se arrepintió de la invitación cuando pensó que Helen no solo tendría que ocuparse de cuidarla a ella, sino que además se vería obligada a cocinar para otros dos comensales. Parecía que la fiebre le impedía pensar con claridad. Por otra parte, no se lo había consultado al resto del grupo y, quién sabía, a lo mejor los McIntosh tenían planes para la noche y no les agradaban ese tipo de improvisaciones. Aun así, qué planes iban a tener si estaban allí aislados... A Liz le remordía la conciencia porque su perro había matado a un pavo real de la casa y ella se lo había ocultado a los anfitriones; no solo eso, también les había supuesto una carga con su enfermedad. A lo mejor aquella cena podía servir de compensación.

Por su parte, lady Fiona también tenía mala conciencia por no haberle confesado a la jefa del departamento de inversiones que el pavo real loco le había abollado el coche.

En cuanto a Helen, tampoco ella tenía la conciencia nada tranquila: no estaba bien servir a los McIntosh su propio pavo real. Sin embargo, ninguna de las tres podía dar marcha atrás y así, fingiendo alegrarse mucho, acordaron que el matrimonio acudiría a la hora de la cena. Helen deseaba que se la tragara la tierra y Fiona pensó que tendría que dejarle algo preparado a Aileen porque, con la escayola, no podía prepararse ni un sándwich.

Aquella mañana temprano había sucedido algo sorprendente en el salón. La noche anterior, mientras Rachel, David y Andrew disfrutaban del *jacuzzi* y Jim cantaba en la cocina con Helen, Bernard se había quedado en el sofá con hielo en la rodilla y se había dedicado a revisar el rotafolio y la pizarra de corcho con los avances del día. Pasó un buen rato reflexionando y luego empezó a añadir cosas acá y allá y a recolocar los elementos del organigrama que habían proyectado entre todos. Durante la velada nadie se había fijado en los cambios. Sin embargo, por la mañana, cuando se reunieron en el salón después del desayuno para la siguiente sesión, Bernard se aclaró la voz para decir que quizá se había precipitado al trabajar por su cuenta y que esperaba que no se lo tomaran mal, pero que había querido probar un par de ideas que le parecían sensatas. Aunque, por supuesto, había que ver qué opinaba la jefa. Claro, la jefa, murmuró Andrew, pero no tardó en darse cuenta de que las modificaciones de Bernard eran, en efecto, muy interesantes. También David y Jim apreciaron rápidamente las propuestas, estuvieron de acuerdo en muchos aspectos, expresaron opiniones distintas o sugerencias de mejora y, juntos, los

banqueros desarrollaron en poco rato unos planteamientos que dejaron a Rachel pasmada. No dejó de preguntarse qué había funcionado mal hasta entonces y por qué diantres la habían contratado. La joven no podía contribuir al contenido porque los hombres se hallaban inmersos en las complejidades del sistema financiero y las estructuras bancarias. Estaban tan ensimismados que toda animosidad personal parecía haber desaparecido. Discutían, exponían ideas y planes, a veces hasta se reían, se daban la razón y se contradecían a partes iguales y se pusieron muy colorados. De vez en cuando la psicóloga les sugería una metodología distinta o los animaba a que profundizaran en algún asunto con otro enfoque. No podía evitar preguntarse si aquella sesión se habría desarrollado igual sin estar aislados por la nieve, sin *jacuzzi* , sin rodillas lesionadas o sin canciones a media noche. O con la jefa presente.

Pero la jefa seguía en la cama, reposando. A veces daba una cabezada y el movimiento súbito la despertaba. Estaba agotada pero la fiebre remitía, ya no le dolía la cabeza y respiraba mucho mejor. Aunque tenía un herpes. Por suerte, lady Fiona contaba con innumerables cajas de pañuelos de papel, parecía que al vivir tan lejos de la civilización procuraba provisionarse bien. En casa, cuando se le acababan los pañuelos, Liz compraba una sola caja.

Cada vez que se despertaba oía a los hombres inmersos en una animada conversación que parecía muy positiva. Deseaba participar con ellos o, al menos, poder escucharlos a hurtadillas. No estaba bien que trabajaran sin ella y desarrollaran ideas sin su aprobación, pero se encontraba demasiado cansada para enfadarse y se dio la vuelta para continuar durmiendo. Quién sabe, pensó, a lo mejor su equipo no estaba haciendo tonterías, a lo mejor se las arreglaban bien sin ella, a lo mejor no eran tan estúpidos y a lo mejor era cierto lo de su manía por controlarlo todo. Pero por el momento todo eso carecía de importancia, solo quería descansar. De vez en cuando aparecía Helen para preguntarle cómo estaba y si necesitaba algo. Después se llevó de allí a Mervyn y lo mandó a dar un paseo por la nieve con los demás.

Rachel y los banqueros apenas notaron lo rápido que había volado el tiempo. Al terminar su paseo con Mervyn, tomaron un almuerzo breve (una sopa espesa de patatas dulces con cilantro acompañada de pan casero) y reemprendieron el trabajo. Se percataron con sorpresa de lo poco que sabían de las labores de sus colegas y de que progresarían mucho más si todos compartieran sus destrezas y conocimientos. Es decir, fueron conscientes de que debían esforzarse por comunicarse mejor e intercambiar ideas con más

eficacia. Se sintieron un poco avergonzados por lo obvio de aquel descubrimiento. Para construir la cabaña, expuso Bernard, necesitaron discutir bastante sobre cómo iban a proceder, seguramente porque no lo habían hecho nunca y carecían de una rutina establecida, como sí les ocurría en el banco. Allí todos hacían siempre las mismas cosas y pensaban que compartían los mismos conocimientos. De la cabaña nadie sabía nada y eso los obligó a comunicarse mejor y a trabajar como un verdadero equipo. En ese momento Jim recordó que había encontrado un arma en el bosque y no se lo había comunicado a nadie. Miró fijamente a Rachel, pero esta fingió no darse cuenta. A lo mejor la joven pensaba que nadie había descubierto la escopeta. ¿O era posible que no la hubiera escondido ella? ¿Sería obra de otra persona? Por lo que él sabía, la psicóloga no la había recogido, no había salido sola de la casa en ningún momento. Pero ¿quién escondería un arma en el bosque y por qué? Aquello era un disparate.

David pensó que no le había contado a nadie que la cena de aquella noche consistiría en pavo real. Pero eso era muy distinto a lo del banco; allí no se ocultaban las cosas a propósito, el problema era que no sabían comunicarse bien.

A Bernard ni siquiera se le había ocurrido decirles a los demás que había visto al lord saliendo del bosque con una escopeta colgada al hombro. ¿Por qué iba a hacerlo?

Mientras tanto, Mervyn anduvo entrando y saliendo del salón para ir a ver a su ama, a la que solía encontrar dormida. Luego visitaba a Helen en la cocina, donde recibía un trozo de salchicha, y regresaba con los demás. Ya se sentía como en casa. Estaba contento y le parecía que los humanos también lo estaban.

En un momento de la tarde apareció Liz en la sala. Aún se la veía desmejorada pero no parecía tan enferma, era obvio que se estaba recuperando. Eso sí, tenía una pinta rarísima con un chándal color burdeos en las antípodas de su estilo. Lo primero que hizo fue disculparse por su atuendo y pedir comprensión, el modelito se lo había prestado lady Fiona. Para la cena se vestiría adecuadamente. Ya que hablaban de eso, continuó, había invitado a los anfitriones a cenar, esperaba que a nadie le pareciera mal; quizá se había precipitado al hacerlo por su cuenta. Los otros pensaron que ya habían oído antes esa frase y se apresuraron a tranquilizarla asegurando que no les parecía mal en absoluto, los McIntosh eran gente increíblemente simpática y desde luego nadie sería tan descuidado como para contarles que Mervyn se había

cargado a uno de sus pavos reales. Después le preguntaron cómo se encontraba. Muy bien, repuso la jefa, o al menos mucho mejor, Helen la había cuidado de maravilla durante la noche. Por la mañana le habían llegado animadas voces desde el salón, sentía mucha curiosidad y le gustaría que le contaran qué habían estado haciendo.

Los hombres decidieron que Bernard presentaría los resultados de su trabajo, tarea que este realizó con agrado. Así, explicó cómo podían multiplicar sus energías mediante pequeños cambios en sus ámbitos de responsabilidad: quién debía consultar con quién en qué casos, quién debía informar a quién, y cómo lograrían optimizar la comunicación mediante reuniones departamentales semanales. Por decirlo de otro modo, continuó, Jim podía permanecer en la cocina pero debía prestar más atención a las necesidades alimentarias de sus compañeros, y los paneles de mandos frente a los que, según Andrew, se encontraba cada uno debían quedar mejor definidos. Sus colegas se sorprendieron de que retomara las metáforas del primer día y después se lanzaron a completar, añadir y desarrollar lo que había dicho. La jefa prestaba atención, asentía y guardaba silencio. Tanto silencio que los hombres se sintieron algo incómodos, no era lo normal en ella. Temían haber ido demasiado lejos porque las reestructuraciones que proponían afectaban también a las responsabilidades y competencias de la directora. Así que enseguida explicaron que todo aquello solo eran propuestas y primeras ideas, nada más que una especie de borrador.

Sin embargo, la jefa guardaba silencio porque estaba muy impresionada. Casi llegó a pensar que su equipo trabajaba mejor sin ella. No obstante, percibía que el ambiente era muy bueno y no le daba la impresión de que quisieran librarse de su presencia sino todo lo contrario: parecían contentos de informarla de sus avances y estaban empleando todas sus energías en ello. Habían pensado muy bien quién podía aportar qué fortalezas a qué ámbitos y dónde se podían utilizar mejor las sinergias del trabajo en equipo. También se habían preocupado de que cada uno tuviera la oportunidad de aprender algo nuevo que le gustara y, a su vez, pudiera desentenderse de algo que le disgustara para que, en general, todos se sintieran más contentos. Y el plan la incluía a ella, como enseguida apreció. Al final iba a resultar que tenía en su departamento personas muy inteligentes.

Liz notó que aún le fallaban las fuerzas. Agradeció a todos su magnífico trabajo con palabras muy elocuentes y les aconsejó que se tomaran un descanso. Estaba encantada de contar con un equipo tan competente y

comprometido, pero debían excusarla porque necesitaba seguir reposando. Antes de marcharse añadió que le agradecería tomar un baño antes de la cena y preguntó si sería posible o si los turnos ya estaban repartidos. David contestó que, según el plan, le tocaba a él, pero que, sinceramente, prefería las duchas a los baños. Entonces la directora del departamento de inversiones les presentó sus disculpas por la tonta idea de separar los aseos en «señoras» y «caballeros», no sabía qué mosca le había picado.

Liz entró en su habitación, se acurrucó debajo del edredón, contempló un instante el valle nevado y se quedó dormida al instante. En el salón, los hombres seguían estupefactos por sus palabras, sorprendentemente emotivas y sinceras.

A lo largo de la tarde todos desfilaron por la cocina de los McIntosh para telefonar a casa. Jim fue el encargado de llamar al presidente de la junta directiva para informarlo de que estaban aislados y de que Liz había caído enferma, razones por las cuales le resultaría imposible asistir a la reunión del día siguiente. El presidente no se mostró precisamente encantado con la situación, por decirlo en términos suaves: aquella maldita reunión era muy importante, gruñó. Pero Jim le explicó con claridad que no había nada que hacer, se encontraban atrapados en el valle. Nadie alteraba su tranquilidad de espíritu, ni siquiera el presidente de la junta directiva. Su esposa, por su parte, se limitó a encogerse de hombros; eran un matrimonio bien avenido, pero ya no tenían mucho que contarse.

Muy distinta fue la reacción del marido de David, que se mostró profundamente decepcionado al saber que su viaje de cumpleaños a Cambridge se desvanecía en el aire. Sin embargo se recobró enseguida para consolar a David, que estaba tan abatido como él. Se repitieron muchas veces que organizarían la escapada en otro momento y que tenían muchas ganas de verse.

La esposa de Andrew se rio al escuchar la historia y enseguida notó que su marido sonaba muy relajado. Se quedó asombrada cuando le contó que todo iba bien y que la experiencia estaba resultando incluso agradable. Le deseó un buen viaje de vuelta y expresó su esperanza de que de verdad al día siguiente subieran las temperaturas y apareciera la quitanieves. Los niños le mandaban besos, su hija se moría de ganas de enseñarle su medalla en salto de longitud.

El jefe de Rachel le preguntó con perceptible mala conciencia cómo iba todo, y ella lo informó con gran satisfacción y con gran lujo de detalles de que el fin de semana había sido un éxito. Incluso añadió que le agradaba la perspectiva de quedarse un día más. Después se interesó por su salud. Él afirmó escuetamente que se alegraba de que el trabajo fuera bien y se las arregló para colgar muy deprisa.

Bernard no tenía nadie a quien llamar.

Para cenar hubo ganso al curri. Solo David y Helen sabían que en realidad no era de ganso. En todo caso, hubo ave al curri.

Lo primero que pidió el lord tras repartir saludos al entrar en la cocina fue que hicieran el favor de sacar de allí las plumas de pavo real lo más rápido posible. Tenerlas en casa traía mala suerte, esto lo sabía cualquiera; de modo que, si eran tan amables, debían tirarlas al contenedor. Él no era supersticioso, pero con semejante cantidad de plumas alrededor no era de extrañar que todos estuvieran enfermos y no pudieran volver a casa según lo previsto. Los banqueros se quedaron muy sorprendidos porque hasta aquel momento el lord les había parecido una persona muy sensata. Helen le explicó que quería regalárselas a su sobrina y preguntó si alguien podía llevarlas a su coche. Al anfitrión le pareció muy peligroso, ¿meter plumas de pavo real en un vehículo! Era como si pidieran a gritos tener un accidente. Helen respondió que no ponía en duda sus aseveraciones pero que solo se cumplían si se creía en ellas, y ese no era su caso, así que no tendría problemas. Los demás no supieron muy bien qué decir.

Jim se llevó las plumas al coche mientras Andrew preguntaba, por cambiar de tema, si al principio no habían comentado algo de un faisán; creía que era temporada de faisanes, y los McIntosh lo corroboraron. Lo de la temporada. La cocinera fingió no haber oído nada y procedió a asignar los sitios en la mesa. Todos tomaron asiento, Helen pidió que le pasaran los platos y fue sirviendo curri mientras David se preocupaba de que todos tuvieran bebidas. Entonces Jim afirmó haber leído que en algunos sitios de por allí se criaban faisanes con el fin de soltarlos en los valles y que los aficionados pudieran cazarlos. El lord lo confirmó y explicó que aquello se hacía especialmente con los urogallos. A él le parecía fatal: solo para que unos cuantos urbanitas se pasearan por el monte y pudieran entregarse a su pasión por la caza... Pero bueno, lo toleraba en sus terrenos porque así eran las cosas. La puesta en libertad de las crías suponía siempre algunos problemas porque las pobres no conocían la vida en la naturaleza; deambulaban en grupos por las carreteras y eran demasiado tontas para esconderse entre los arbustos cuando se acercaba un coche. Lo que hacían era correr delante de los vehículos, a veces durante

cientos de metros; parecía que en cualquier momento morirían agotadas. Por suerte, la mayor parte de las veces acababan aleteando y refugiándose en la cuneta. Pasados varios días se aclimataban al entorno, se dispersaban y las carreteras volvían a ser transitables. Por lo menos hasta que aparecían los cazadores, pero esa era otra historia. En realidad aquella práctica era bastante perversa, intervino lady McIntosh, pero a ellos les resultaba muy conveniente porque los cazadores siempre les regalaban algún que otro faisán o alguna pieza de venado. Los banqueros no comentaron nada porque su jefa era precisamente una persona como las que acababan de describir sus anfitriones. Para su enorme sorpresa, ella misma lo reconoció declarándose culpable: era una de aquellas cazadoras de ciudad.

Los McIntosh se apresuraron a aclarar que el problema no era el individuo sino el sistema, a lo que Liz respondió que el sistema está compuesto precisamente de individuos. Por eso reflexionaría muy a fondo sobre el asunto para decidir si esa práctica seguía pareciéndole bien.

Cambiando de tema, lady Fiona se interesó por la receta de aquel curri excepcional. Tenía un sabor muy particular, ella sola nunca lo habría identificado como ganso al curri, ¿cómo estaba especiado? Helen se lanzó a enumerar las características de los distintos tipos de curri y les explicó que en la India cualquier cocinero que se precie tiene su propia combinación, al igual que en los buenos restaurantes indios de Gran Bretaña. Lo que estaban saboreando era una mezcla de Madrás, es decir, un polvo más picante, con más ají. Por lo demás, llevaba lo mismo que cualquier curri: cúrcuma, comino, cilantro, pimienta y fenogreco. Se extendió en una larga exposición sobre mezclas para curri y la tradición de especias en la India, contó con todo lujo de detalles el origen de la cúrcuma y su parentesco con el jengibre, disertó sobre el cultivo del comino y del ají y, en resumen, habló mucho más de la cuenta, como siempre que estaba nerviosa. No dejaba de pensar qué pasaría si alguien se encontraba un perdigón, ¿cómo podía haber perdigones en un ganso? Aunque estaba segura de que los había sacado todos meticulosamente, para sus adentros se repetía que todo habría sido más plausible si los comensales creyeran estar degustando faisán. Los gansos se sacrifican en mataderos, no a perdigonazos. Rezaba por haberlos pescado todos, aunque siempre podía quedar alguno.

Por fortuna, su palabrería no molestó a ninguno de los presentes ya que estaban muy ocupados con su propia mala conciencia. Hamish y Fiona porque su pavo real había causado daños al coche de la directora del departamento de

inversiones y no se lo habían confesado. La jefa, los banqueros y Rachel porque creían que Mervyn había matado al pavo real de sus anfitriones. Y Helen y David porque el ganso no era un ganso sino el pavo real en cuestión y, por ello, estaban engañando a todos los demás: a los McIntosh, a la jefa, a los banqueros y a Rachel.

La cocinera continuó perorando sobre las especias un buen rato y luego intentó desesperadamente cambiar de tema para evitar que algún comensal comentara el sabor de la carne. Así que preguntó si alguien había visitado la India.

Liz repuso que había estado una vez en viaje de negocios, pero no era su noche más comunicativa. Seguía sin encontrarse bien y tenía la nariz muy congestionada, por lo que debía concentrarse en respirar sin masticar con la boca abierta. No comió mucho y se moría por regresar a la cama, pero sacó fuerzas para quedarse. Volvía a estar perfecta con sus vaqueros de marca y su jersey de cachemira; su aspecto era a la vez elegante y desenfadado, no tan rígido como en el banco, pero en absoluto tan casero y familiar como con el chándal de lady Fiona. No habló mucho de la India, pero sí mencionó que le había gustado especialmente la comida, con lo que echó por la borda el intento de Helen de cambiar de tema.

La anfitriona aseguró que solo en otra ocasión había tomado un curri tan exquisito. Aquel verano se había alojado allí un matrimonio encantador, también de Londres, que los había invitado a una cena fantástica. El lord quería evitar a toda costa que la conversación derivara hacia el otro acontecimiento que había tenido lugar aquella noche. Con tal fin les comentó algo que encontraba divertido: la gente daba por hecho que su vida allí arriba los empujaría a viajar y a ver mundo, pero en realidad eso no les hacía ninguna falta; solo tenían que quedarse en casa y el mundo viajaba hasta ellos. La prueba era que el mejor curri del mundo se encontraba en ese momento en aquel valle escocés dejado de la mano de Dios y aislado por la nieve. Sí, sí, señor comodón, lo interrumpió lady Fiona. Ella tenía muchísimas ganas de visitar Asia, explicó, pero no había quien sacara a su marido del valle. Siempre ponía como excusa los animales y la propiedad en general, como si Aileen y Ryszard no fueran capaces de encargarse de todo durante unas cuantas semanas. Pues claro que eran capaces, repuso el lord, y añadió que no era tan inmovilista como su esposa lo describía; a veces sí que viajaban; por ejemplo, el año anterior habían estado en Roma. Y así por fin se produjo el ansiado cambio de tema, los comensales pasaron de Italia a Grecia y de ahí a

Turquía, relataron vacaciones y viajes de estudios, hablaron de amigos que vivían en otros países y poco a poco todos pudieron relajarse.

Pero fue solo hasta que lord McIntosh preguntó si, a propósito de gansos, alguien sabía algo del suyo, el que andaba siempre por ahí asustando a la gente. Se fijó en él por última vez la mañana del día anterior y no le había visto el pelo desde entonces. Aquello era raro porque normalmente, con tanta nieve, se habría refugiado con los pavos reales en el cobertizo trasero para pelearse con ellos por la comida. No, negaron los banqueros tras reflexionar un momento, no lo habían visto aquel día en las dos veces que habían salido; aunque, claro, no lo iban buscando. Nadie lo había echado de menos.

Andrew se quedó helado. La noche anterior, contraviniendo las órdenes recibidas, dejaron suelto a Mervyn, que estuvo un buen rato desaparecido mientras se bañaban en el *jacuzzi*. Si había sido capaz de matar a un pavo real el primer día, bien podía haberse cargado también al ganso en algún lugar del bosque. Y después se lo había llevado a la cocinera, que le había sacado el mejor partido posible. A la mañana siguiente debía intentar seguir las huellas del perro en la nieve, aunque seguramente ya se habrían borrado. También David y Rachel palidecieron. Era horrible hacerles semejante faena a los McIntosh: primero un pavo real y luego el ganso, aquello se había convertido en una auténtica carnicería. La verdad, nunca habrían sospechado algo así de Mervyn, que parecía muy tranquilo y obediente. Al fin y al cabo, un setter irlandés no era un lobo.

Helen rio a duras penas y se apresuró a aclarar que el ganso de la cena lo había traído ella, se trataba de un animal feliz proveniente de una granja ecológica cercana a su casa. David se atragantó al escucharla; no sabía si sentía admiración o terror por la seguridad y la convicción con que mentía la cocinera. Por el amor de Dios, exclamó lady McIntosh, esperaba que no pensarán que habían insinuado que se trataba de su animal. El curri había hecho recordar a su marido que debía preguntarles si lo habían visto, nada más. Encima, su ganso era ya muy viejo, jamás resultaría tan tierno como aquel; el suyo estaría correoso como el cuero.

David permanecía en silencio. El pavo real estaba delicioso y, lo mismo que a los demás, le habría sido imposible descubrir el engaño. El plato estaba tan bien condimentado que nadie podría determinar de qué tipo era la carne. ¿O sí? En realidad ya le daba igual. Se sentía culpable porque sabía perfectamente que se trataba del pavo real de sus anfitriones y que Helen y él

estaban mintiendo a todo el mundo. Por si eso fuera poco, los McIntosh le habían perdido la pista a su ganso coincidiendo con el tiempo que Mervyn había estado desaparecido. No importaba dónde lo hubiera devorado o escondido, al final alguien acabaría encontrando las plumas y los restos. Si resultaba que el perro se había cargado también al ganso, David se convertiría en cómplice por partida doble, y ese pensamiento lo hacía sentirse fatal.

En esa ocasión fue la jefa quien cambió de tema describiendo a los McIntosh los desperfectos que había descubierto en su coche y que no podía explicarse. Quizá se habían producido de camino al valle, aventuró, y les preguntó si aquello era habitual, dado que ella no estaba acostumbrada a conducir por el campo. El matrimonio se esforzó mucho por parecer sorprendido. Rachel casi esperaba que les contaran que uno de los pavos reales atacaba cosas azules, pero no lo hicieron. Aquel cambio de tema no contribuyó precisamente a relajar el ambiente.

Y así la velada transcurrió en una atmósfera un poco extraña. Aquejados por la mala conciencia, todos deseaban poder arreglar la situación y se esforzaban al máximo por ser amables. La jefa se excusó de todas las maneras posibles para retirarse a descansar realmente temprano. Aún no se sentía bien del todo, explicó, había pasado una velada muy agradable, pero necesitaba tumbarse de nuevo, lo sentía en el alma. No era preciso que se levantaran, podían quedarse sentados, faltaría más.

Lord y lady McIntosh no lo hicieron, por supuesto. Al poco rato se despidieron ellos también; les agradecieron el delicioso curri y les anunciaron que al día siguiente pasarían a avisarlos de que podían emprender el viaje de regreso en cuanto tuvieran noticia de que la quitanieves había hecho su trabajo. Probablemente eso no sucedería hasta primera hora de la tarde, en ningún caso sería temprano por la mañana. Volvieron a disculparse por las molestias que la nieve había ocasionado y sus huéspedes repitieron por enésima vez que no era culpa suya, de hecho se lo habían advertido, así que en realidad los únicos responsables eran ellos mismos. Los banqueros, por su parte, les agradecieron mucho la hospitalidad, la invitación a utilizar el *jacuzzi* y los cuidados que lady Fiona había prodigado por la noche a su jefa con tanta solicitud y cordialidad.

Hamish y Fiona McIntosh salieron del ala oeste y rodearon la mansión buscando al ganso. Después llegaron hasta el antiguo lavadero, donde le gustaba quedarse, pero tampoco se encontraba allí. Recorrieron todos los lugares que el animal solía frecuentar. En una ocasión les pareció escuchar su graznido, pero luego resultó que se trataba de un ruido distinto proveniente del bosque.

Hamish comentó que el curri estaba muy bueno. Fiona respondió que así era y, tras una larga pausa, añadió que su ganso nunca habría quedado tan tierno; era viejísimo, desde luego que no se lo habían comido. El lord respondió que no pretendía insinuar tal cosa, por nada del mundo acusaría de algo así a los banqueros, y menos aún a Helen. Su esposa, por el contrario, afirmó que si de alguno se esperaba algo así era precisamente de ella, tenía la impresión de que la cocinera era más lista que el hambre. Pero no podía haber matado al ganso de sus anfitriones, objetó Hamish, eso era ir demasiado lejos. Seguro que el animal había fallecido en el bosque. En realidad no sabían cuántos años tenía ni cuánto podía vivir un ganso, a lo mejor le había llegado su hora. O había muerto por hipotermia, aunque en inviernos pasados habían sufrido episodios de frío más duraderos y con temperaturas más bajas que las de aquellos días y no le había pasado nada. O quizá había caído en las garras de un zorro o de un gato montés. Eso era lo más probable. Ya no quedaban muchos gatos monteses, pero a veces aparecía alguno.

El lord preguntó si con la edad también los gansos sufrían demencia y, a consecuencia de ello, se desorientaban, pero la verdad es que el matrimonio no estaba de humor para bromas. No había pasado tanto tiempo desde que muriera Victoria, después tuvieron que sacrificar al pavo real loco y ahora el ganso estaba desaparecido. Ya estaba bien de percances, más valía que los demás animales se mantuvieran sanos y felices y vivos. Dieron una última vuelta a la mansión y entraron por la puerta de la cocina, donde el animado saludo con el que Albert y Britney los recibieron consiguió alegrarlos. Ambos convinieron en no contarle nada a Aileen sobre la desaparición del ganso.

Sin embargo, ese día Aileen había paseado varias veces con los perros y

también había echado de menos al animal. Se las había arreglado para ponerse el abrigo y las botas con una sola mano. Y para encontrarse casualmente con Ryszard. Mientras los McIntosh estaban en el ala oeste, salió de nuevo con Albert y Britney para comprobar si el ganso había aparecido. Al principio no quiso inquietar al matrimonio, pero había llegado el momento de contárselo. En cambio, lo primero que les preguntó cuando entraron en la cocina fue qué tal había ido la cena y qué habían tomado. A ve al curri, respondió el lord con cautela, y Aileen enseguida quiso saber de qué ave. De ganso, contestó lady McIntosh; aunque no era un plato habitual estaba delicioso, sin duda la cocinera conocía bien su oficio y, además, les había contado un montón de cosas interesantes sobre el curri. Fiona deseaba cambiar de tema lo antes posible, pero la joven se sentía muy preocupada, y así se lo hizo saber. Los informó de que llevaba todo el día buscando al ganso, que no estaba en el cobertizo con los pavos reales, y les preguntó si sabían algo de él. Si no recordaba mal, la última vez que ella lo vio fue el día anterior, por la tarde.

Lord McIntosh frunció el ceño y afirmó que no creía a Helen capaz de... No, no, lo interrumpió Aileen, para nada estaba insinuando eso, era solo que estaba preocupada. Aunque, ahora que lo mencionaba, esa cocinera parecía una mujer muy decidida, y si lo pensaban bien, la mala climatología la había obligado a cocinar un día más de lo previsto...

Por favor, intervino Fiona, aquello era un disparate. Y repitió las explicaciones lógicas que su marido y ella habían comentado momentos antes.

Aileen se ofreció a buscarlo una vez más. El matrimonio hizo un gesto negativo, precisamente acababan de hacerlo ellos. El ganso no estaba en el cobertizo; habían rodeado dos veces la casa y visitado todos los lugares que solía frecuentar, también sin éxito.

Y así prepararon un té y se fueron temprano a dormir. De haber salido otra vez habrían visto tres figuras en albornoz y sin perro que se dirigían al *jacuzzi* atravesando la nieve.

Las tres figuras sumergidas en el agua permanecieron muy calladas hasta que Rachel rompió el silencio: no podía ser que Mervyn hubiera matado al ganso, ¿o sí? Los hombres no lo creían, aunque no debían olvidar que el perro ya se había cargado a un pavo real. Andrew les recordó que el pavo real muerto estaba casi intacto; añadió que normalmente los perros no son tan cuidadosos cuando matan animales, ni corren después a llevárselos a sus dueños. Quizá tenía que ver con el hecho de que Mervyn no era un animal salvaje, opinó David, sino un perro de ciudad; era difícil saber cómo afectaba eso a su instinto. O a lo mejor se debía a que salía de caza con la jefa, aunque estaba entrenado para presentar presas abatidas, no para matarlas él mismo. Estuvieron de acuerdo en que todo aquello resultaba muy raro. Rachel especuló con la idea de que Mervyn le hubiera llevado el ganso a otra persona, más en concreto a Helen, que lo mimaba hasta la exageración. Si el perro era capaz de presentarle un pavo real a su ama, bien podía ofrecerle un ganso a la cocinera. Seguramente no era tan inofensivo como parecía. Rachel y Andrew consideraron muy probable que acabaran de cenarse el ganso de los McIntosh.

Por supuesto, David sabía de muy buena tinta que no se habían comido ni aquel ni ningún otro ganso, sino el famoso pavo real. Pero eso no aclaraba qué había hecho Mervyn con el ganso, si es que estaba implicado en su desaparición. Y eso parecía lo más probable...

David cada vez se sentía más incómodo. Intervino para opinar que esas afirmaciones iban demasiado lejos, Helen nunca haría algo así. Sabía que aquello no era cierto, claro, porque la cocinera había hecho exactamente eso, aunque no con el ganso. El joven banquero estuvo a punto de confesar la verdad. Pero entonces Rachel lo interrumpió para comentar que Helen había pasado la mitad de la noche levantada. Ella se había imaginado que estaba atendiendo a la jefa, proporcionándole bebidas, medicinas y camisones limpios, y tomándole la temperatura, pero a lo mejor también se había dedicado a desplumar y preparar el ganso. Los hombres le preguntaron si de verdad creía a la cocinera capaz de hacer algo semejante y ella se apresuró a negarlo, aseverando que solo era una broma y que se daba cuenta de que en

realidad no tenía gracia. Estaba claro que no se habían comido el ganso de los McIntosh.

David se quedó callado; tampoco Rachel y Andrew dijeron nada. El silencio era muy distinto al de la noche anterior. Todos se preguntaban si Mervyn habría matado al animal. Dos de ellos creían posible que Helen lo hubiera preparado durante la noche para servirlo en la cena. Los tres deseaban recuperar la atmósfera de la velada anterior, pero ni siquiera el silencio logró restablecerla.

No obstante, el calor del agua fue surtiendo su efecto, así como las estrellas y la nieve, que reflejaba el resplandor de la luna. Andrew estaba ansioso por ver a su esposa y David, a su marido. Por su parte, Rachel estaba contenta de que, después de todo, el fin de semana hubiera sido un éxito. De las actividades que había preparado tan solo comenzaron la construcción de la cabaña; las demás ni las mencionó porque los banqueros trabajaban de un modo muy distinto al que ella había imaginado. Por eso se limitó a intervenir un poco de vez en cuando y se olvidó casi por completo del programa previsto. No estaba segura de haber resultado de utilidad para el grupo, pero de momento aquello daba igual. Sin duda el equipo se había beneficiado de la experiencia, se les notaba a todos, y los resultados colgados en la pizarra de corcho lo confirmaban. Hasta qué punto eso era obra suya no era tan importante, desde luego no para el banco. Aunque para ella quizá sí lo fuera... Y se sumergió un poco más en el agua.

Al pararse a pensar en el engaño tan audaz en que se hallaba implicado, David sintió una repentina oleada de alegría traviesa. En realidad él no había hecho daño a nadie, el pavo real ya estaba muerto y la idea de cocinarlo no había sido suya. Aquella sensación lo asombró. Solo esperaba que Mervyn no hubiese acabado con el ganso. ¡Si lo hubieran dejado atado...!

Cuando regresaron a la casa no encontraron a nadie cantando. La jefa estaba entregada a un sueño reparador, Bernard también se había acostado (ahora David dormía en la litera de arriba porque su colega no podía subir la escalera con la rodilla hinchada) y Helen y Jim tomaban una copa de vino en la cocina. Se sentaron un momento con ellos, pero la conversación no llegó a cuajar.

Por la mañana el estado de la cuestión era el siguiente: lord McIntosh sabía que el pavo real era el responsable de dañar el coche de la directora del departamento de inversiones, razón por la cual lo había matado de una perdigonada y escondido después bajo la hojarasca. Había tenido que informar a Ryszard para que pudiera ocuparse de asuntos más importantes que mantener a los animales alejados de la casa atrayéndolos con pienso tres veces al día a un claro del bosque. Lady McIntosh también lo sabía. A Aileen no le habían contado nada.

Si Ryszard hubiese sido más perspicaz, se habría fijado en la gran ave colgada en la despensa; pero no había prestado atención. Y aunque lo hubiera hecho, probablemente habría pensado que se trataba de un ganso. O a lo mejor no.

El grupo de londinenses sabía que Mervyn había matado a un pavo real y que David, con ayuda de Helen, lo había hecho desaparecer en el bosque. David y Helen sabían que, para complicar más las cosas, les habían servido el animal transformado en curri. Solo Helen sabía que Mervyn no había acabado con el pavo real, sino que este había muerto de una perdigonada. No podía figurarse quién lo había hecho ni por qué. Sospechaba que el responsable era un furtivo que, pillado *in fraganti*, no había tenido otro remedio que abandonar la pieza. Un furtivo con gustos gourmet, eso estaba claro, porque cualquier otro menos sibarita habría preferido un faisán.

Helen se alegraba sobre todo de haber superado con éxito la cena; parecía que nadie había identificado lo que de verdad habían comido. Quizá alguno sospechaba que se trataba del ganso, pero aquello era absurdo y se demostraría en cuanto el animal apareciera, cosa que sucedería seguro. Aunque ellos ya no se enterarían porque la quitanieves llegaría pronto y todos regresarían a Londres. La gran incógnita era qué había sido del ganso.

David sabía que se habían comido el pavo real y que era el culpable de haber brindado a Mervyn la oportunidad de matar al ganso. Pero no creía que lo

hubiera hecho, por mucho que hubiese acabado con el pavo real. La gran incógnita era qué había sido del ganso.

Todos sabían que el coche de la jefa tenía desperfectos. A su llegada, Rachel presenció cómo un pavo real destrozaba un pliego de papel azul, y sospechaba que ese pavo real era el responsable de los daños. Pero no podía decirlo sin que pareciera que estaba acusando a los McIntosh, que en realidad no tenían la culpa. La joven había prestado mucha atención a los animales porque llevaba un abrigo azul y sentía algo de miedo, pero no observó ningún comportamiento extraño. Igual Mervyn había matado precisamente al pavo real loco, cuyos instintos debían de estar bastante trastornados. Quizá por eso no había podido escapar, de lo contrario habría volado hasta el árbol más cercano para ponerse a salvo.

En cuanto al ganso, Rachel no estaba tan segura. Desde luego creía a Helen perfectamente capaz de desplumar y cocinar un animal que ya estuviera muerto. Sin embargo, le parecía muy poco probable que un ganso cazado por un perro estuviera intacto, y tampoco le entraba en la cabeza que la cocinera les hubiera servido los restos dejados por Mervyn. Además, el ganso de los McIntosh era muy viejo, no podía resultar tan sabroso y tierno como la carne que habían degustado esa noche. La gran incógnita era qué había sido del ganso.

Jim sabía que al menos durante un tiempo hubo un arma oculta en el bosque, no lejos del lugar en el que Mervyn había matado al pavo real. Creía que se trataba de un juego de la psicóloga, aunque desconocía cómo la había llevado hasta allí, cuándo la había recogido luego y qué había hecho con ella. Quizá había ido al bosque durante la noche sin que nadie lo notara.

Mientras degustaba un bocado de curri se había encontrado un perdigón. Y el ganso de los McIntosh no aparecía. La relación entre ambas cosas resultaba más que evidente, aunque no entendía por qué la cocinera había hecho algo así; no era normal sacrificar gansos a perdigonazos. Pero si Rachel había escondido la escopeta en el bosque, ¿podía ser que Helen la hubiera encontrado y matado al animal? A lo mejor las dos mujeres estaban compinchadas. Jim no abrigaba la más mínima duda de que habían cenado el ganso de los McIntosh y de que el arma oculta en el bosque era la causa de su muerte. En su opinión, aquella acción tan irresponsable resultaba del todo

innecesaria: quedaba comida de sobra para todos. Aunque en cierto modo admiraba el arrojo de Helen, ¿por qué lo habría hecho? A lo mejor solo le apetecía comer ganso...

Bernard sabía dos cosas: a quién pertenecía el arma y quién la había recogido, puesto que vio al lord regresar con ella al hombro. Sin embargo, ignoraba que su anfitrión había salido de casa sin ella, y que llevaba oculta en el bosque tanto tiempo como el pavo real muerto. No le pareció que aquello tuviera ninguna importancia porque el lord era un terrateniente con terreno boscoso en sus dominios; seguramente era normal que se paseara por ahí con la escopeta.

Lo importante de verdad era que su rodilla había mejorado mucho. Se sentía sorprendentemente bien, incluso estuvo a punto de silbar una cancioncilla camino del baño. La gran incógnita era qué había sido del ganso, pero en realidad eso no le importaba demasiado. El animal solía campar a sus anchas, se habría extraviado o muerto de frío...

Andrew seguía convencido de haber oído en algún momento que iban a comer faisán. Le sorprendió mucho que al final se tratara de un ganso que había traído Helen de Londres porque, cuando la ayudó a transportar las cajas del coche, no había visto ningún ave; aunque seguramente eso no significaba nada. A lo mejor se lo había imaginado... La gran incógnita era qué había sido del ganso de los McIntosh. Mervyn había tenido oportunidad de matarlo. Y habían comido ganso. Prefería seguir ignorando la relación entre los dos hechos.

La salud de Liz también mejoraba. Respiraba mejor y, aunque aún se sentía agotada, notaba que se había repuesto bastante. Y tenía hambre.

De todos, ella era la que menos sabía de cualquiera de las dos aves. El hecho de que hubieran cenado ganso y de que un ganso hubiera desaparecido no la llevó a sacar conclusiones. Estaba muy sorprendida de que Mervyn hubiera matado un pavo real, ¿qué mosca le habría picado? ¿Y qué le había pasado a su coche? Qué había sido del ganso de los McIntosh también era una gran incógnita...

Mervyn era el único que sabía dónde estaba el ganso, pero nadie le preguntó. En general se sentía bastante confuso. Le presentó a su ama un ave abatida, como le habían enseñado, y a cambio se ganó una buena colección de insultos. Los humanos habían dejado el animal en el bosque y luego lo desplumaron para llevárselo a la casa. Aquello era muy raro. Tampoco entendía por qué lo mantenían todo el tiempo atado cuando había tantas cosas por descubrir, por qué no podía corretear con los otros perros ni qué tenía su ama en contra de aquel mono que olía tan bien.

Todos se alegraban de haber progresado tanto gracias al *team building*.

Después del desayuno salieron todos juntos a pasear. Bernard anunció que tenía la rodilla mucho mejor y Liz opinó que ya era hora de respirar un poco de aire fresco. La jefa informó de que aquel día no habría sesión de trabajo. Habían avanzado mucho, bastante más de lo que se había imaginado. De manera que, aparte de regresar a casa, no harían nada más, el viaje ya resultaba bastante cansado. Todo lo demás podía esperar al día siguiente.

Durante el paseo bromearon tímidamente con la idea de que Mervyn saliera del bosque con el ganso de los McIntosh entre los dientes, pero nadie pudo reírse a gusto. Además, lo mantenían bien atado. Cuando pasaron por el lugar en el que les había llevado el pavo real, Liz lo miró fijamente a los ojos y luego exclamó que seguía sin creérselo. Mervyn la observaba desde abajo sin entender nada. Últimamente su ama estaba muy rara.

Unos pasos por detrás, Bernard y David también rememoraban la escena. Bernard encontraba sorprendente que el perro cazara un pavo real y no lo devorara de inmediato, y se preguntó si le disgustaría el sabor. Entonces le comentó a David que en realidad, puesto que Mervyn ya lo había asesinado, podían haberse comido el pavo real; casi le parecía un derroche haberlo enterrado. Preguntó si el pavo real era comestible. Ni idea, repuso su colega, creía que no. David se avergonzó en el acto. ¿Y por qué no iba a serlo?, insistió Bernard, otras aves de ese tamaño sí que se consumían, como los gansos o los pavos domésticos, y seguro que el pavo real tenía mucha menos grasa que el ganso. Entonces cayó en la cuenta de que el curri de la cena no le había resultado nada graso. Con todo, no reveló en voz alta aquel pensamiento y enseguida se le olvidó.

Al regresar a la mansión comenzaron a preparar el equipaje y se sintieron un poco tristes. Se estaba de maravilla allí, con la nieve, los animales, el murmullo del arroyo, el *jacuzzi* y los encantadores anfitriones. Y tan lejos del resto del mundo.

Liz se dirigió a la cocina para pedirle a Helen otra taza de infusión de

jengibre. De camino se fijó en que uno de los cuadros estaba torcido y lo enderezó. Se trataba de un grabado titulado *El pesaje de los pájaros*, que representaba un grupo de hombres recién llegados de caza pesando sus presas en una gran balanza: faisanes, perdices, urogallos e incluso un cisne. En realidad, le comentó a la cocinera, ya que el pavo real estaba muerto podrían habérselo comido, ¿no? ¿Era comestible el pavo real? Helen mantuvo la calma. Claro que sí, contestó; por ejemplo, quedaba delicioso con limón y albahaca. O asado entero al horno, en ese caso había que envolverlo bien en panceta para que la carne no se secara demasiado. Para serle sincera, por un momento se planteó cocinarlo, pero luego no se atrevió a sugerírselo. ¡Esa sí que es buena!, exclamó la jefa, ¿acaso daba tanto miedo que no se le podían proponer cosas un poco fuera de lo común? Ahora ya no, repuso Helen sonriendo. Liz tomó la infusión y se retiró a su habitación para preparar el equipaje.

La cocinera sacó del frigorífico el tupperware con el hígado del pavo real y lo guardó en el fondo de la caja de provisiones. Se lo llevaría a casa y haría con él un paté delicioso. Y se lo serviría a alguien que supiera apreciarlo.

Alrededor del mediodía apareció la quitanieves. El conductor anunció al grupo que no tendrían dificultades para bajar al fondo del valle con sus coches. Solo debían tener cuidado en una pendiente orientada al norte que solía estar resbaladiza. Los McIntosh se despidieron de sus huéspedes disculpándose por las molestias, y los banqueros rechazaron las disculpas asegurando que les quedaban muy agradecidos por su fantástica atención; sobre todo Liz alabó los cuidados recibidos durante la noche. Y así el grupo londinense partió envuelto en una nube de cortesías.

Cuando se subió al coche, Liz recordó los desperfectos y volvió a extrañarse muchísimo. Pero en realidad, pensó, tampoco era un drama, aquella reparación no le iba a costar una fortuna. Había cosas más importantes en la vida.

Hamish y Fiona McIntosh estaban contentísimos de que los banqueros hubieran partido. Tanto era así, que abrieron una botella de champán y estallaron en carcajadas. Primero, el pavo real loco destrozaba el coche de la bruja; segundo, el lord sacrificaba al pavo real (cosa que en realidad no tenía ninguna gracia); tercero, se quedaban aislados por la nieve y los banqueros no podían marcharse; cuarto, la bruja se ponía enferma y de pronto ya no era tan bruja; quinto, se fundían los plomos, y sexto y último, desaparecía el ganso. Era un poco excesivo para un solo fin de semana. Además, no resultaba nada descabellado sospechar que en la cena se habían comido su propio ganso. Esa cocinera era una persona encantadora pero también parecía muy resuelta. Coincidieron en que parecía perfectamente capaz de matar a un ganso, aunque en principio no creían que se hubiera ensañado con el suyo. ¿Para qué iba a hacerlo? Pero un rastro de duda sí que les quedaba...

Quien estaba convencidísima de que los McIntosh se habían cenado su ganso era Aileen. ¿Qué habían comido, si no? Un animal así no desaparecía por las buenas: jamás había pasado, llevaba siglos viviendo allí y siempre se mantenía dentro del mismo radio de acción. ¿Y de dónde iba a sacar la cocinera un ganso? De la tienda de Ryszard no, porque no los vendía. ¿De su casa? Según los McIntosh, eso era lo que había explicado durante la velada, pero la joven no se lo creía. No tenía ninguna duda de que el matrimonio había dado buena cuenta de su propio animal.

Aquella tarde, lord y lady McIntosh salieron a pasear con Albert. Ambos seguían pensando en los banqueros, en la cena y en el ganso. Dieron una larga vuelta, muy callados hasta que Fiona comenzó a hablar de Aileen y de su brazo roto. La joven debía permanecer escayolada cuatro semanas, por lo que tendría que vivir con ellos hasta poco antes de Navidad, y eso suponía un problema. Si estuviera en condiciones de echarle una mano con algunas cosas, entonces estupendo, pero de momento representaba una carga más que una ayuda.

Juntos reflexionaron sobre lo que les esperaba en las próximas semanas: las Navidades se acercaban y con ellas llegarían sus hijos; las clases terminaban y

Hamish debía corregir los trabajos y los exámenes de sus alumnos; Fiona tenía que ocuparse de las cuentas del cierre de año... Se encontraban tan absortos pensando en esas y otras obligaciones que no se dieron cuenta de que Albert se había detenido ante el nevero mirando fijamente el ventanuco, y que se había puesto a ladrar. Continuaron su camino y solo más adelante notaron su ausencia. Lo llamaron. Albert no acudió. Lo volvieron a llamar gritando más fuerte, pero el perro no se movió de donde estaba. Oían sus ladridos en la distancia.

El lord retrocedió unos pasos y lo llamó de nuevo. El animal apareció en un recodo del camino y ladró. Cuando distinguió a su amo, volvió a hacerlo, se dio la vuelta y se alejó. Entonces Hamish comprendió que quería enseñarle algo.

Albert se dirigió al nevero. Cada poco tiempo se detenía para asegurarse de que su dueño lo seguía. Fiona caminaba a escasa distancia de su marido. Antes de llegar a su destino el animal sintió que tenía que convencer a su amo. ¡Debía comprender que algo iba mal! No entendía la lengua de los gansos pero percibía que los graznidos que había oído no eran los de siempre. También sabía que el ganso jamás se metía allí. Su misión era mantener junto al rebaño; el ave debía estar con el resto del grupo, y no en aquel agujero frío y oscuro.

Por fin el lord se dignó mirar hacia el ventanuco. Y entonces se resbaló en la entrada y se desplomó al suelo maldiciendo. Así fue como terminó dentro del nevero.

Y así fue como encontró al ganso. Había acabado allí por accidente el sábado al mediodía. Jamás se habría metido allí por propia iniciativa, la entrada era muy empinada y el lugar, muy oscuro. Con la primera nevada quiso tomar un atajo hacia la mansión y por el camino se resbaló y se cayó dentro. La nieve le impedía subir al exterior y estaba asustado, así que por un tiempo se quedó inmóvil cerca de la entrada. Cuando la vista se le acostumbró a la oscuridad se atrevió a explorar el nevero. Entonces se dio cuenta de que algunas zonas eran menos frías y estaban cubiertas de paja, que el lord utilizaba para evitar la humedad. Aunque no es la comida preferida de los gansos, la paja era mejor que nada y, además, daba algo de calor. Y así había sobrevivido dos días allí.

Sin embargo, había quien conocía lo sucedido. Dos pavos reales estaban al tanto, y también Mervyn. Todos habían visto al ganso por una pequeña abertura en el fondo del nevero, y el animal les había graznado. Pero nadie lo había sacado de allí.

El lord le gritó a su mujer que allí estaba, y esta preguntó a voces que a quién se refería. Pues al ganso, voceó Hamish, y después se quedó pensando en cómo rescatarlo. Sin nieve era fácil entrar y salir, como demostraba el hecho de que a finales de verano él mismo había estado allí extendiendo paja. Pero en aquella situación la empinada entrada resbalaba muchísimo. Parecía claro que el ganso se había deslizado dentro y era incapaz de subir, de lo contrario no se habría pasado allí dos días enteros. De manera que no podía limitarse a dirigirlo hacia la salida. Sabía por experiencia que tampoco conseguiría levantarlo en brazos. Si querían recuperarlo había que construir una rampa.

Ya en el exterior, el lord alabó mucho a Albert por su inteligencia y le dio las gracias por encontrar al ganso y por mostrarle el camino. Se reunieron con lady Fiona y los tres regresaron a la mansión para avisar a Ryszard.

El muchacho acarreó hasta el nevero unos cuantos tablones con los que el lord y él improvisaron una rampa para el ganso. El animal era un poco tontito, estaba algo asustado y había pasado dos días en la oscuridad alimentándose solo de paja, de modo que le costó comprender lo que se esperaba de él y tardó un buen rato en ascender por la rampa. Una vez estuvo fuera, ni graznó, ni atacó ni batió las alas. Sin prestar atención a nada ni a nadie, se fue anadeando derechito al cobertizo, donde lo esperaba el cubo de pienso.

Hamish y Ryszard dejaron los tablones donde estaban y regresaron a la mansión. En la cocina, lady Fiona les preparó un *hot toddy* : puso en dos vasos miel, whisky y zumo de limón recién exprimido y añadió té bien caliente. Los hombres le juraron amor eterno porque estaban congelados. Habían sufrido varios resbalones en la nieve y habían continuado trabajando con los pantalones empapados. Vaya bicho estúpido, le contaron a Fiona, primero no sabía subir y luego ni siquiera había dado las gracias.

¡Y pensar que casi nos lo comimos!, exclamó ella; debería estar contento de que no fuera así y de que Albert lo encontrara. ¡Menudo desagradecido! Entonces los McIntosh le confesaron a Ryszard sus infundadas sospechas de que les habían servido el ganso para cenar. El joven repuso que no creía a nadie capaz de hacer eso, y menos aún aquella señora tan amable que sabía tanto de verduras.

Aileen se alegró mucho de recuperar al animal y de que no hubiera sido devorado. El alivio general, sin embargo, solo duró hasta que la joven comentó que no pretendía inquietarlos, pero creía que faltaba un pavo real. Pensaba que se trataba de un macho joven, seguramente el que se había vuelto

loco en verano. Además, había visto que el coche de la jefa tenía abolladuras y arañazos en el lateral izquierdo. Expectante, se quedó mirando alternativamente al lord y a la lady. Entonces sonó el teléfono. Fiona corrió a contestar, Hamish fingió revisar algo en los fogones y Ryszard se puso a jugar con Britney.

Tal como habían anunciado, los Bakshi estaban al otro lado de la línea. Les encantaría pasar allí el Fin de Año, afirmaron, y luego preguntaron si habría algún *cottage* libre con calefacción suficiente. Se alegraron mucho cuando lady McIntosh los invitó a su cotillón privado que, como les explicó, siempre era muy divertido. Después los futuros huéspedes quisieron saber si el pavo real había entrado en razón. Fiona miró de reojo a Aileen, que en realidad ya se lo imaginaba, tomó aire y, en primer lugar, les dijo a los Bakshi que así eran las cosas y, en segundo lugar, dio permiso a Aileen para escuchar pero que no le gustaría lo que iba a oír: que lo sentía mucho pero el lord había tenido que sacrificar al animal. Les relató con detalle todo lo sucedido, afirmando que su marido no había tenido otra opción. La señora Bakshi ofreció sus condolencias y preguntó con delicadeza si se encontraban muy afectados.

Desde luego Aileen estaba muy afligida. En voz baja y con el labio inferior tembloroso, susurró que aquello no estaba bien, pero luego permaneció en silencio porque Fiona seguía al aparato. De repente se sintió muy triste. El lord había asesinado a un pavo real simplemente porque estaba un poco loco; además, ella llevaba muchos días sin poder hacer otra cosa que pasear, el brazo le picaba una barbaridad por debajo de la escayola y no tenía ni idea de cómo iban a ser sus Navidades... Reprimió un sollozo y entonces notó que una mano se le posaba en el hombro y le daba un apretoncito, una mano grande y callosa con suciedad bajo las uñas. Fue solo un momento, porque Ryszard siguió su camino por detrás de ella, pero duró lo bastante para que la joven temiera echarse a llorar. Descolgó el abrigo y salió de la casa con Britney y Albert. Tras cruzar una mirada con Hamish, Ryszard la siguió mientras Fiona terminaba la conversación.

Y entonces lord y lady McIntosh se quedaron sentados a la mesa de la cocina removiendo el té en las tazas y preguntándose cómo podía creer la gente que nunca pasaba nada en aquel valle solitario. Sentían la pérdida del pavo real y sentían habérselo ocultado a Aileen para tener que contárselo después. Pero al menos el ganso había aparecido y habían sobrevivido a la invasión de los banqueros. La vida seguía su curso.

Por supuesto, para el pavo real la vida no siguió ningún curso. Por eso cuando Aileen regresó con las mejillas enrojecidas insistió en que al menos recibiera un entierro digno. Era lo mínimo que debían hacer, afirmó, sin ocultar su desagrado por el asesinato a sangre fría cometido por el lord. Apuntó que se le podía haber ocurrido encerrarlo en el nevero mientras recababan la opinión del veterinario. Hamish admitió que la joven tenía razón. En cuanto al sepelio, argumentó que con tanta nieve no estaba seguro de poder encontrar el cuerpo y que, además, el suelo estaba helado y resultaría muy difícil cavar una tumba. Quizá podían dejarlo bajo la hojarasca, al fin y al cabo el bosque constituía un sepulcro majestuoso. Se encontraba exhausto por la visita de los banqueros y por la nieve, lo que más deseaba era sentarse a leer delante de la chimenea. Pero Aileen le lanzó una mirada que no admitía réplicas y afirmó que Ryszard podría preparar la tumba con la excavadora que utilizaba para abrir zanjas, nadie tendría que manejar una pala.

Venga, vamos, decidió Fiona. Y lord y lady McIntosh se levantaron, se pusieron sus gruesos abrigos, tomaron un cesto grande y se internaron en el bosque para buscar al pavo real.

Poco antes de Navidades, Helen recibió en su pisito de Londres a su vieja amiga Indira. Llevaban muchos meses sin verse y tenían mucho que contarse. Solo he preparado unos sándwiches, se excusó la cocinera con los ojos brillantes. Su amiga sabía muy bien lo que eso significaba. Helen colocó en la mesa vino y pan hecho por ella, y después descubrió su sorpresa: había preparado un paté de hígado casero. A ver si Indira lograba descubrir de qué animal era, con eso ya le daba una pista de que se trataba de algo fuera de lo común. Indira afirmó que era de ave seguro, se distinguía por el sabor; quizá faisán, aunque notaba algo peculiar... ¿No sería pavo real? Premio, repuso Helen; había dado en el blanco. Y procedió a contarle toda la historia: que el departamento de inversiones de un banco londinense la contrató como cocinera para un retiro de *team building* en una mansión de Escocia, en un pequeño valle al pie de las Highlands, y que el perro de la directora mató un pavo real de la casa y la jefa le ordenó a David, un joven banquero, que se librara del cadáver. Y que entonces ella había ayudado al chico del modo más evidente: cocinando el animal. Ya que estaba muerto habría sido una lástima que se pudriera en el bosque. Por supuesto, no se lo había contado a la jefa. Indira asentía asombrada, y Helen continuó parloteando como era su estilo: cuando desplumó el pavo real se dio cuenta de que la causa de la muerte no era el ataque de un perro sino un disparo. No se explicaba por qué querría alguien matar un pavo real para después abandonarlo en el bosque, se imaginaba que sería un furtivo que había tenido problemas, pero en cualquier caso ella convirtió el animal en un buen curri sin decírselo a los banqueros. Bueno, solo a David, un joven encantador que seguía pensando que Mervyn, el perro, había cazado el pavo real. Lo cierto era que tenía cargo de conciencia, sobre todo porque al final de la estancia la directora había invitado a cenar a los simpáticos y amables anfitriones, de manera que había terminado sirviéndoles a lord y a lady McIntosh su propio pavo real. Pero claro, ella jamás habría podido prever ese giro de los acontecimientos. Y, evidentemente, ya no tenía ningún sentido confesar que el pavo real había desaparecido de un modo distinto al ordenado. Durante la velada se había visto obligada a hacer pasar el pavo real por ganso, aunque la carne de ganso tenía un sabor muy

distinto y además era mucho más grasa, pero por suerte nadie había sospechado nada. ¿Le estaba gustando el paté?

Helen estaba tan absorta en su palabrería que no se dio cuenta de que a su amiga le iba cambiando la expresión del rostro.

Sí, contestó Indira Bakshi, el paté estaba muy bueno. Era un paté sensacional.

Esta divertida sátira cuestiona los mantras de las empresas modernas. Porque el contacto con la naturaleza y el *teambuilding* están muy bien, pero solo si no se topan con un pavo real chiflado.



Una vieja mansión rural dirigida por una pareja de aristócratas en horas bajas. Un grupo de empleados de banca soportando uno de esos motivadores fines de semana de convivencia. Una cocinera cuyo talento no se limita a lo gastronómico. Una nevada imprevista. Y un pavo real.

Pero no un pavo real cualquiera. Este animal tiene una manía inexplicable y destructiva, una obsesión que, según el dueño del caserón, debe ser atajada de raíz. Por culpa de ambos, la casa entera va a vivir unos días de caos y misterios a los que solo podrán enfrentarse con creatividad, auténtica cohesión y grandes dosis de humor.

«Una gran comedia de situación, con mucha chispa, humor e ingenio. La comedia perfecta.»

Buchlese

Isabel Bogdan nació en Colonia en 1968. Especializada en lengua inglesa y japonesa y vinculada desde hace años al mundo editorial, ha sido traductora de autores tan importantes como Jonathan Safran Foer y Nick Hornby, tarea que le ha reportado prestigiosos galardones.

¡Cuidado con el pavo real! es su primera novela publicada en España y ha supuesto un brillante paso en la carrera de la autora.

Título original: *Der Pfau*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2016, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Köln, Alemania.

Publicado originalmente en lengua alemana como *Der Pfau* de Isabel Bogdan

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Claudia Toda Castán, por la traducción

Adaptación del diseño de la portada original de Barbara Thoben, Köln: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Ontran Ontran / Fotolia.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5668-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

[¡Cuidado con el pavo real!](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Isabel Bogdan](#)

[Créditos](#)